El pasado repugnante

Crónica histórica

Enrique Gallud Jardiel

EL PASADO REPUGNANTE

Crónica histórica

ENRIQUE GALLUD JARDIEL

Copyright © 2020 Enrique Gallud Jardiel

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Contents

Title Page
Copyright
LA PREHISTORIA
MESOPOTAMIA
EGIPTO
GRECIA
ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN GRIEGA
LAS GRANDES POLIS
ROMA
LA CULTURA ROMANA
EL INICIO DE LA EDAD MEDIA
EL IMPERIO BIZANTINO
EL ISLAM
EL FEUDALISMO
LA RECONQUISTA
LOS ORÍGENES DE LA EDAD MODERNA
LOS REYES CATÓLICOS
EL SIGLO XVI
EL IMPERIO ESPAÑOL
EL SIGLO XVIII
LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN
ESPAÑA EN EL SIGLO XIX
LOS AÑOS DEL IMPERIALISMO
EL PERIODO DE ENTREGUERRAS
ESPAÑA EN EL SIGLO XX
EL PANORAMA MUNDIAL CONTEMPORÁNEO
About The Author
Books By This Author

LA PREHISTORIA

¿Cómo vivían nuestros antepasados? ¿Cómo eran sus casas, sus *chalets* y los uniformes de sus bomberos? ¿Comían huevos fritos o solamente ensaladas? ¿A qué horas sacaban a pasear al perro?

Si somos muy curiosos y queremos enterarnos de estas cosas, entonces no tendremos otro remedio que ser muy valientes y beber en las fuentes de la Historia. Esto de beber en las fuentes es broma, claro. No hay que beber nada, si no tenemos sed. Lo que hemos de hacer es leer libros sin saltarnos páginas y abrir las orejas a lo que nos digan los maestros, que nos contarán cosas curiosas que pasaron hace mucho tiempo. Seremos entonces alumnos historiados, o historizados, o historicizados, o... bueno, no sabemos muy bien cómo se dice, pero sabremos mucho y sacaremos buenas notas, con lo que nuestros padres tendrán que hacernos bonitos regalos por haber sido buenos estudiantes.

Pero, ¡ay!, antes de que empiece la Historia hay que enterarse de la Prehistoria, igual que antes de ver una película en la «tele» hay que tragarse los anuncios de esos coches tan chulos que van siempre por carreteras por las que no pasa ningún otro vehículo. La prehistoria es la historia «pre» —esto es, «la de antes»— y duró hasta que las gentes empezaron a saber escribir y pudieron apuntar las cosas que habían pasado y escribir cartas a su tía Mercedes.

Así es que estamos hablando del periodo que acabó más o menos por el año 3.000 (en otoño) y que empezó, también más o menos, en el año... 5.000.000 (cinco millones, ¡hala!, ¡cuánto tiempo!), que fue cuando a los primeros homínidos les dio por aparecer. Como surgieron después de una desglaciación (cuando todo el hielo se fundió), esos hombres llegaron bastante mojados.

Se les llamó homínidos a sus espaldas, porque si te oían llamarles eso, se enfadaban mucho. Hubo varias clases: en África apareció el Australopitecus Anamensis, que era capaz de caminar con solo dos piernas y también ir a la pata coja, dando saltitos. Luego vino el Homo Habilis, que sabía hacer cosas con piedras (cuchillos y collares, para entretenimiento de hombres y mujeres, respectivamente) y tardaba muy poco en resolver los crucigramas. Los Homo Erectus fueron los siguientes en dejarse ver por el planeta. Estos señores, como su nombre indica, estaban ya erguidos todo el rato, por lo que se cansaban bastante (sobre todo a la hora

de dormir de pie, apoyados contra un árbol).

Hace unos 780.000 años (siempre más o menos) apareció el Homo Antecessor, que no hizo absolutamente nada sino ser el antepasado del Hombre de Neandertal y del Hombre de Cromagnon, que se llamaron así porque cogieron el nombre de su pueblo. Finalmente surge el Homo Sapiens (hombre sabio), que es la especie a la que todos nosotros pertenecemos. (Bueno. Todos no, porque ¡hay cada zopenco por ahí!).

EL PALEOLÍTICO

El Paleolítico es la primera etapa de la Prehistoria y duró hasta el año 8.000 y hasta puede que un poquito más, porque nadie está muy seguro y los que escriben los libros ponen esa fecha porque alguna tenían que poner.

Como en aquellos tiempos no se había inventado aún la agricultura, los supermercados ni los *chefs*, los prehistóricos comían la carne que cazaban (cuando no eran los animales los que les cazaban a ellos), el pescado que atrapaban cuando tenían mucha suerte y las frutas silvestres que hallaban por ahí cuando salían a hacer *footing*. Comían también raíces, larvas, huevos de cualquier bicho... en fin: se comían todas las porquerías que se encontraban y a veces tenían unos dolores de estómago impresionantes.

Para pasar la noche calentitos buscaban sus cuevas cerca de los ríos, para poder lavarse los pies de vez en cuando, porque, si no, el olor dentro de las cavernas podía producir desmayos prolongados. Cuando faltaba la caza en un lugar, los hombres primitivos tenían que hacer las maletas y marcharse a otro, pero no les importaba, porque tenían mucha práctica en hacer las maletas y, como poseían muy pocas cosas, no tardaban casi nada y hacían el equipaje en un periquete.

Se organizaban en clanes o grupos familiares de 30 ó 40 individuos y varios perros pachones. Para que tomara las decisiones, solían nombrar a un jefe, que siempre era el más bruto de todos. En estos grupos siempre solía haber un «manitas» (que sabía construir hachas, martillos y otras cosas), un forzudo (que traía piedras gordas para que los demás se sentaran) y uno o dos tontos de capirote, que eran como el tonto del pueblo del futuro, solo que en el pasado. Estos solían tener muchos accidentes: eran los que se caían de los árboles y los que se comían sin querer las setas más venenosas.

En este tiempo se hicieron varios avances interesantes. Un hombre inventó la rueda, pero los de una tribu vecina se la quitaron y luego el inventor no se acordaba de cómo la había hecho, por lo que no hubo rueda hasta siglos después. Cuando se volvió a inventar, aparecieron también las señales de tráfico, que decían por dónde se podía pasar y por dónde no.

El fuego fue un descubrimiento más fácil. Un día cayó un rayo de un árbol y este empezó a arder. Un prehistórico que pasaba por allí lo vio y exclamó: «¡Krugprinkroftp!», que es una expresión de sorpresa que en lengua paleolítica quería decir «¡Ay. mi madre!». Luego cogió una rama y la llevó a su cueva. Todos le alabaron

mucho; pero cuando el fuego se apagó y el prehistórico no supo cómo encenderlo de nuevo, le dieron una gran paliza entre todos. Después aprendieron a hacer fuego frotando ramitas, pero se tardaba un montón de horas y varias tribus decidieron no hacerlo porque les aburría estar frotando y frotando sin parar. Otras sí lo hicieron, para poder calentarse en invierno y freír las croquetas.

Los paleolíticos fueron artistas también. Tallaron en piedra unas figuras que representaban mujeres gordas, que eran como diosas de la tierra y de la fertilidad. Se hacían en piedra, hueso o marfil (cuando se encontraban por suerte con el esqueleto de un mamut) y se tardaban mucho en fabricar, pero ellos no tenían prisa por ir a ningún sitio, porque en aquellos tiempos no había ningún sitio interesante al que ir. A estas figuras se las llamó arte mobiliario, que no quiere decir sillas, mesas y armarios, sino arte que se puede mover y llevar de un lado a otro porque pesa poquito.

También hicieron arte rupestre, que eran pinturas en las paredes de las cuevas. Este arte lo descubrió una señora que vio que su niño se había comido un carnero y luego se había limpiado en la pared (¡el muy cochino!), dejando en ella una gran mancha de grasa con la forma de la mano. Le dio varios tirones de orejas, le castigó sin postre y le chilló mucho (las madres paleolíticas ya chillaban si veían la casa sucia); pero cuando llegó el padre y lo vio, le gustó y empezó él también a manchar la pared con formas, usando como pincel el rabo de una vaca. (Los gritos de su mujer se escucharon en todo el valle.)

Las figuras que han quedado son bisontes, ciervos, jabalíes, caballos, etc., todo cosas de comer. Por eso, algunos expertos dicen que las cuevas en donde aparecen estas pinturas eran restaurantes del Paleolítico y que los camareros pintaban «la carta» en las paredes para no tener que llevarles a los clientes una pesada piedra tallada con el menú del día.

Ya el final de la era, para fastidiar a los niños, los hombres prehistóricos inventaron la forma de cultivar las verduras, esto es: la agricultura. Desde entonces hay cebollas, tomates, pimientos y esas cosas que saben tan mal y que las madres obligan a comer a sus hijos porque dicen que son muy sanas.

(Hay que advertir que, en aquellos tiempos, todo el mundo comía cosas sanas y sin conservantes ni colorantes. Tampoco fumaban ni bebían; pero aun así las gentes no vivían arriba de los treinta años. ¡No nos lo acabamos de explicar!)

EL NEOLÍTICO

La palabra ‘neolítico’ significa «piedra nueva». Esta es una

mentira como un castillo de grande: no hay piedras nuevas. De hecho, todas las piedras son viejas, la mar de viejas. Pero es así como los estudiosos (que muchas veces no saben dónde tienen la mano derecha) han llamado a la era que viene después del Paleolítico.

Hasta entonces la humanidad había sido nómada, yendo todo el tiempo de un lado para otro. Pero en el Neolítico estaba ya cansada de viajar y de tanto ajetreo, y aprovechando lo de la agricultura, la gente se hizo sedentaria. O sea: se quedó quieta en un sitio y se dedicó a domesticar animales y a quejarse de lo molestas que eran las reuniones de las comunidades de vecinos.

Hubo que inventar nuevas herramientas, porque si querías arar un campo con un hacha, te hacías polvo los riñones. Así es que apareció el arado. También se inventó el molino para moler el grano, ya que el pan hecho con trigo sin moler no se lo comían ni los tigres. Se inventó asimismo la cerámica, para hacer recipientes donde guardar las aceitunas, y el tejido para hacer ropa, que tenía la ventaja de que lo podías lavar dos o tres veces al año, no como las pieles que vestían antes, que eran de usar y tirar.

Los animales domésticos ayudaron mucho, pero no a principio, cuando no se sabía para qué servía cada uno. Es decir, los que solían viajar montados en cerdos tardaban más en llegar a su destino que los que iban a caballo. Otros metían a las vacas en el corral y esperaban a que pusieran huevos; al ver que pasaban los días y no los ponían, se desesperaban.

No todos los animales se dejaban domesticar. Un señor intentó ordeñar a una pareja de cocodrilas, para hacer café con leche, y no se sabe si lo consiguió o no, porque nunca se supo más de él. En cambio, la cría de ovejas resultó muy bien, pues eran muy dóciles y, además, daban lana. Olían muy requetemal, eso sí, pero a los hombres del Neolítico no solo no les molestaba el olor, sino que ¡les gustaba!, por lo que la ropa de lana se puso de moda.

Aparecieron entonces los poblados. Esto no quiere decir que los poblados llegaran un día por el camino, sino que los neolíticos los construyeron como buenamente pudieron. Buscaban un sitio elevado y hacían chozas con barro, paja y huesos de hipopótamo, que les daban especial solidez a las paredes. En estas viviendas había cuarto para la plancha y todo, pero no tenían retretes porque, ¿para qué iban a molestarse en construirlos, teniendo tanta cantidad de campo alrededor, verdad?

El problema fue que la gente empezó a decir que «Esta casa es mía», «Esta tierra también», «Y esa», «Y la de más allá» y que «¡Ay de el que se meta en mi tierra sin pedir permiso!» y cosas así. Le darían en la cocorota con una tranca de esas tan sólidas que ellos

sabían hacer. Había nacido la propiedad privada y ello llevó a que la gente que se había quedado con más cantidad de tierra empezase a mandar sobre los que no tenían más que unos palmos mal medidos o solo un poco en una maceta. Era el principio del poder político; esto es: de la aparición de los jefes de las tribus.

Estos señores neolíticos tenían ya alguna forma de religión y debían de creer en la otra vida, porque enterraban a sus muertos en unas ollas de barro en vez de tirarlos tranquilamente por un barranco, como se hacía antes.

Se habla de que en esta época se construyeron monumentos megalíticos, como los dólmenes, los menhires, los cromlechs y otros de nombres todavía más raros, que eran piedras muy grandes puestas en pie. Dicen que estas piedras estaban puestas así adrede, pero nosotros creemos que en realidad eran restos de edificios más grandes, que se estaban mal construidos y se les cayeron.

LA EDAD DE LOS METALES

Esta tercera etapa de la Prehistoria empieza alrededor del 4.000 a.C., que es una fecha puesta al buen tun-tun, porque nadie la sabe con seguridad.

El problema principal de los neolíticos (aparte del de cómo hacer bizcochos, que siempre les salían duros porque todavía no se conocía la levadura) era que cuando combatían unos con otros, las espadas de piedra se les rompían con mucha facilidad. Se dijeron entonces: «¿Cómo vamos a pelearnos si se nos rompen las armas nada más empezar el combate?» Y como tenían muchas ganas de pelearse, porque eran todos muy brutos, decidieron que era necesario inventar armar irrompibles. De esta manera surgieron los metales.

Un hombre llamado... (¡pues resulta que no sabemos cómo se llamaba!) descubrió que algunos minerales, puestos al fuego, se derretían como un helado un día de mucho sol y, cuando se enfriaban, eran más resistentes que la piedra para muchas cosas. Todos se entusiasmaron con la idea y se pusieron como locos a fundir metales. Primero usaron cobre para hacer armas y, ya de paso, vasijas y platos, para no tener que tomarse la sopa en el cráneo de un enemigo. Pero cuando tomaban el desayuno en tazas de cobre, el Cola-Cao les sabía a rayos. Luego, mezclaron el cobre con estaño e hicieron el bronce. Finalmente, hacia el año 2.000 (siempre a.C., no nos vayamos a confundir) otro señor que tampoco sabemos cómo se llamaba descubrió el hierro, que era más resistente. Las espadas no se doblaban cuando le arreabas con ella a alguien, lo que les puso a todos contentísimos.

Las gentes que poseían armas de hierro presumían como monos y miraban por encima del hombro a los que aún no las tenían, por lo que se inventaron así las dos clases sociales de la época y que han llegado hasta nuestros días: la «gente guay» y los «pringados».

MESOPOTAMIA

Hacia el año 4.000 a.C. los habitantes del planeta se hartaron de que todos dijeran que eran de pueblo y decidieron convertir sus poblados en ciudades, lo que quedaba más elegante. Para ello cambiaron los letreros de las calles por otros más grandes. abrieron pizzerías, discotecas y un cine, e inauguraron fuentes y rotondas, con lo que las ciudades se consolidaron.

A la cabeza de esta moda se hallaban los poblados que estaban a medio camino entre los ríos Tigris y Éufrates, en Mesopotamia, porque necesitaban agua para las fuentes que habían inaugurado. Así es que los poblados sin río siguieron siendo pueblos pequeños y asquerosos, y sus equipos de fútbol nunca ganaban ninguna liga.

El prefijo 'meso' significa «medio», así es que 'Mesopotamia' es la media Potamia, lo que no nos aclara nada. (Es una broma, porque esto sí lo sabemos: 'Mesopotamia' viene a significar «en mitad del agua», o sea, entre dos ríos.) En esta región —que está en lo que hoy es Siria, Irak y un cachito de Irán— surgieron como hongos las primeras civilizaciones (aunque puede que hubiera otras antes, pero como no se han descubierto aún, hacemos como que no existen y seguimos con lo nuestro). La más antigua que conocemos (el que la conozca, porque nosotros no la conocemos y estamos cogiendo todo esto de una enciclopedia) es la civilización Sumeria, la de los «so meros», que así era como les llamaban sus enemigos.

¿Qué sabemos de los sumerios? Pues dos cosas principales: que eran muy hábiles haciendo desagües y alcantarillas, y que les gustaba mucho vestirse con túnicas de color azul marino, no sabemos bien por qué.

Una de las primeras ciudades se llamó Ur, porque a los sumerios les daba pereza aprenderse y recordar nombres de más de una sílaba. Luego, en el 3.700 a.C., año arriba año abajo, fundaron Lagash, a la que llamaban solo La, para abreviar. Estas ciudades mesopotómicas (mesopotómicas, no: mesopotámicas; es que nos hemos equivocado al apretar una tecla) eran independientes unas de otras y hacían las magdalenas con recetas distintas. Las de Uruk era, sin duda, las mejores y más sabrosas.

Para protegerse de los enemigos estaban rodeadas (las ciudades, no las magdalenas) por una muralla que les daba la vuelta entera (y, a veces, hasta dos vueltas, cuando sus habitantes eran muy

miedicas). Siempre había un vigía mirando bien a lo lejos por si venía el enemigo. (El enemigo solía esperar a que el vigía se durmiese para atacar. Esto solía pasar los lunes al amanecer, porque el vigía había salido de copas el domingo por la noche y a esas horas estaba siempre muerto de sueño.)

En el interior de la ciudad había un zigurat, que ya os podéis zigurar lo que era: un templo, con sacerdote y todo (vestido con túnica azul marino), que, además, era el que mandaba en la ciudad y el único que podía comer alcachofas, pues al resto de la población les estaban prohibidas. (¿Por qué? No tenemos ni idea.) Este sacerdote-mandamás se llamaba patesi y todos creían que era un dios que habitaba entre los hombres para que le adoraran, le cuidaran y no tener él que lavarse los calcetines.

En aquella época aún no se había inventado el turismo y no había empleos de camareros ni taxistas, por lo que los sumerios se dedicaban a la agricultura y al comercio. Primero usaron el trueque; cambiaban, por ejemplo, una gallina por unas gafas graduadas o tres sacos de harina por una esclava que supiera cocinar bien los macarrones. Luego comenzaron a cambiar los objetos por oro y plata, así es que inventaron el dinero casi sin darse cuenta.

Hacia el año 2.000 a.C. estas ciudades empezaron a pelearse entre sí, para quedarse unas con las tierras de las otras, porque eran todas muy avariciosas. Surgieron de este modo los primeros imperios de la historia: los babilonios y los asirios. Los babilonios precedían de Babel y no se les entendía una palabra al hablar. Los asirios eran como los sirios de hoy en día, pero con una 'a' delante.

En las épocas del año en las que no había nada que hacer en el campo porque el trigo crecía solo y sin la ayuda de los agricultores, los mesopotamos se aburrían mucho. Por eso se dedicaron a inventar cosas más o menos útiles, más que nada para pasar el rato.

Lo más importante que crearon fue la escritura, que iba ya haciendo mucha falta; porque cuando un señor le debía mucho dinero a otro y tardaba muchos años en pagarle (si es que le pagaba alguna vez), a este se le podía olvidar la deuda. Así es que convenía poder apuntarla. Por eso se inventaron unos signos, como unos pequeños bichitos negros dibujados en una tablilla de arcilla, que tenían forma de cuña, a los que se llamó letras cuneiformes y que, unidas, formaban palabras. Las primeras frases que se escribieron parece que fueron: «Um, el gordo, me debe 400 monedas. Dice que me pagará el año que viene. Si no lo hace, he de recordar mandar a alguien para romperle una pierna.»

También inventaron las leyes. El rey Hammurabi, del siglo xviii a.C., se sacó de la manga unas cuantas, como 300 o así y, a falta de papel, las hizo grabar en unas piedras muy grandes que repartió por

las ciudades de su reino, para que todos las leyesen. Claro, que se olvidó de que la mayoría de la población no sabía leer. Además, algunos gamberros pintaron las piedras con *grafitti* (por lo general de color azul marino) y las dejaron hechas un asco. Estas leyes prohibían cosas y decían qué partes del cuerpo había que cortarles a los que no las respetasen: una mano, dos manos, una oreja, la nariz, varios dedos de los pies, etc.

Los mesopotámicos fueron asimismo los creadores de la religión. Adoraban a muchos dioses, a cual más feo, que simbolizaban las fuerzas de la naturaleza. Tenían un dios para el sol, otro para el viento, otro para la lluvia, otro para las borrascas, otro para los anticiclones... Escribieron libros que contaban la creación del mundo, el diluvio universal y cosas por el estilo. Más tarde, otros pueblos les copiaron estas historias sin mencionar al autor y las hicieron pasar por suyas (¡vaya caradura!).

También hicieron obras artísticas, todas iguales, pero muy bonitas:

edificios con ladrillos (pintados de color azul marino), en los que había estatuas de leones con cabeza de toro, de caballos con alas de águila, de toros con cabeza de señor normal y corriente y otras muchas combinaciones que a los escultores se les iban ocurriendo sobre la marcha. Hicieron frisos pintados con escenas de batallas, donde los buenos eran siempre los suyos y los malos, los de la ciudad de al lado.

EGIPTO

La civilización del antiguo Egipto se encuentra en el valle del Nilo, si la buscas bien. Ocupó bastante espacio, así es que si miras el mapa y no la encuentras, dile a tus padres que te lleven al oculista.

El río Nilo cruza un gran desierto antes de llegar al mar, pero no tiene sed por el camino, porque para eso va lleno de agua. Se encuentran en él muchos patos y, hoy en día, viajeros vestidos con bermudas. Antiguamente también había viajeros, solo que se tapaban las piernas (para que no les picasen los mosquitos; eran más listos que los viajeros modernos, a los que sí les pican).

Era un río muy caprichoso, que crecía todos los años durante el verano, pero luego se volvía a encoger y nunca acababa de hacerse grande, algo así como el Peter Pan de los ríos. Esto despistaba mucho a los egipcios, que pensaron que si el río hacía cosas raras sería porque era un dios (ya que los dioses egipcios solían todos hacer también cosas raras) y comenzaron a adorarle. Le llamaron Hapy y le ofrecían frutas y dulces que el río se tragaba tranquilamente.

(Por cierto, 'Hapy' significa precisamente «el río». Así es que cuando los egipcios decían «el río Hapy», era como si dijeran «el río Río» o «el río que se llama Río», lo cual es una tontería gorda, como hablar de «el monte Mont Blanc» o de «la ciudad de Ciudad Real»).

Cuando las aguas del Nilo retrocedían, dejaban las orillas perdidas de barro y fango maloliente, un verdadero asco. Pero, ¡oh, sorpresa!, en ese fango crecían muy rápidamente las hortalizas (aunque no dejaban de tener un sabor curioso cuando las echabas en el puchero). Para medir el impacto de las crecidas del río, los egipcios, que eran muy listos, desarrollaron el nilómetro, lo que parece una tomadura de pelo, pero que era un invento de verdad de la buena. Se trataba de un pozo escalonado y con marcas, para ver hasta donde subían las aguas. Los campesinos se pasaban la vida inclinados sobre el nilómetro y mirando dentro, para ver cómo iba la cosa, por lo que Egipto tiene desde entonces el record Ginness de los señores que se caen a un pozo.

EVOLUCIÓN HISTÓRICA

La civilización egipcia se desarrolló durante más de 3.000 años y

siete meses, por eso, a los que escribieron la historia de ese imperio se les cansó mucho la mano.

El sistema político era muy sencillo: había un faraón, que era el que mandaba, y luego estaban todos los demás, que obedecían. No hacían falta parlamentos ni votaciones ni mandangas. La palabra 'faraón' significa «casa grande», porque era el único que tenía una casa grande, que, además, se barría a diario. Se decía que los faraones eran descendientes de los dioses, por lo que se dejaban crecer una barbita muy cuca. Sin embargo, tenían que llevar unos collares de oro que les pesaban muchísimo y que no se podían quitar ni para dormir. En cambio, la gente normal llevaba muy poca ropa (lo que estaba muy bien, pues allí hacía calor) y se daba chapuzones muy a menudo en el río Nilo, que para eso pasaba por allí.

La historia de Egipto se dividió en cuatro partes, o fases, o periodos, o ciclos, o etapas, o... (bueno, llamadlo como queráis).

El Período Predinástico fue el anterior a la aparición de las dinastías (¡claro!). Empezó en el milenio iv a.C. y en él hubo dos reinos: el Bajo Egipto, que era el que estaba más arriba en el mapa, y el Alto Egipto, que era el que estaba más abajo. Esto era un lío tremendo y todo el mundo se confundía; muchas veces los carteros entregaban las cartas en el reino que no era.

El Imperio Antiguo empezó cuando el primer faraón, el rey Menes o Narmer (que no sabía ni él mismo cómo se llamaba realmente) se cansó de aquello y unificó los reinos del Alto y el Bajo Egipto bajo el nombre de Egipto Altibajo, que luego se quedó en Egipto nada más. Sus súbditos le estuvieron muy agradecidos y, para demostrárselo, le regalaron al faraón una caja de música. (Hay que decir que, como aún no se habían inventado los mecanismos necesarios, aquella caja era una caja de verdad, de madera, y bastante grande. Cuando el faraón abría la tapa, salían de dentro de la caja unos músicos y una bailarina que daba vueltas.)

Aquella unificación fue muy buena, pues supuso un gran ahorro de dinero. Al ser un solo reino, solamente tenían que pagar a un ejército en vez de dos. También ahorraron en banderas y cosas de esas. Menes puso la capital en Menfis, porque era la ciudad que tenía más palmeras. Esto no sentó muy bien a los habitantes de Edfu, que querían ser ellos más importantes y dijeron que en Edfu los restaurantes tenían los postres más ricos que los de Menfis (lo cual era cierto). Sin embargo, la capital no se puso en Edfu, alegando que era un sitio con un nombre feísimo. Así es que Menfis fue uno de los lugares más importantes del mundo antiguo durante varios siglos de esos que tienen cien años cada uno.

En este periodo comenzaron a levantarse las pirámides y otras

construcciones aún más grandes, que tenían la misma forma que las pirámides, por lo que no se podían distinguir unas de otras. Allí enterraban a los faraones cuando se morían (porque antes de morirse no se dejaban enterrar). Para el viaje al «más allá» llevaban mucho equipaje: ropas, joyas y cosas de comer, pues tenían miedo de que en el «más allá» no hubiese supermercados.

El Imperio Medio. Unos años de malas cosechas dejaron a Egipto hambriento y dividido. Las ciudades empezaron a guerrear unas con otras (las ciudades no, claro; eran los habitantes de las ciudades los que se disparaban montones de flechas unos a otros; las ciudades se estaban quietecitas en su sitio de siempre). Al final, un príncipe de Tebas llamado... llamado... (¿cómo era?), bueno, un príncipe de Tebas puso paz y unificó de nuevo el Imperio, pero se llevó la capital a su ciudad, diciendo que allí las mujeres eran más guapas (esto lo dicen en todas las ciudades del mundo, aunque suele ser mentira).

Todo fue bien un tiempo: se fundaron ciudades nuevas y se inventó el arroz con leche, por lo que todos los egipcios estaban muy contentos. Pero en el año 1.700 llegaron los hicsos, que nadie sabía quiénes eran ni de dónde habían salido, que invadieron el país, quemando las casas, rompiendo los escaparates de las tiendas y dejándolo todo hecho una lástima. El Imperio Nuevo. Tras varios siglos de conflicto, los egipcios echaron a los hicsos a patadas y vivieron su época de máximo esplendor, a partir del año 1.600 a.C. Se expandieron hacia Siria y Palestina, para tener más sitio en el que moverse y para que hubiera más lugares a los que ir de vacaciones.

¿Qué más hay que contar de este periodo?¡Ah, sí! Que hubo un faraón caprichoso que, como suele decirse vulgarmente, la lió parda. A los egipcios les gustaba tener muchos dioses, para que se repartieran el trabajo de protegerles, pero Amenofis IV decidió jubilar a todas las deidades menos a una e implantar el culto monoteísta (que no consistía en adorar a un mono, como creen algunos, sino en adorar a un solo dios). Se armó una gran trapatiesta religiosa, porque unos estaban de acuerdo con esta decisión de que solo existiese el dios Amón (el sol) y otros, no. Se pelearon un tiempo, pero a Amón nadie le preguntó qué opinaba él al respecto. El faraón obligó a sus súbditos a obedecer pero, cuando se murió, los súbditos volvieron a poner todo como estaba.

LA SOCIEDAD

Ya hemos dicho que el faraón mandaba mucho. Si quería, tenía autoridad para decir que las semanas tenían once días y nadie se

atrevía a llevarle la contraría. Podía cambiarse de ropa todas las veces que quisiera y, cuando jugaba al parchís con sus ministros, estos siempre le dejaban ganar.

En la sociedad egipcia (o egipciana, que también así puede llamársela), había otras gentes (porque si no hubiera habido en todo el reino nadie más que él, el faraón se hubiese sentido muy solo). Estaban los sacerdotes, que rezaban mucho y que iban todos pelados al cero. Luego venían los escribas (que eran los que escribían) y los funcionarios (que eran los que funcionaban). Dicen que a los militares se les elegía por el tamaño de sus bigotes, pero no es así: por lo que sabemos por las pinturas de las paredes, en Egipto nadie llevaba bigote y, si alguno lo llevaba, nunca se dejó retratar.)

Los comerciantes llevaban caravanas de un lado a otro. Se les podía reconocer porque olían siempre a camello. Los campesinos cultivaban lo que podían y tenían la obligación de darle al faraón la mitad: medio pimiento, media col, medio tomate. También había esclavos que, como te puedes figurar, eran los que menos se divertían.

LA RELIGIÓN

La religión de los egipcios era una religión muy religiosa y llena de religiosidad. Se trataba de un culto politeísta, lo que significa que creían en muchos dioses. Esto es una muestra de prudencia, porque si crees en un dios que no existe, no pasa nada; pero si no crees en uno que sí existe, a lo mejor se enfada contigo y te manda una plaga o algo así. Por ello, para ir sobre seguro, los egipcios adoraban a muchos dioses y les ofrecían a todos florecitas de varios colores.

Las deidades solían ser elementos de la naturaleza, como la lluvia, el viento, etc. A algunos se les veneraba en todo Egipto; otros eran menos famosos y solo se les hacía caso en su ciudad. Ra era el dios del sol, en un principio, y luego se unió a Amón, que era el dios de la ciudad de Tebas y la protegía de los enemigos y de los ratones. Ambos se juntaron en un solo dios (para no tener que hacer dos templos separados) y se les conoció como Amón-Ra y también como Ra-Amón (aunque todo el mundo acabó llamándolo simplemente Ramón).

Había muchos más, como Osiris, Isis, Anubis y Thot, y todos estaban siempre de lado y mirando para su izquierda, como podrás observar si miras los dibujos en los que aparecen. Algunos tenían cabeza de chacal, de cocodrilo o de ibis, que es un pájaro raro de por allí.

Los egipcios creían que, cuando te morías, seguías viviendo, lo que parece un contrasentido, pero se explica diciendo que había un alma que sobrevivía al cuerpo y a la que juzgaban los dioses. El alma se presentaba ante el tribunal del dios Osiris. Por si al dios se le olvidaban las reglas de cómo funcionaba el tribunal, tenía siempre a mano el *Libro de los muertos*, para echarle un vistazo cuando hiciera falta.

Se ponía el corazón del difunto en una balanza y, si pesaba más que la pluma de la justicia, un monstruo se lo comía enterito. Si pesaba menos, entonces al difunto no le pasaba nada, sino que se quedaba como estaba y se iba al «más allá» (que no estaba muy claro qué era ni dónde estaba), a dedicarse a sus actividades cotidianas por toda la eternidad. Esto no parecía demasiado divertido, por lo que los egipcios no tenían pero que ninguna prisa por morirse.

Para ir al «más allá» el cuerpo debía estar incorrupto, por lo que las familias hacían embalsamar a sus parientes difuntos, si tenían dinero, como si fueran animales disecados. (Si no tenían dinero para pagar al embalsamador, tiraban el cadáver por ahí, por cualquier sitio.) Las famosas momias eran señores muertos, a los que se mojaba en todo tipo de sustancias y potingues para que no se estropearan y duraran mucho. A juzgar por las momias que han llegado hasta nosotros, parece ser que solo se embalsamaba a los egipcios más feos, porque no se ha encontrado ninguna momia bonita de cara.

EL ARTE

El arte de los egipcios se caracteriza por su colosalismo, que no significa que fuera maravilloso y colosal, sino que se les iba la mano en las medidas y todo lo construían a lo bestia.

Sus temas siempre tenían que ver con la religión; pintaban a los dioses en las paredes, construían monumentos funerarios para el divino faraón y componían unas canciones muy alegres para cantarlas en los funerales, cuando se moría algún señor especialmente inaguantable.

Las construcciones de esta época les salieron enormes porque, como no tenían ladrillos, las hicieron de bloques de piedra, que ya eran grandes de por sí. Las estructuras más famosas son las pirámides, que todos habréis visto en fotos (donde salen siempre las mismas). Parece ser que la primera pirámide que se construyó fue una pirámide invertida, pero se empeñaba en caerse para un lado y no se ha conservado. Desde ese momento se hicieron pirámides normalitas, con la base en el suelo y el vértice en la parte de arriba,

como Dios manda. Tenían la base cuadrada, lo que era importantísimo, pues si en vez de cuadrada hubieran tenido la base redonda, entonces ya no serían pirámides, sino conos, ¿verdad?

Dentro de las pirámides se metía el cuerpo embalsamado de un faraón. Así es que en su interior había pasillos, galerías y cámaras mortuorias. Cuartos de baño no había, porque el faraón —ya muerto— no necesitaba lavarse las manos. Lo que sí había eran trampas mortales, para que ningún listillo robase las riquezas que enterraban junto al cuerpo. Si en las pirámides no hubiese habido trampas, no se habrían podido rodar muchas películas de aventuras.

Cuando los arqueólogos han entrado en estas pirámides, que llevaban cerradas miles de años, han encontrado grandes tesoros y muchos objetos que ayudan a saber cómo vivían los egipcios antiguos. También han encontrado que allí dentro apestaba a muerto, pero eso a los arqueólogos no les importa, porque todos hacen un cursillo en el que les enseñan a soportar los malos olores sin quejarse. Otra construcción típica es la mastaba. En realidad, una mastaba es solo la base de una pirámide sin la parte de arriba; o sea: una pirámide que no llegó a acabarse porque les dio pereza o por cualquier otra razón.

Menos famosos son los hipogeos, unas tumbas excavadas en la roca que se mandaron construir los faraones que no tenían dinero para hacerse una pirámide. En ellos había pasillos laberínticos, que no llevaban a ninguna parte, para que los ladrones de tumbas se perdieran y estuvieran dando vueltas sin conseguir salir nunca de allí.

También hay que hablar de los templos, que estaban llenos de columnas que no sostenían nada. De hecho, se ponían muchas columnas cuando el dios era muy poderoso. Si era un dios de segunda categoría, entonces le ponían unas poquitas nada más. En el interior del recinto se encontraba la estatua del dios, en la penumbra, para que los devotos no vieran lo horroroso que era. Se trataba de estatuas muy grandes, pintarrajeadas de colorines y, por lo general, con la cabeza muy gorda.

Otra forma de arte que hay que mencionar es la de los frescos. No nos referimos a los sinvergüenzas, sino a un tipo de pintura que se hacía en las paredes. En ellos se representan escenas de ultratumba y aparecen varios dioses, haciendo cosas distintas, pero llevando siempre el mismo traje. Son pinturas planas, en las que parece que a todos les ha pasado por encima una apisonadora. Las figuras tienen cosas escritas encima de las cabezas, donde los artistas explicaban qué estaban haciendo los personajes del dibujo, por si este no les quedaba bien y no se entendía.

La música egipcia no ha llegado hasta nosotros. Parece ser que

todos los CD’s que grabaron se han perdido.

GRECIA

Todos sabemos lo que es el mar Mediterráneo, porque lo tenemos ahí al lado, ¿no es así? 'Mediterráneo' es una palabra que significa «en medio de la tierra» y llamaron así al mar porque en aquella época no se conocía el resto del mundo y se creía que solo había ese mar, algunas tierras alrededor y poquitas cosas más. Pero esta es una palabra latina que se inventaron los romanos. ¿Queréis saber cómo se llamaba el mar antes de que llegaran los romanos? ¿No queréis? Es igual: aunque no queráis, os lo voy a decir. La palabra griega para 'mediterráneo' era algo así como *ímisygi*, así es que tuvimos suerte de que no se hiciera popular, ¿eh? Si no, ahora, en lugar de la «dieta mediterránea», hablaríamos de la «dieta imisigética» y nadie se la quería comer.

A partir del iii milenio (siempre a.C., mientras no digamos lo contrario), el Mediterráneo se llenó de gente, porque hacía sol y porque los bares eran baratos y servían cervezas fresquitas (la cerveza era un gran invento de los egipcios, que estas gentes les copiaron) y tapas muy sabrosas, como las gambas a la plancha y cosas aún mejores. Para ir de un sitio a otro, se hicieron barcos que flotaban, porque con los que no flotaban no se llegaba muy lejos. Los hombres mediterráneos viajaban comprándose y vendiéndose cosas sin parar; o sea: que hubo mucho comercio (y también bebercio, en los bares, como ya he dicho). La cultura más divertida de las que surgieron en torno a este mar fue la de los griegos.

EL ESPACIO GEOGRÁFICO

Grecia está situada en el Mediterráneo oriental y, por esa misma razón, no está en el Mediterráneo occidental, porque no se puede estar en dos sitios a la vez, a no ser que corras muy rápido. Es un país con un clima templado, lluvias templadas, vientos templados y otras muchas cosas templadas (la manera de tomar la sopa, por ejemplo). Hay gran cantidad de tiendas de karamelos (en griego esta palabra se escribe con 'k'). Tienen ríos hechos de agua y montañas hechas de tierra, a semejanza de otros muchos países, que forman un paisaje muy variado.

Lo más destacado de este lugar es que hay muchas islas, nosotros diríamos que demasiadas. La última vez que las contaron,

hace ya bastantes años, eran unas 1.400, pero seguro que al hacer recuento se dejaron alguna y que la próxima vez que lo hagan les saldrá un número distinto. De hecho, tuvieron problemas para encontrar tantos nombres para bautizarlas a todas, por lo que varias de ellas se llaman igual que otras o, peor aún, no se llaman de ninguna manera. Esto crea un problema a la hora de comprar los billetes del barco que te tiene que llevar allí.

El trozo de mar Mediterráneo donde se encuentra Grecia se llama mar Egeo. Esto es otro lío, porque ¿cómo puedes tener un mar dentro de otro mar? ¿Dónde acaba el agua de uno y empieza el agua de otro? Para resolver esta cuestión tan tonta, los griegos se vieron obligados a inventar la filosofía, de la que quizá hablemos más adelante, si nos queda sitio en el libro.

Aprovechando que en aquel tiempo había mucha menos gente que ahora, la población griega vivía casi toda en las costas, en primera línea de playa, comiendo sardinas todo el rato. En el interior había muchas montañas difíciles de trepar y los valles no estaban bien comunicados unos con otros, por lo que los que vivían allí estaban muy aislados y, al no haber personas que llegaran de otras partes, tenían que estar oyendo siempre los mismos chistes, que ya se los sabían de memoria.

En esos valles los griegos cultivaban lo que buenamente podían, que no era mucho, porque el terreno era tan áspero y pedregoso que el pan que se hacía con el trigo de allí, nada más cocerlo, se ponía duro en cinco minutos. Crecían muchos olivos, eso sí, pero con el aceite de oliva que sacaban no se podían freír los San Jacobos, porque aún no se habían inventado.

ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN GRIEGA

CRETA

La civilización más vieja del Mediterráneo es la de Creta, que es una isla rodeada de agua por todas partes menos por una (por abajo, claro). Entre los años 2200 y 1450 Creta alcanzó su máximo esplendor, lo que quiere decir que en esos años se limpiaban mejor los monumentos y los edificios, y que todas las calles de la isla estaban decoradas con banderines de colores, para admiración de los visitantes.

A los habitantes de Creta, al principio, se les llamó 'cretinos'; pero ellos se lo tomaron a mal y se enfadaron mucho; para evitar problemas, se decidió denominarles por el nombre de 'cretenses', que es el que se ha venido utilizando hasta hoy. A esos señores les gustaban mucho las casas; eran muy buenos arquitectos y las decoraban muy bien por dentro, combinando los colores de las paredes con la tapicería de los sofás y poniendo visillos en todas las habitaciones, incluido los trasteros y el armario de las escobas.

Un buen ejemplo de arquitectura cretina (¡huy, perdón!, ya habíamos quedado en que no se decía así), es el palacio de Cnosos, que tenía 1.300 habitaciones, porque el rey que lo mandó construir se confundió y en las instrucciones que le dio al arquitecto puso un cero de más, ya que él solo quería hacer 130 estancias. Al arquitecto le pareció aquello muy raro, pero como le pagaban por metros construidos, pensó: «Cuantas más habitaciones construya, más dinero me pagarán». Cuando el rey vio el palacio terminado (y cuando le pasaron la cuenta de lo que había costado) puso el grito en el cielo (en el Olimpo, que era el cielo de Creta) y se enfadó muchísimo. El arquitecto salió corriendo para salvar la vida, se tiró de cabeza al mar y no paró de nadar hasta llegar a las costas de África, que no estaban nada cerca, creednos.

Los metales y la cerámica también se les daban muy bien a los cretenses (ahora lo hemos escrito bien). Debieron de hacer una gran cantidad de recipientes de cerámica, porque en Creta, a poco que

excaves en la tierra, empiezan a aparecer cántaros y más cántaros. En estas vasijas había dibujos, por los que podemos saber cosas de la vida cotidiana de los habitantes de la isla, como, por ejemplo, que tenían las narices muy puntiagudas y que se pasaban el día saltando por encima de los toros.

MICENAS

Los aqueos eran unos señores que presumían de ser el primer pueblo propiamente griego hasta la médula. Allá por el 1500 ó 1400, mes arriba mes abajo, irrumpieron en Creta y en el Peloponeso y se pusieron como locos a construir ciudades sin parar. La más importante fue Micenas, que tenía más taxis que las otras.

No sabemos mucho de los micénicos (bueno, nosotros no sabemos mucho; a lo mejor otros sí saben muchas cosas); tan solo que era una sociedad muy jerarquizada, lo que significa que todo el mundo tenía siempre a alguien por encima mandando mucho y dándole órdenes. Se dividían en varias clases sociales distintas (¡claro!: si no hubieran sido distintas, habrían sido la misma clase), que se dedicaban a actividades también distintas, aunque tenían una cosa en común: a todos les gustaba mucho que les rascasen la espalda.

Los micénicos eran guerreros muy tacaños, que, cuando se morían, hacían que les enterraran con sus armas, para que no las usara nadie más. Se dice que fueron ellos los que pelearon en la Guerra de Troya, que fue una historia que se inventaron para tener algo que contar durante la sobremesa, cuando iban los domingos a casa de la abuela para comer cocido. Estas historias las escuchó Homero, un poeta ciego con barbas muy largas, que iba recitándolas de pueblo en pueblo, por lo que no tenían un hogar fijo y se lavaba muy poco. Homero escribió la *Ilíada*, un poema donde contó cómo los aqueos y los troyanos se pelearon durante diez años sin cansarse, y también la *Odisea*, que relata cómo un guerrero vuelve a su hogar en barco, porque no quiere que le regañe su esposa, que le lleva esperando mucho tiempo; pero le ocurren muchas aventuras por el camino, por lo que llega con muchísimo retraso.

ETAPAS DE LA HISTORIA

Para conocer la historia de la Grecia antigua hay que estudiar la historia de la Grecia antigua en algún libro que trate de la historia de la Grecia antigua, que es el único modo de saber algo de la Grecia antigua. Es mejor dividirla en etapas, porque pretender

estudiarla toda de una vez es una barbaridad.

La Época Arcaica duró del siglo viii al vi a.C., lo cual, en broma en broma, son nada menos que doscientos años, en los que puede pasar de todo. En ese tiempo surgieron las *polis* y los «polis». Las *polis* eran ciudades independientes, cada una con su banderita y su selección de fútbol. Los «polis» ya sabéis lo que son: esas personas que salen en las series de televisión deteniendo a los ladrones y a los asesinos y bebiendo café en un vaso de plástico, por lo que no hace falta que lo expliquemos más. En Grecia los «polis» eran los soldados, que se llamaban *hoplitas*, lo que no es ningún insulto, aunque lo parezca. Las *polis*, por su parte, guerreaban entre sí, cuando no tenían otra cosa mejor que hacer, o se unían para pelearse con otras *polis* con las que no se llevaban bien. En todas ellas hablaban griego, aunque en algunas lo pronunciaban tan mal que no se les entendía nada de nada.

Había dos formas de gobierno: la aristocracia y la oligarquía. La aristocracia consistía en que unos pocos nobles o aristócratas mandaban en la ciudad y hacían lo que les daba la gana. La oligarquía era que unos cuantos ricos mandaban. O sea, que los dos eran sistemas muy parecidos: unos pocos mandaban y el resto se aguantaba y obedecía.

A partir del año 750 a.C. Grecia empezó la colonización comercial del Mediterráneo, abriendo tiendas en todas las esquinas. Los comerciantes compraban cosas muy baratas en los lugares a donde iban y las vendían muy caras en Grecia. Algunos griegos, más tontos que los otros, compraban las cosas caras y las vendían baratas, pero a estos no les fue nada bien y tuvieron que dedicarse a otros oficios. Con este comercio surgen las colonias, que era cuando los griegos llegaban a cualquier sitio en las costas del Mediterráneo y se apoderaban de una ciudad, como si fuera suya y hubiesen estado allí toda su vida. En algunos casos construían ellos mismos la ciudad, juntando las piedras en un montón, lo que les cansaba otro montón.En este tiempo se escribieron los primeros códigos de leyes (aunque con bastantes faltas de ortografía) y se puso de moda el uso de la moneda, para evitar el trueque (porque era muy incómodo tener que ir a todas partes llevando encima, por ejemplo, cuatro o cinco docenas de huevos, para poder pagar el café con leche o para cualquier otro gasto).

La Época Clásica va del siglo v al iv a.C. (¡qué raro hace esto de que los siglos vayan al revés!, ¿verdad?).

Este periodo se inicia con las Guerras Médicas, que no son lo que te figuras, porque los griegos no pelearon contra los médicos. Los medos eran los persas, que tenían la mala costumbre de llamarse de muchas maneras distintas. Estos persas querían quitarles territorios

a los griegos; y los griegos, por su parte, querían quitarles territorios a los persas (vamos: que los dos pueblos eran igual de ladrones), por lo que acabaron a bofetadas, como es lo lógico. Vencieron los griegos (más o menos) y la ciudad de Atenas —que tenía los barcos que mejor flotaban— consiguió gran prestigio y se convirtió en la *polis* más importante de por allí.

Entonces se formó la liga de Delos. ¿De los qué, os preguntaréis? Pues Delos, nada más: es que se llamaba así. Era una unión de ciudades que se formó para protegerse, por si los persas volvían, queriendo hacer de las suyas, y para venderse cosas las unas a las otras.

Atenas presumió mucho de ser la ciudad más grande de todas, de que sus calles estaban mejor pavimentadas, de que sus flores olían mejor y sus atletas podían correr más, aun bebiendo menos agua que los otros. Esto hizo que las demás ciudades le tuvieran envidia a Atenas y, al final, acabaron todos en guerra entre sí, porque con lo de los persas le habían cogido el gusto a pegarse. Por un lado estaba Esparta y, por el otro, Atenas. Las demás ciudades apoyaron a la que les caía más simpática. A esas guerras (porque fueron varias y, nada más acabarse una, ya estaban empezando otra) se las llamó Guerras del Peloponeso y fueron terribles. Aunque ganó Esparta, a todos les fue muy mal, porque como tuvieron que comprar muchas cosas para pelear (espadas, lanzas, etc.), se quedaron todas sin un dracma, que era la moneda de allí (se quedaron sin un euro, queremos decir). El reino de Macedonia, situado en la región montañosa que estaba más al norte, se dijo: «¡Esta es la mía!» y empezó a expandirse hacia el sur, donde el clima era mejor, hacía más calor y, en vez de túnica, se podían llevar falditas, mucho más cómodas.

La Época Helenística. Este periodo duró desde el siglo iv al ii a.C. también, y fue bastante movidito. Ya hemos dicho que Macedonia invadió las *polis* griegas y se las tragó enteritas. Alejandro Magno, con ayuda de algunos generales que eran amiguetes, estableció un gran imperio que iba desde Egipto hasta el río Indo, que estaba lejísimos y donde los móviles no tenían cobertura. Así, la cultura griega (llamada cultura helenística para complicar las cosas) se extendió por muchos lugares.

Alejandro Magno fundaba ciudades y las llamaba a todas Alejandría, bien porque era muy vanidoso o porque tenía poca imaginación para pensar otros nombres. Como fuere, dio nombre a dieciséis Alejandrías distintas, muy lejanas unas de otras, con lo cual era muy difícil saber de dónde era cada cual. La más importante de todas fue la Alejandría que estaba en Egipto, porque tenía un faro, una gran biblioteca y dos pistas de patinaje sobre

hielo, cosas que no había en otras ciudades.

Pero el imperio creado por Alejandro duró menos que un pastel a la puerta de un colegio, como suele decirse. Sus sucesores no pudieron mantener unidos todos esos territorios, porque no tenían una cuerda lo suficientemente larga, y los generales de Alejandro se repartieron el Imperio como si el Imperio fuese una bolsa de chuches. Y gobernaron tan mal, tan mal que en el siglo II a.C. Grecia terminó siendo una provincia de Roma vulgar y corriente.

LAS GRANDES POLIS

ESPARTA

La ciudad de Esparta estaba situada a sur de la península del Peloponeso, a un tiro de piedra del mar (aunque había que tirarla con bastante fuerza).

Los espartanos eran bien poquitos, porque la mayoría de la población estaba formada por esclavos, que se llamaban ilotas y que eran los encargados de trabajar para sus amos, fregar los cacharros, bajar la basura y bañar al perro.

Tenían un sistema de gobierno que, realmente, era una pérdida de tiempo. Había una Asamblea popular, a la que asistían todos los ciudadanos mayores de treinta años que no preferían quedarse en casa durmiendo, porque se celebraba por la mañana temprano. Allí, en la Asamblea, hablaban y hablaban sobre todo tipo de decisiones referentes a la ciudad: a quién había que declararle la guerra, con qué frutas quedaba mejor la mermelada y de qué color se tenían que pintar las fachadas de los baños públicos, que estaban muy sucias.

Pero después de haber discutido durante horas, llegaban los del Consejo de ancianos, llamado *gerusía*, y decidían ellos todas las cosas. Los jóvenes se quedaban con cara de panolis, pensando que habían madrugado para nada.

Luego había cinco *éforos* o magistrados, que eran los que gobernaban la ciudad, haciendo siempre lo que les decían los ancianos, porque eran muy obedientes. Por encima de ellos, había dos reyes, pertenecientes a dos familias, que también solían tener sus más y sus menos para ponerse de acuerdo.

Esparta era una ciudad donde estaba muy de moda el militarismo. Todos los espartanos tenían que aprender a manejar la lanza, la espada, el arco y el tirachinas, para poder enfrentarse a sus enemigos. Aprendían también a limpiar las armaduras, frotando primero con un estropajo y pasándoles luego una gamuza para sacarles brillo. Los espartanos eran grandes guerreros, que peleaban con mucho estilo, dando unos saltos muy grandes. Los griegos de otras ciudades no podían saltar tan alto y, por eso, los espartanos les ganaban en todos los combates.

ATENAS

Atenas era la capital de la región de Ática y fue la más culta de las ciudades griegas. Era una *polis* amurallada. En su parte más alta estaba la acrópolis, que era el centro religioso, y el ágora, la plaza donde todo el mundo se reunía para enterarse de las noticias y cotillear. El problema era que, para llegar arriba, había que subir unas cuestas tremendas y se llegaba con la lengua fuera.

Allí se inventó la democracia, aunque solo los ciudadanos varones podían votar y dar su opinión. Llevaban siempre una piedra blanca y otra negra en el bolsillo para decir sí o no cuando les preguntaban algo referente a la ciudad. El voto era secreto y las piedras se metían en un saco. Pero como los atenienses eran muy pocos y se conocían entre ellos, todo el mundo sabía más o menos lo que iban a votar los demás.

Las votaciones se hacían cuatro veces al mes en la Asamblea. En ella se elegía a los magistrados, que eran los que magistraban; es decir: los que sabían hacer las cosas bien. En la Asamblea podía hablar cualquiera, pero estaba prohibido contar chistes verdes. Había un comité más reducido para los asuntos del día a día, llamado Consejo de los Quinientos, que ¿a qué no sabes de cuántas personas estaba compuesto? ¡Sí: lo has adivinado! Eran quinientos.

La sociedad se dividía en tres grupos: los ciudadanos, que eran los que mejor vivían; los metecos, que eran los extranjeros que residían en Atenas (porque era más barata que sus países de origen), y los esclavos, que tenían un amo (porque ser esclavo consiste en eso, precisamente). La riqueza de la ciudad provenía de los esclavos, que eran quienes se deslomaban sacando cebollas de las minas o cultivando el carbón en los campos (¡ay, no!: al revés).

En Atenas destacó la figura de Pericles, un general que parece ser que lo hacía todo estupendamente bien: gobernó con sabiduría, defendió la democracia cuando hizo falta, patrocinó las artes y las letras, mandó poner papeleras por toda la ciudad, para que no hubiera envoltorios de chicle ni palitos de helado por las calles, y se sabía de memoria los nombres y los cumpleaños de absolutamente todos los soldados de su ejército y nunca se olvidaba de felicitarles.

LA RELIGIÓN

Los griegos tenían muchísimos dioses, que vivían cómodamente en el Olimpo, que lógicamente, sería un cielo muy grande para que cupieran todos.

Estos dioses tenían forma humana y hacían también barrabasadas, como hacen los hombres. Eran envidiosos,

vengativos, mezquinos y bastante sinvergüenzas, sobre todo en temas de faldas. Pero eran también inmortales y muy poderosos, por lo cual era mejor no meterse con ellos. En cada ciudad había un dios protector que todos los habitantes decían que era más guapo y más alto que los otros.

Cada dios se ocupaba de una cosa distinta:

Zeus era el padre de los dioses y llevaba un rayo para fulminar a quien hiciera falta. Su esposa era Hera, que era la diosa de la familia.

Poseidón era el dios del océano, llevaba un tridente e iba acompañado de multitud de caballitos de mar.

Hades era el dios del infierno y tenía un perro con tres cabezas que mordía a los desconocidos en las pantorrillas.

Ares, el señor de la guerra, tenía un gallo que le despertaba por las mañanas.

Apolo era el dios de la belleza y las artes; siempre le representaban con el pelo rizado.

Atenea era la divinidad de la sabiduría y llevaba una lechuza para que le hiciera compañía.

Hermes tenía alas en los pies; era, a la vez, el dios de los ladrones y de los comerciantes. Sin comentarios.

Afrodita era la diosa del amor y, no se sabe por qué, estaba casi siempre de pie, dentro de una concha marina.

Artemisa era la que gobernaba la caza; disparaba las flechas con una rapidez que daba gloria verla.

Dioniso era el dios del vino y de las fiestas, por lo que andaba siempre piripi.

Había un montón más: Hefeistos (el fuego), Hestia (el hogar), etc. A estas deidades se les hacían ofrendas y se las invitaba a merendar (simbólicamente). También se celebraban juegos en su honor, porque parece ser que a los dioses les divertía mucho ver carreras y saltos de longitud. Por eso surgieron los Juegos Olímpicos y otros muy parecidos, a los que acudía mucha gente, pero que debían de tener muy poco presupuesto, porque a los vencedores no les daban otro premio que una corona de hojas de laurel, que eran muy baratas.

Los dioses de Grecia siempre estaban haciendo el gamberro y metiéndose en líos. Esto se cuenta en los mitos, que eran las narraciones de las aventuras que les pasaban. La literatura griega se dedicó en gran parte a contar estas historias una y otra vez, sin parar.

LA VIDA COTIDIANA

Los griegos eran un pueblo principalmente agrícola, porque tenían muy pocas fábricas de bicicletas. Cultivaban el campo, del que obtenían trigo y cebada para hacer pan y bollos, guisantes, habas y otros productos por el estilo. Como no se conocían los tenedores, se comía todo con los dedos; a las madres griegas esto no les hacía ninguna gracia, pero los niños disfrutaban mucho. Comían carne solo en ocasiones especiales, porque costaba un riñón.

Las ciudades eran asquerosas, con calles estrechas y muchos charcos de agua de fregar u otros líquidos peores. Las casas, hechas con adobe, solo tenían un piso, porque a los griegos no les gustaba subir escaleras. Y había pocos muebles, para no tener que molestarse en quitarles el polvo. Las habitaciones daban a un patio central sin techo, donde el frío te dejaba tieso. Las mujeres tenían habitaciones separadas, llamadas gineceo, donde solían poner almohadones bordados para que las vecinas vieran que eran elegantes y tenían buen gusto.

Las costumbres eran sencillas. La gente iba de su casa al trabajo, del trabajo a su casa y, luego, vuelta al trabajo otra vez y así sucesivamente. A todos les gustaban mucho los juegos.

Los niños iban a la escuela desde los siete hasta los catorce años y no hacían ecuaciones. En cambio, tenían que aprenderse de memoria los poemas de Homero, lo cual era peor. Los ricos tenían un pedagogo: un esclavo que ayudaba a los niños con las lecciones y les llevaba los libros al colegio, porque pesaban un quintal (las cosas no han mejorado en tantos siglos).

Hombres y mujeres calzaban sandalias de esparto (no de Esparta) y una túnica por encima. Si tenían más frío, entonces se ponían un manto. Y, si tenían calor, se lo quitaban, claro. La gente humilde no poseía más que una muda, por lo que tenían dos opciones: o se quedaban desnudos dentro de la cama mientras sus ropas se lavaban y se secaban, o no las lavaban en absoluto y las llevaban puestas hasta que se caían a pedazos.

EL LEGADO CULTURAL

El legado cultural de Grecia son las obras de arte que los griegos dejaron a las generaciones posteriores. No se las legaron por gusto, sino porque, cuando se morían, no se podían llevar consigo las estatuas y los edificios, sino que los tenían que dejar donde estaban.

Pero hicieron cosas muy bellas y útiles. Desarrollaron las matemáticas, que son muy necesarias, por ejemplo, si tienes que construir un puente, mandar un satélite al espacio o simplemente ir a la compra y conseguir que el tendero no te engañe con las vueltas. También avanzaron en la filosofía, haciéndose preguntas muy

complicadas y dándose respuestas más complicadas todavía. Como muy poca gente les entendía, los filósofos griegos tenían fama de ser muy sabios y profundos.

ARQUITECTURA

Son muy famosos los templos griegos, con sus muchas columnas. Pero en ellos se les olvidó poner las paredes y, por eso, si estabas dentro cuando llovía, te mojabas igualmente. De todas formas, no pretendían que entrara mucha gente, porque las ceremonias se realizaban en el exterior. Las columnas estaban hechas de mármol y sostenían techos de madera, porque cuando lo hicieron al revés (columnas de madera que sostenían techos de mármol) se les hundían todos.

Estas columnas se construían en varios estilos: el dórico, el jónico y el corintio, aunque algunos arquitectos se confundían y los mezclaban. Tenían tres partes (las columnas, no los arquitectos): la basa (la parte de abajo), el fuste (la de en medio) y el capitel (la parte de arriba), La verdad es que, si lo divides así, todas las cosas del mundo tienen una parte de abajo, una de arriba y una de en medio.

Los templos se pintaban de colorines —rojos y azules—, para darles más alegría, pero las pinturas desaparecían con el tiempo y había que estar repintándolas todos los años, lo que era una lata. Uno de los templos más conocidos es el Partenón, que está en la acrópolis de Atenas, pero todo roto, con las rocas caídas por todas partes.

Otros edificios importantes eran los teatros. Para evitarse molestias, los construían en las laderas de las colinas, donde ponían las gradas para el público. Podían tener sitio hasta para 12.000 espectadores delgaditos o 10.000 más rellenos. Pero eso era porque los constructores eran muy optimistas y pensaron que iría mucha gente a ver las comedias. La escena, (el lugar donde actuaban los actores) era pequeñito, porque los actores eran pocos. Y luego había un círculo llamado orquestra, donde actuaba el coro, que iba explicando a los espectadores durante la representación los sucesos que no se entendían, porque algunos autores escribían cosas muy confusas.

ESCULTURA

También destacaron en la escultura, que representaba casi siempre a personas desnudas, bien porque hacía mucho calor (lo dudamos) o porque eran unos frescos y no tenían vergüenza de

quedarse sin ropa delante de la gente. El cuerpo humano lo representaban muy bien: los escultores ponían todos los huesos y los músculos en su sitio correcto. Buscaron la proporción ideal, que era que el cuerpo tenía que medir ocho veces lo que midiera la cabeza o al revés, no estamos seguros.

En la primera época las estatuas eran de señores que se estaban quietecitos. Mas tarde, empezaron a representar el movimiento: un hombre que lanzaba una jabalina, otro al que le mordía una serpiente y daba saltos de dolor, cosas así.

PINTURA

Los cuadros de esta época no han llegado hasta nosotros: se conoce que se debieron de perder todos en las mudanzas, cuando los griegos se cambiaban de casa.

En cambio, sí conservamos pinturas en cerámica: platos, ánforas, botijos con pitorro, etc. Primero pintaban figuras negras sobre fondo blanco; luego prefirieron figuras blancas sobre fondo negro. También probaron figuras negras sobre fondo negro, pero dejaron de hacerlo cuando vieron que esos cacharros no los quería comprar nadie.

Estas escenas dan información sobre lo que hacían los griegos, que era, otra vez, saltar por encima de los toros, como ya sabemos que pasaba en Creta.

ROMA

La Península Itálica está en medio del mar Mediterráneo y tiene la forma de una bota que se enfada con la isla de Sicilia y le pega un patadón. Incluye también las islas de Córcega y Cerdeña, que están más lejos (a donde las había mandado antes, de una patada también).

El territorio constaba de varias regiones, como la Umbría (donde siempre hacía sombra), el Lacio (llamado así porque todos sus habitantes tenían el pelo liso) y la Campania (que era la región encargada de dar la hora). Eran tierras suaves y de clima fértil o viceversa (que quiere decir «al revés», por si alguno no lo sabía).

ORÍGENES DEL MUNDO ROMANO

Los latinos habían estado en la Península Itálica desde el ii milenio, por lo que se conocían bien el terreno y se sabían todos los atajos y los restaurantes en donde daban las raciones más grandes. En el siglo vii a.C. llegaron los etruscos, que, sin pedir permiso a nadie, se quedaron con un buen cacho de terreno en el norte. Los griegos también se metieron en el ajo y se asentaron en la parte sur del país y en la isla de Sicilia. Como eran muy exagerados, llamaron a aquellos terrenos pedregosos la Magna Grecia («gran Grecia»), aunque era más pequeñita que la Grecia de verdad.

Según cuenta la leyenda (y los historiadores que se la creyeron), los primeros pobladores, para protegerse de sus enemigos, se subieron a siete colinas que estaban muy juntitas, en las orillas del río Tíber, y fundaron así la ciudad de Roma, aunque tenían que gritar mucho para que les oyera el de la colina de al lado. Estamos hablando del año 753, o sea del siglo viii a.C.

LA MONARQUÍA

La historia de Roma la podemos dividir (si queremos) en tres grandes periodos: Monarquía, República e Imperio. Otra opción es no dividirla en absoluto y estudiársela toda a la vez, pero esto marea bastante.

La Monarquía (a la que se podría llamar también Reyería, si había reyes) duró desde sus inicios hasta que se acabó (¡vaya frase más tonta que hemos puesto aquí!); es decir: desde la fundación de Roma hasta el 509 a.C, un año en que llovió mucho, todo el mundo se mojó y muchos se resfriaron.

El rey era el que tenía todo el poder, podía comer todas las patatas fritas que quisiera y reinaba hasta que se moría (o lo mataban). El monarca tenía bastante trabajo, hacía de juez, de jefe supremo del ejército y también de sumo sacerdote, por lo que tenía que estar cambiándose de uniforme todo el día.

Al rey lo elegía un Senado de ancianos, de esos que están siempre protestando de que los jóvenes no tienen educación y que en sus tiempos todo era mucho mejor. Estos ancianos pertenecían a las mejores familias de Roma y eran muy respetados; en cambio, estaban todos calvos.

En Roma hubo siete reyes (tres de los cuales ceceaban al hablar), que se dedicaron a dividir el territorio en distritos y a comerciar por todo el Mediterráneo, vendiendo las aceitunas romanas a quienes se dejaban, para echarlas en la ensalada.

Al fin de este periodo, Roma estuvo gobernada por los etruscos, un pueblo no latino que nadie sabía de dónde demonios había salido. Se construyeron puentes, acueductos, casas, templos y murallas; solo que al principio se les caían todas, hasta que aprendieron a hacerlas más sólidas.

LA REPÚBLICA

Los romanos se cansaron de aguantar al rey etrusco y le echaron de allí. Como les daba pereza elegir a otro rey, instauraron la República, en la que gobernaba un Senado formado por muchas personas que tenían tiempo libre por las mañanas. La República duró hasta el año 27 a.C., a la hora de la merienda.

Roma se convirtió en una fuerte potencia y, durante unos años, se estuvo peleando con la ciudad de Cartago, que se encontraba en el norte de África y estaba toda llena de cartagineses y cartaginesas, como es natural. Después de un tiempo de guerra, hicieron las paces (porque no puedes hacer las paces con alguien si antes no has peleado con él).

Entonces, Roma quiso extenderse hacia el resto de Italia y del Mediterráneo, pero al llegar a la isla de Sicilia, los cartagineses volvieron a entremeterse y atacaron a los romanos. Estos le declararon la guerra a Cartago, aprovechando que estaban en paz (porque para declararle la guerra a alguien, primero hay que estar en paz con él). Hubo tres Guerras Púnicas (porque a los cartagineses

les llamaban también «púnicos», para complicarlo más) y, al final, los cartagineses quedaron hechos polvo, se rindieron y prometieron no volver a ser malos en el futuro.

Con ayuda de su gran ejército y de bastante suerte, Roma conquistó un montón de lugares aquí y allá. Los soldados romanos eran famosos por su disciplina y porque se podían comer un cabrito asado de una sentada sin que les doliera luego la tripa.

Había unas asambleas llamadas comicios, aunque la gente que asistía a ellas no eran cómicos que contaran chistes ni hicieran monólogos, sino señores muy serios que aprobaban leyes y nombraban a los cónsules, a los procónsules y a todo el que hiciera falta para gobernar. Unos 300 cónsules formaban el Senado; tenían todos que ser de muy buena familia y llevar siempre la toga muy limpia; si les pillaban tres veces con la túnica sucia, les expulsaban rápidamente y sin contemplaciones.

EL IMPERIO

El Imperio romano comenzó con Octavio Augusto, en el año 27 a.C. y acabó con otro emperador (bastante menos famoso, por lo que no nos molestamos en decir su nombre), en el 476 d.C.

El emperador era como un rey, solo que más: gobernaba sobre los territorios que Roma había conquistado, tenía mucho más poder que los antiguos reyes y comía todavía más patatas fritas que ellos.

Durante los siglos i y ii d.C. hubo una época en que todo fue bien y con prosperidad, conocida como *Pax romana*, que significa «paz romana» (aunque seguro que esto ya lo habías adivinado). En ese tiempo Roma, con todo lo sucia que era, fue la capital del mundo, porque las otras ciudades eran aún peores.

Pero a partir del siglo iii, de repente, todo se torció. El Imperio romano sufrió varias crisis militares, políticas y económicas, por lo que parecía que la cosa iba a acabar muy mal. Esto se debió a muchas causas, de las que contaremos solo algunas, para no cansar.

Se debilitó el poder del emperador, al que las gentes empezaron a tomar el pelo y a hacer chistes a su costa; ya no le hacían tanto caso como antes. Hubo, además, varias guerras civiles, porque algunos generales querían ser el emperador (para poder comer ellos patatas fritas hasta hartarse), por lo que se peleaban con el emperador de verdad. Había menos esclavos para hacer las labores cotidianas y por esa razón los campos no se cultivaban, ya que a los romanos no les gustaba ni un pelo cavar. Y también había un problema con los pueblos germánicos en el norte, que estaban siempre dando la lata y queriendo invadir los territorios de Roma.

En el siglo iv el Imperio romano se dividió en dos partes: la zona

oriental puso la capital en Constantinopla y la zona occidental dejó la capital en Roma, que ya estaba allí y no había que construirla ni nada. En el año 476 una coalición de tribus germánicas (a las que los romanos llamaban 'bárbaros', porque hablaban una lengua que no se entendía ni a la de tres) rompieron el Imperio en cachos y formaron los reinos medievales, que estuvieron peleándose entre sí durante toda la Edad Media, que ya se estudiará el año que viene, por lo que no hace ninguna falta contarla aquí.

LA SOCIEDAD ROMANA

La suciedad romana (¡ay, perdón!: nos hemos equivocado; queríamos decir «la sociedad romana») se dividía en tres grupos (a los romanos les gustaban dividir todas las cosas en tres, ¿no te parece?).

Arriba del todo estaban los patricios, que no es que todos se llamasen Patricio, sino que ese era el nombre por el que se conocía a los descendientes de los fundadores de Roma; esto es: las familias nobles y con pasta. Tenían más tierras y casas que nadie y ocupaban todos los cargos que estaban muy bien pagados y en los que se trabajaban pocas horas.

Luego venían los plebeyos, que era la clase social más numerosa. Eran unos horteras y vestían unas ropas de unos colores imposibles. Este grupo incluía a los comerciantes, los artesanos, los campesinos sin tierra, los extranjeros y demás. No entendían de política y, aunque hubieran entendido, no habría hecho ninguna diferencia, porque no les dejaban opinar ni decir nada de nada.

Finalmente estaban los esclavos, que eran prisioneros de guerra, hijos de esclavos o también criminales que ya habían salido de la cárcel. No tenían ningún derecho y se les prohibía comer mermelada. Su amo, si quería, les podía azotar, matar o incluso pelarles al cero. Hacían los trabajos más duros y, por lo que cuentan los historiadores que se han empollado la historia de Roma, eran bastante torpes y lo hacían todo mal, por lo que sus amos les estaban chillando todo el santo día. Eran bastante baratos de comprar; en cambio, comían muchísimo, por lo que solo los muy ricos podían mantenerlos.

A veces, un amo se hartaba de tener un esclavo que le rompía los platos de la vajilla al fregarlos e intentaba vendérselo a algún amigo. Si nadie se lo quería comprar (porque todos sus amigos sabían ya que el esclavo era una verdadera inutilidad), el amo acababa dándole la libertad. Se convertía entonces en un liberto. También podía pasar que el esclavo le pagara una cantidad al amo para que le dejase libre. Si el amo andaba apurado de dinero, no

tenía otra que libertar a su esclavo y lavarse él mismo los calcetines.

En Roma la población se dividía entre ciudadanos y no ciudadanos. Los ciudadanos eran los patricios y los plebeyos, y consideraban un honor serlo. Podían poseer tierras, casas y piscinas, podían casarse y votar de vez en cuando. Los no ciudadanos eran los que no eran ciudadanos, como el nombre bien lo explica: los extranjeros, los esclavos y los libertos, que vestían con unas ropas hechas con tela de saco que picaba mucho.

Las mujeres tampoco eran muy importantes en Roma, pues tenían que obedecer siempre a sus padres o a sus maridos. No podían intervenir en política. Las mujeres patricias se entretenían haciéndose unos peinados complicadísimos, en los que se ponían objetos como joyas, conchas marinas, fichas de dominó o lo que se les ocurría en ese momento. Las plebeyas se pasaban el día amasando pan y hablando mal de las vecinas.

LA CULTURA ROMANA

Los romanos eran unos grandes copiotas, que cogieron los modelos de los griegos, los cambiaron un poquito, para que no se notase, y los hicieron pasar por suyos, con toda su cara. Pero, al final, no les valió el truco, porque todo el mundo se dio cuenta.

Sin embargo, sí fueron muy buenos en el *marketing*, esto es: en promocionar sus productos artísticos y culturales y ponerlos de moda por todas partes. A eso se le llamó romanización, que consistió en que todas las gentes de los territorios que habían conquistado construyeron edificios iguales, hablaban la misma lengua y tomaban lo mismo para desayunar.

ARTE

Los ingenieros romanos construyeron muchos puentes, para poder cruzar los ríos sin tener que chapotear, y vías, que eran carreteras de la antigüedad por las que podías ir de un extremo a otro del Imperio de un tirón, sin perderte por el camino. Estaban llenas de baches, pero los romanos se tomaban esto con resignación y se aguantaban.

Hicieron acueductos, para llevar el agua desde las montañas hasta las ciudades, porque algunas de las personas que vivían en las ciudades también tenían sed de cuando en cuando.

Y como todo lo que se bebe se tiene luego que desbeber, los romanos tuvieron que construir cloacas, que eran túneles subterráneos para evacuar las aguas residuales hasta los ríos (donde las mujeres iban a lavar la ropa; ¡qué asco!, ¡puaj!).

Había edificios conmemorativos, para no olvidarse de fechas importantes. Por ejemplo, los romanos ganaban una batalla y entonces hacían un arco o una columna muy grandota. Al cabo de unos años, nadie se acordaba de la batalla, pero la columna seguía allí, llena de pintadas, pero recordando la hazaña.

Luego estaban las construcciones urbanas públicas, como el foro, las basílicas, los templos, las termas, el teatro, el anfiteatro, el circo y otros muchos lugares parecidos, que a los romanos les gustaban

mucho porque eran gratis. Allí las gentes comían, se bañaban, luchaban, rezaban y hacían otras muchas cosas que no mencionamos por no alargar este capítulo innecesariamente.

Muchos de estos edificios se hallaban adornados con mosaicos, que eran dibujos que se hacían con piedras de colores; estas piedras se rompían en pedazos y luego se volvían a pegar los pedazos uno al lado del otro, por lo que no nos explicamos para qué empezaban por romperlos. A los romanos también les gustaba mucho tener en sus salones sus bustos, que eran cabezas de personas talladas en piedra y generalmente con las narices más pequeñas de lo que las tenían en la vida real.

RELIGIÓN

En materia de religión, el plagio que hicieron los romanos fue descarado. Cogieron a todos los dioses griegos, sin olvidarse de ninguno, les cambiaron el nombre, les pusieron ropas de otro color y dijeron que eran sus dioses romanos de toda la vida. De esta forma, Zeus se convirtió en Júpiter; Ares, en Marte; Atenea, en Minerva; Poseidón, en Neptuno; Hermes, en Mercurio; Afrodita, en Venus, y así sucesivamente.

Dioses no faltaban, porque los romanos adoraban también a los lares, que eran las divinidades que protegían las casas, y a los manes, que eran los espíritus de sus antepasados. Vamos, que se pasaban el día adorando a unos y a otros y casi no tenían tiempo para hacer otras cosas. Si a eso le añadimos que al emperador también había que adorarle como a un dios, os haréis idea de lo pesadísima que acababa siendo la religión en Roma.

Se hacían sacrificios de animales y ofrendas a los dioses para que estos les dieran a los hombres algo a cambio. La gente era muy supersticiosa y antes de casarse, de salir de viaje o de comprarse un gorro de lana para el frío consultaba a los dioses por medio de adivinos, para saber si aquello saldría bien o si sería un auténtico desastre.

En el siglo i surgió el cristianismo, que tenía solo un dios, lo que resultaba muchísimo más cómodo. Al principio los emperadores no aceptaron esta religión, dijeron que los cristianos estaban tontos y les persiguieron. Pero el emperador Teodosio se lo pensó mejor e hizo del cristianismo la religión oficial y obligatoria en todo el Imperio, por lo que los dioses antiguos de Roma tuvieron que hacer las maletas e irse a otro sitio a vivir.

DERECHO E INSTITUCIONES

Los romanos pensaban (y no les faltaba razón) que las leyes eran algo que tenía que durar bastante, no como los electrodomésticos, que se rompen en cuanto se les acaba la garantía. Hicieron leyes tan resistentes que muchas han llegado hasta nosotros y tienen pinta de seguir funcionando durante unos cuantos siglos más. Es a lo que se llama el Derecho Romano.

Hasta mediados del siglo v a.C. nadie se había molestado en escribir las leyes romanas: estaban confiadas a la memoria y se transmitían de manera oral. Como os podéis figurar, esto no era muy práctico. Se tenía que juzgar, digamos, a uno que había robado unas gallinas, y los jueces se preguntaban entre ellos: «¿Alguien se acuerda de cuántos latigazos (o meses de cárcel o lo que sea) hay que imponer como castigo a los robagallinas?» Los jueces solían ser viejos y tenían mala memoria. «Yo creo que son cien latigazos», decía uno. «No: son cuatrocientos», rectificaba otro. «Yo no me acuerdo. ¿No eran cincuenta sextercios de multa?», preguntaba un tercero. «No. Cincuenta sextercios es lo que hay que pagar si te dejas el carro aparcado en el foro, donde está prohibido». No lograban ponerse de acuerdo y se armaban unos líos tremendos. Al final, para resolver el problema, decidían imponer al ladrón cualquier castigo que se les ocurriera en ese momento. Decían: «Bueno, pues que le corten una oreja». Como veis, esto no podía ser. Por eso, muchos ciudadanos de Roma (que pensaban robar alguna gallina alguna vez) exigieron que las leyes se pusieran por escrito de una vez. Así surgió la compilación que se conoce como la Ley de las Doce Tablas, que fue el único código romano durante mucho tiempo.

En el siglo iii d.C., el emperador Caracalla (este nombre es de verdad: no es broma) hizo que todos los habitantes del Imperio tuvieran la categoría de ciudadanos, por lo que las leyes fueron iguales para todos ellos y, cuando la gente robaba gallinas, les aplicaban los mismos castigos (si les cogían, claro, porque muchos se iban de rositas).

Las leyes las aprobaba el Senado, que ya sabemos que estaba formado por los mandamases de la ciudad, y los juicios los llevaban a cabo los tribunales, que se reunían en las basílicas, que entonces se usaban solo para eso (¡qué cosa más rara!, ¿no?).

LA LENGUA

La lengua oficial del Imperio era el latín, que ya entonces era tan complicado de aprender como hoy en día. Si os preguntáis por qué es difícil el latín es que nunca habéis intentado estudiarlo. El latín tiene declinaciones, lo que quiere decir que una palabra puede

acabar de muchas formas diferentes según en qué parte de la frase esté, si es el sujeto u otra cosa. Esto significa que era una lengua muy avanzada y perfecta, pero enrevesada.

Por eso, mucha gente no la hablaba bien. Así surgieron dos variedades: el latín culto, que era la lengua correcta y con todas su reglas, que hablaba la gente refinada (que era poquísima), y el latín vulgar, que era el latín de andar por casa, como quien dice, lleno de incorrecciones y que hablaba la gente inculta (que era la inmensa mayoría de la población de Roma y sus colonias).

El latín culto se ha quedado únicamente para frases y expresiones latinas (lo que la gente llama muchas veces 'latinajos'), de esas que se aprenden de memoria sin saber muy bien lo que significan y se sueltan de repente en medio de la conversación, para presumir de cultura.

El latín vulgar, en cambio, tuvo mucho más recorrido. Ya hemos dicho que era un latín mal hablado. Y como en cada provincia del Imperio lo hablaban mal, pero de distinta manera, dio origen a las lenguas románicas. O sea, que el castellano viene del mal latín que se hablaba en la península y lo mismo pasaba en otros sitios. Podemos decir, sin miedo a equivocarnos, que algunas de las lenguas más importantes de Europa (el español, el francés, el italiano, el portugués, el gallego, el catalán, el rumano, etc.) surgieron porque los habitantes de esas partes del Imperio romano eran un tanto burros y no consiguieron nunca aprenderse las declinaciones.

EL INICIO DE LA EDAD MEDIA

Tras la desaparición del Imperio romano en el año 476 dicen los libros que se acaba del todo la dichosa Antigüedad y comienza la Edad Media. Al principio, la gente de por aquel entonces no se enteró de que empezaba nada. De hecho, a todos les parecía que aquel año era como otro año cualquiera de los de antes, solo que con menos días de vacaciones. Pero, de pronto, todo el mundo empezó a hablar del tema y a decirse unos a otros: «Oye Pepito: ¿te has enterado sabes que se ha acabado la Antigüedad?» «No. ¿Cuándo ha sido?», preguntaba Pepito. «Pues hace muy poquito», le respondía Juanito, por ejemplo. «Ayer por la tarde.» «¡Ah! Pues no sabía nada.

Como fuere, el caso es que todo el espacio que había ocupado el Imperio romano se dividió en tres grandes civilizaciones: el Imperio de Occidente (que también se hizo trozos y de donde salieron los reinos germánicos), el Imperio de Oriente (que se llamó luego Imperio bizantino y se las apañó para sobrevivir mil años más) y el Islam.

LOS REINOS GERMÁNICOS

A estos señores germánicos (los que vivían en lo que es hoy Alemania y algunos otros paisitos de alrededor) los romanos les llamaban 'bárbaros', sencillamente porque no les entendían lo que hablaban, que les sonaba así como «bar-bar», como un balbuceo. Lo que pasa es que los romanos llamaban bárbaros a todos los que no sabían latín. Los bárbaros habitaban muy a disgusto tras la frontera norte del Imperio (donde hacía un frío que pelaba) y estaban siempre queriendo meterse dentro del Imperio, porque ellos no tenían ciudades tan majas como en el sur. Hubo tantas guerras que dejaron de contarlas. Estas guerras a los pueblos germánicos se les daban muy bien, porque tenían mucha práctica, ya que cuando no tenían un enemigo, tenían la costumbre de pelearse entre ellos por pasar el rato.

Al final, los bárbaros (o balbuceantes) le dieron en la cocorota al

último emperador romano, le vencieron y se quedaron tranquilamente con todo el Imperio. Como eran muy cabezotas, no pudieron ponerse de acuerdo entre sí para tener un reino grande donde cupieran todos y lo fragmentaron en varios reinos pequeños, como el de los ostrogodos en Italia (los godos a los que les gustaban las ostras), los visigodos en España (godos a los que les gustaba poner visillos en el salón) o los francos en Francia (que eran gente muy sincera y sin pelos en la lengua). El nombre de 'Francia' viene precisamente de los francos, así es que España estuvo en un tris de llamarse Visigocia y los españoles, visigocios. Esto no llegó a pasar, por fortuna, porque es un nombre horroroso.

Los visigodos (y otros pueblos germánicos que llegaron por la península allá por el siglo vi y que también llevaban el pelo en largas coletas para no tener que lavárselo muy a menudo) eran brutos como ellos solos. Fundaron un reino y pusieron la capital en Toledo, porque a todos les gustaban mucho los mazapanes que hacen allí y querían tener la fábrica cerca.

Sus reyes tenían unos nombres la mar de divertidos: Leovigildo, Recaredo, Chindasvinto y cosas parecidas, por lo que los nobles, al dirigirse a ellos, tenían que morderse la lengua para no reírse.

Los visigodos adoptaron el latín como lengua (aunque la hablaban que daba pena oírles) y el cristianismo como religión. Pusieron de moda las túnicas largas hasta los pies, debajo de las cuales llevaban medias y hasta los pantalones del pijama cuando pasaban frío en invierno.

Ya hemos dicho antes (y si no lo hemos dicho, lo decimos ahora) que les gustaba un montón pelearse a todas horas. Pero la costumbre les resultó muy mal, porque morían muchos hombres y luego, cuando los musulmanes se emperraron en conquistar la península en el año 711, casi no había guerreros para pelear contra ellos y los que había eran los más bajitos.

LA RURALIZACIÓN DE EUROPA

En la Edad Media a la gente dejó de gustarles vivir en las ciudades. ¿Por que pasó esto? Pues es muy sencillo: eran el lugar donde se acumulaba la riqueza y que se podía atacar para robarla. Las ciudades eran asaltadas por bandas de bandidos (¡claro que de bandidos!, ¡no iban a ser bandas de música!) a los que, en vez de trabajar como es debido, les parecía más cómodo saquear a lo bestia las casas de la gente, llevándose absolutamente todo lo que les apetecía, desde dinero y joyas hasta las pinzas de tender la ropa.

Por eso, todo el mundo tenía muchísimo miedo de vivir en las ciudades, debido a esta inseguridad; así es que los que pudieron se fueron a vivir al pueblo de sus abuelos, en el campo, donde se comía chorizo y no había calles en las que te vaciaran en la cabeza un cubo de agua sucia desde un balcón. Allí se pusieron bajo la protección de los ricos propietarios de tierras.

Estos ricos propietarios (de tierras) se fueron a sus villas rurales, por lo que muchos cines de las ciudades tuvieron que cerrar por falta de público. Y como había menos gente para comprar cosas, disminuyó el comercio y la artesanía, y las tiendas se llenaron de objetos que nadie quería comprar y que empezaron a llenarse de polvo. Al haber menos habitantes en las ciudades, los que quedaban tenían que pagar la tira de impuestos y los alimentos se pusieron por las nubes: tenías que ahorrar durante meses y meses para poder tomarte un café con leche con un cruasán a la plancha, por ejemplo; por eso, los pocos que no se fueron al campo estaban pero que muy arrepentidos de haberse quedado.

Por otro lado, los campesinos no lo pasaban mucho mejor, que digamos. Los antiguos esclavos se convirtieron en siervos, que tenían que labrar los terrenos de los señores. A estos era a los que más les dolían los riñones. Otros eran colonos, que trabajaban las tierras de los señores a cambio de una pequeña parte de la cosecha (si la había; si no, tenían que echarle mucha imaginación a la hora de hacer la comida). Luego estaban los encomendados, que entregaban sus tierras a los señores a cambio de protección y se quitaban de problemas. En definitiva: los señores poseían tierra (por lo que estaban muy contentos) y los demás araban, sembraban, cosechaban y hacían todas esas labores del campo que parecen tan bonitas desde lejos pero que te dejan un dolor de espalda de los de campeonato.

Y como durante todos los meses del año había siempre que hacer una cosa u otra, pues nadie tenía tiempo de irse de vacaciones o viajar, por lo que la gente se quedó en un sitio sin moverse durante varios siglos. Los pueblos se hicieron autosuficientes (quiere decir que se acostumbraban a comer lo que más crecía allí: si solo crecían coles en un lugar, todos comían coles todo el tiempo; ¿os podéis imaginar lo que significa eso?).

Además, la cultura de aquellos años era una risa y las gentes no sabían casi nada de lo que pasaba en otros lugares. En esos años la mujer de un campesino inventó la tortilla de patatas y nunca se enteró de que en otros pueblos ya la habían inventado antes.

EL IMPERIO BIZANTINO

Bizancio es ese lugar confuso al que a veces le llaman Constantinopla y a veces Estambul, para confundir al personal. ¿De dónde salió? Vamos a verlo ahora mismo sin perder ni un minuto.

En el año 395 el emperador Teodosio cogió el Imperio romano y, con un cuchillo afilado, lo partió por la mitad. La parte occidental, con capital en Roma, ya sabemos que se la merendaron los pueblos germánicos. A la otra parte, con capital en Constantinopla, como era un imperio y estaba en Oriente, se le llamó el Imperio de Oriente, mostrando una falta de imaginación tremenda. También se conoció como Imperio bizantino (Bizancio era la ciudad de Constantinopla, que ahora se llama Estambul, con lo que el lío queda aclarado por fin). Estambul está en el estrecho del Bósforo (¿que no sabes dónde está el Bósforo?; pues ¿para qué están los mapas?).

En Constantinopla había un cuerno: era el Cuerno de Oro, que era un gran puerto donde entraban muchos barcos y en cuyos bares se comían unos calamares riquísimos. Gracias al tráfico marítimo, la ciudad se convirtió en un gran centro comercial donde se podría comprar de todo (aunque a unos precios de escándalo).

Este imperio duró hasta el año 1453, en que los turcos se apoderaron de la ciudad y, para celebrarlo, se emborracharon muchísimo. Con esta gran juerga acabó la Edad Media, cosa que ya veremos en otra lección, por lo que no pondremos nada más aquí.

Los emperadores bizantinos dominaron sobre las tierras del mar Mediterráneo (las que hay alrededor, claro está) y, lo que es más importante, vestían unos trajes que eran una verdadera monada, con muchas joyas, adornos y lacitos. Eran los gobernantes políticos y religiosos, pues Bizancio era una teocracia (un sistema de gobierno donde mandan los sacerdotes, pero ayudados siempre por el ejército, que impone más respeto).

La Iglesia era entonces muy importante. Pero el señor que mandaba allí, el Patriarca de Constantinopla, se llevaba muy mal con el Papa de Roma (porque los dos querían mandar más que el otro en Europa). Así es que en el año 1054 discutieron, se

insultaron con palabrotas muy feas y se separaron en dos iglesias. Esto se conoce como el Cisma de Occidente. A la iglesia bizantina se la llamó ortodoxa y se parece mucho a la católica, salvo en algunas cosas. Por ejemplo, los popes (los curas ortodoxos) suelen tener una barba muy larga y canosa (los que aún son jóvenes se la pintan de blanco) y que se peinan a diario (también pueden casarse, aunque muchos son listos y no lo hacen para no tener que ir de compras con su mujer).

La cultura bizantina es un batiburrillo de elementos romanos, griegos, orientales y de Albacete. Para llevar la contraria a la Iglesia de Roma, que hablaba latín, la Iglesia ortodoxa tomó como lengua el griego, que es todavía más difícil de aprender. Inventaron el alfabeto cirílico, que es en el que se escribe el ruso y otros idiomas de esos que tienen muchas consonantes juntas.

Aunque tenemos muy mala memoria, no nos vamos a olvidar del Código de Justiniano, que no era el código de la circulación de entonces, como creen muchos: era un montón de leyes que venían de tiempos de los romanos y que el emperador Justiniano decidió seguir usando porque aún estaban bastante nuevas y le daba pena tirarlas.

El arte de Bizancio, como ya hemos dicho más arriba (salvo que estés sosteniendo este libro al revés, en cuyo caso estaría más abajo), era una mezclilla de lo oriental y lo occidental. Hicieron grandes edificios, con muchas cúpulas y arcos y armarios empotrados para poder guardar las cosas y que no estuvieran todas por medio. En los muros había mosaicos con imágenes religiosas. También había esculturas religiosas. Y las pinturas eran asimismo religiosas. ¿Por qué? Pues porque eran gentes muy religiosas, como habréis adivinado.

EL ISLAM

El Islam es una religión que nace en la península Arábiga, un lugar desértico donde solo había tribus nómadas, cabras, ovejas y arena de todos los colores (también había petróleo, pero de eso los árabes de entonces no tenían ni idea).

La ciudad de La Meca era un centro importante de comercio, donde las caravanas paraban a descansar y comprar chocolatinas para el camino. Allí se adoraba a muchas divinidades y había imágenes de dioses de todas partes, para que los viajeros pudieran hacer sus ofrendas con toda comodidad y sin tener que irse muy lejos.

Hasta que en el siglo vii, un comerciante llamado Mahoma dijo que qué era aquello, que lo de los muchos dioses no podía ser, que solo había un Dios, que su nombre era Alá y que no tenía apellidos. Invitó a todo el mundo a que se uniera a esta nueva religión, llamada Islam (palabra que significa «sumisión a Dios») y ahí empezó todo.

A los comerciantes de La Meca no les hizo nada de gracia la idea y se enfadaron lo indecible. Mahoma no tuvo otra que salir corriendo de allí y trasladarse velozmente a la ciudad de Medina, en el año 622, que es el comienzo de la Hégira o era musulmana. Allí formó un ejército de soldados que sabía arrear a base de bien y no solamente volvió y conquistó La Meca, sino muchos más sitios de fuera, España incluida.

Los preceptos de esta nueva religión, llamada musulmana o mahometana, se encuentran en el Corán, que es un libro muy sagrado que suele estar escrito con una caligrafía árabe muy preciosísima. Los musulmanes tienen que respetar a rajatabla cinco principios:

Han de hacer profesión de fe, diciendo que no hay otro Dios que Alá y que Mahoma es su profeta.

Hay que hacer oración cinco veces al día, llueva o truene, mirando hacia La Meca, aunque esté tan lejos que no se vea.

Durante el mes de Ramadán hay que hacer ayuno desde el amanecer hasta la noche, no importa el hambre que tengas.

Se ha de ir de peregrinación a La Meca, a visitar el santuario de la Kaaba, al menos una vez en la vida. (Y si vas varias veces, mejor que mejor.)

Se ha de dar limosna a los pobres. Si les das limosna a los ricos, no sirve. Se ha de ayudar a los hambrientos dándoles dinero (o también un bocadillo: lo que puedas).

Otras normas son que los musulmanes no pueden comer cerdo ni beber alcohol. Tampoco al revés, es decir: no pueden comer alcohol ni beberse al cerdo.

Pueden tener varias mujeres, pero esto no suele salir bien, ya que cuando hay varias esposas en una casa se pelean entre sí y el marido acaba con dolor de cabeza.

LOS CALIFATOS

A los sucesores de Mahoma se las llamó califas y eran los dirigentes políticos y religiosos de los pueblos o países musulmanizados. Mandaban mucho, todo el mundo les respetaba y llevaban unos turbantes muy gordos, que seguro que has visto en alguna película.

El primer califato importante fue el omeya, allá por el siglo xviii, con capital en Damasco (Siria). La familia de los Omeya conquistó muchos territorios para extender la nueva fe (y también para quedarse con las riquezas de los reinos conquistados, para qué nos vamos a engañar). Islamizaron (o musulmanizaron, o mahometizaron, como prefieras) muchos lugares: España (ya lo hemos dicho antes), el norte de África y Persia, casi casi hasta la India, lo cual es un buen trozo de tierra, ¿no te parece?

El califa era como el emperador, con visires para ayudarle en el gobierno (como los ministros de hoy en día, pero sin corbata). El territorio se dividía en emiratos (provincias), mandados por un emir (palabra que pasó a significar «rico» en árabe, porque los emires se forraron).

En el siglo viii la familia de los abásidas le sacudió a la de los omeyas y fundó un nuevo califato, esta vez con capital en Bagdad (Irak), una ciudad con muchos parques, donde había fuentes con patos y mucho más moderna que Damasco, que era una verdadera antigualla.

Los mongoles, que eran algo así como chinos con bigote que venían de Mongolia, derrocaron al califato abasí en el siglo xiii y luego los turcos (con unos bigotes más grandes todavía) controlaron gran parte del territorio islamizado.

El Islam se dividía en dos grandes grupos: los suníes y los chiítas, que discutían respectivamente sobre si el califato le correspondía a los califas elegidos o a los descendientes de Mahoma. Parece que se toman el asunto con mucha calma, porque han pasado trece siglos y todavía siguen discutiendo sin ponerse de

acuerdo.

SOCIEDAD Y CULTURA MUSULMANAS

Los musulmanes eran un hacha en eso de la agricultura. Sabían cultivar mejor que los cristianos. ¿Cuál era su secreto? Pues que eran menos rácanos y le echaban mucha más agua al campo: así de fácil. Además, se inventaron palabras que estaban haciendo mucha falta para todas las cosas relacionadas con la agricultura. También fueron grandes comerciantes y artesanos. En cambio, jugaban muy mal al baloncesto.

Aunque la mayoría de la población vivía en el campo, respirando aire puro, se dio impulso a las ciudades como centros de cultura. Estas ciudades estaban amuralladas, por si las moscas; solían tener una mezquita para la oración, un alcázar o castillo lleno de alfombras y cojines por los suelos, donde residían cómodamente las autoridades, un zoco o mercado y alhóndigas, que no eran nada de comer, sino unos lugares especiales para almacenar mercancías. También había baños públicos, pues los musulmanes se bañaban mucho, no como los cristianos, que iban siempre hechos unos cochinos (esto es triste de reconocer, pero es la verdad).

En esta sociedad convivían muchas religiones, aunque los musulmanes eran los más respetados, claro. Pero también había muladíes, que eran los habitantes de las tierras conquistadas que se habían convertido al Islam para caerles simpáticos a los gobernantes; y luego estaban los judíos y los cristianos, que tenían que pagar más impuestos y vivían en barrios separados, por donde nunca pasaba el camión de la basura.

De la cultura musulmana también hay que hablar un poco. Impusieron el árabe como lengua oficial y obligatoria e hicieron grandes avances en matemáticas, astronomía, medicina, filosofía, geografía, la cría del canario y el arte de coleccionar cajas de cerillas. Además, recogieron inventos de Oriente y los difundieron por todas partes, como la brúluja (la brúluja, no: la brújula, es que nos hemos equivocado al escribir), el papel, el sistema de numeración y la batidora eléctrica.

El arte islámico está lleno de florecitas, estrellitas, triangulitos y pentagonitos, porque tenían prohibido representar imágenes. Como comprendéis, durante este tiempo los escultores de figuras humanas se murieron de hambre. Se desarrolló sobre todo la arquitectura y las artes decorativas. Son importantes las columnas y los arcos de herradura, que les gustaban mucho; tanto, que los construían de

cien en cien y los ponían por todas partes: en las mezquitas, en los castillos, en los palacios y hasta en las paradas de autobús.

EL FEUDALISMO

El siglo ix fue una época fatal y realmente asquerosa en Occidente. Antes había un Imperio carolingio, en Francia, que mantenía la situación más o menos en orden, evitando que la gente se desmandara; pero cuando el Emperador Carlomagno estiró la pata, todo se fue a hacer gárgaras. El territorio se dividió, como siempre pasa, y hubo una oleada de invasiones que a Europa no le sentaron pero que nada bien.

Primero asomaron la nariz por allí los vikingos, que procedían de Escandinavia y se desplazaron hacia el sur porque ya estaban hartos de pasar frío y tener que dormir con bufanda. Además, la mantequilla se les endurecía y no podían untarla en el pan para desayunar. Estos señores eran feroces y crueles guerreros, y llevaban cascos con cuernos, como seguramente sabrás.

Luego aparecieron los magiares o húngaros, que venían desde las lejanas estepas de Asia, por lo que llegaron muy cansados.

Los últimos en aparecer fueron los sarracenos, que eran piratas musulmanes con unas pintas terribles que abordaban barcos y también llegaban hasta los puertos y, esto quiero esto no quiero, se llevaban sin pagar todo lo que les apetecía.

La inseguridad se hizo tremenda y la gente estaba muertecita de miedo. Entonces surgieron unos individuos muy aguafiestas que dijeron que todas aquellas calamidades eran un castigo de Dios a los hombres por haber sido malos y que en el año 1000 tendría lugar el fin del mundo. A aquello se le llamó el milenio. Todo el mundo se asustó muchísimo y los campesinos dejaron de cultivar los campos, porque ¿para qué iban a trabajar si se iban a morir en poco tiempo? Entonces, después de un tiempo de mucha angustia, llegó el año 1000 y no pasó nada de nada: todo quedó en un susto.

Pero entre pitos y flautas (entre las guerras contra los invasores y entre unos y otros) el rey no tenía bastantes soldados para proteger a todos los campesinos (¡casi no tenía ni para protegerse él!) y ello condujo al sistema feudal, que vamos a explicar a continuación en el párrafo que está inmediatamente debajo de este que estás leyendo.

¿Cómo funcionó Europa desde el siglo ix al xiii? Si no te interesa la respuesta, puedes dejar de leer este libro ahora mismo. Pero si te interesa (o te la tienes que saber para el «cole», que es lo más

probable), entonces te diremos que el feudalismo consistía en que había unos señores (feudales, claro) que tenían tierras de las que eran dueños absolutos y que protegían a los campesinos que trabajaban para ellos y que les daban parte de las cosechas, mientras ellos se tumbaban a la bartola todo el día.

Los campesinos estaban ligados a la tierra: no se podían ir a ninguna parte sino que tenían siempre que quedarse en el feudo al que pertenecían. No podían, por ejemplo, marcharse a la playa en verano (además, tampoco sabían nadar). En cada feudo los señores tenían su propia moneda, se inventaban leyes, iban de caza y, cuando se aburrían mucho (que era casi siempre), se metían en guerras contra otros señores feudales vecinos, con cualquier pretexto tonto.

El rey no mandaba nada. En teoría los señores feudales le habían jurado fidelidad y tal, lo que se llamaba vasallaje, pero en la práctica hacían en sus feudos lo que les daba la gana.

La sociedad se dividía en tres grupos. Encima de todo estaba la nobleza, los señores feudales (condes, duques, marqueses, etc.), que se dedicaban a la guerra y que, generalmente, no sabían ni escribir su nombre. Vivían en castillos, llevaban barba y pelos largos y se lavaban muy poco. No pagaban impuestos al rey.

Luego venía el clero, los sacerdotes y monjes, que rezaban mucho (y comían mucho también). Estos sí sabían escribir, pero los libros que redactaban daban mucho sueño. Los religiosos usaban flequillo y no pagaban impuestos.

Y por debajo de las dos clases anteriores estaban los trabajadores, o sea, todos los demás: campesinos, artesanos, etc., que iban pelados al cero y pasaban más hambre que el perro de un ciego. Eran los que pagaban todos los impuestos.

A los caballeros les educaban para ser guerreros: al poco de nacer ya les daban una espada de madera para que fueran acostumbrándose a golpear al gato o a quien se acercara. A medida que crecían y se ponían cachas, iban usando armas cada vez más pesadas. Tenían un tutor, que les enseñaba a pinchar a la gente en donde más dolía. El joven pasaba a ser escudero de su tutor y luego, cuando ya era experto en rajar y cortar, le armaban caballero, en una ceremonia llamada investidura (que no significaba que antes fuera desnudo).

Como no sabían jugar ni al tres en raya, se entretenían con la caza y los torneos. Los caballeros peleaban a caballo y cuantas más heridas se hacían, más divertido les resultaba. (Y si moría alguien en uno de estos juegos, entonces aquello era ya la gran juerga.)

Cuando el rey convocaba a los caballeros para que pelearan en una guerra, se ponían muy contentos, porque les gustaba mucho

combatir, y se organizaban en huestes o en mesnadas, que era la forma de llamar a los grupos de personas armadas y con ganas de gresca.

Las mujeres nobles no peleaban (bueno, con sus maridos sí): se quedaban en su casa haciendo natillas para el postre, pues su labor era esa y tener hijos. Aprendían a leer (muy despacito) y a escribir (con muchos borrones) y recibían a trovadores y a juglares, que les contaban historias de amor con canciones: eran los culebrones de aquella época con los que las mujeres se entretenían mientras los hombres estaban por ahí, arreándole a algún enemigo en alguna guerra.

LA IGLESIA Y EL ROMÁNICO

Cuando se habla del papel de la Iglesia durante la Edad Media no se quiere decir que los curas tuvieran un papel de cartas especial, con su membrete y todo. Significa que fueron muy importantes en la vida de los europeos, porque la gente era muy devota y rezaba siempre que tenía un rato libre.

La Iglesia mantenía unida a la Cristiandad, aunque se le había metido entre ceja y ceja acabar con las demás religiones. Así es que intentaba que judíos, musulmanes y demás se convirtieran al cristianismo. Cuando no lo hacían, les perseguían y el Tribunal de la Inquisición mandaba que les rompieran algún que otro hueso. En esa época se inician las cruzadas, que fueron unas guerras emprendidas para conquistar Jerusalén y alrededores, que estaban en poder de musulmanes con turbante. Hubo ocho cruzadas, todas fueron un gran fracaso y los caballeros que fueron a pelear perdieron todas las batallas y se quedaron muy deprimidos.

Hasta los reyes tenían que obedecer al Papa y a sus representantes, porque si estos se enfadaban, les podían dar la excomunión, con lo que quedaba fuera de la comunidad de cristianos y todo el mundo les miraba muy mal.

La religión aparecía por todas partes y a todas horas. La gente iba a misa, ayunaba, comulgaba, se confesaba, rezaba, peregrinaba, se bautizaba, se casaba y se moría según se lo mandaba la Iglesia. Además, le pagaba el diezmo, una décima parte de lo que ganaba con el cultivo de los campos o la ganadería. Así es que el poder del clero era mucho y nadie tenía valor para meterse con él.

Se establecieron monasterios (donde no vivían monas, sino monjes: tendrían que haberse llamado ‘monjasterios’). Allí los monjes hicieron una gran labor copiando libros uno a uno (en espera de que se inventara la imprenta), lo que les cansaba mucho la mano.

El Papa era el que más mandaba en la Iglesia y el que llevaba la ropa mejor planchada de todos. Luego había obispos (que solían estar gordos, pues comían muy bien), monjes, monjas y sacerdotes (no, sacerdotas no había).

En esta época surgió el arte románico, que no hay que confundir con el romano, que era más viejo. En este estilo se construyeron miles de iglesias y una pista de patinaje sobre hielo (aunque esta última está ya en ruinas y no se puede usar).

Las iglesias románicas tienen forma de cruz (o de equis, según desde donde las mires). Se usaba en ellas el arco de medio punto, que era como media circunferencia. También había contrafuertes o refuerzos en los muros, para que no se viniera todo el edificio abajo, espachurrando a los que estaban dentro. Tenían pocas ventanas, por lo que eran lugares muy oscuros y húmedos, muy del agrado de las ratas y en donde te dolían muchísimo los huesos si tenías reuma.

En estas iglesias había unas tallas feísimas, con la cabeza demasiado gorda para el cuerpo, pero que ahora todo el mundo dice que son muy bonitas, solo porque son antiguas. En las paredes había frescos, unas pinturas donde se mostraban imágenes de la Historia Sagrada, en las que aparecían personajes que siempre eran muy altos y estaban muy chupados de cara.

EL RESURGIR DE LAS CIUDADES

Ya sabemos que en el siglo ix mucha gente se mudó a vivir a las aldeas, donde siempre habían gallinas para poder hacerse unos huevos fritos. Pues, bien, para el siglo xii ya estaban todos cansadísimos de vivir en el campo y muchos se volvieron a la ciudad.

Se fundaron ciudades por todas partes. Allí donde había un monasterio o un castillo, en cuanto te dabas la vuelta y te distraías un poco, ¡zas!, te plantaban una ciudad nueva. Se las llamaba 'burgos', y a sus habitantes, burgueses (y los burgueses empezaron a llamar a los habitantes de los pueblos ‘palurdos’, ‘paletos’ y otras cosas feas).

Las ciudades tenían murallas y mercados, donde se vendía de todo: desde queso de oveja o de cabra hasta zapatillas para jugar al tenis. No había precios fijos y se regateaba para comprar (aunque los vendedores siempre salían ganando, como sigue pasando hoy en día).

Pero pronto la gente se cansó de comer todos los días los mismos embutidos y llevar las mismas camisetas. Se construyeron barcos

(de madera, porque los de hierro se hundían enseguida) y la gente comenzó a viajar (no es que se les hubiera quitado el miedo de ir a sitios desconocidos, sino que tenían muchas ganas de ganar dinero). Se conocieron entonces en Europa productos de muchos sitios distintos: perfumes de Arabia, telas de la India, especias de las islas Molucas y gatos de Siam (gatos siameses), aunque estos se vendían muy poco, porque había que estar cepillándolos todo el rato para que no te pusieran la casa perdida de pelos, lo que era una verdadera lata.

Los artesanos se especializaron. Los panaderos inventaron las rosquillas, los herreros empezaron a hacer los clavos con punta (los de antes no las tenían y se clavaban muy mal) y los zapateros comenzaron a hacer zapatos de distintos tamaños (antes eran talla única), y los productos mejoraron (por lo que pudieron venderse más caros).

Los trabajadores se agruparon en gremios, que eran una organizaciones de trabajadores de un oficio que se dedicaban a poner normas a diestro y siniestro. En cada oficio había un maestro artesano, que era el que guardaba los secretos de cómo hacer las cosas y casi no trabajaba; luego venían los oficiales, que eran los que trabajaban mucho por poco dinero, y, finalmente, los aprendices, que eran los que trabajaban mucho sin cobrar absolutamente nada. Solían ser niños, que empezaban en el oficio a los siete años o antes. Si tenían suerte, al llegar a los treinta, habían conseguido ganar el dinero suficiente para comprarse un gorro para el invierno.

Algunas de las ciudades dependían en principio de un noble o de la Iglesia. Pero los burgueses se cansaron de esto y decidieron que ya eran mayores de edad y que podían funcionar por su cuenta. Entonces llamaban por teléfono al rey y le pedían su libertad. El rey (si estaba de buen humor ese día) se la concedía, pero a cambio la ciudad tenía que dar al rey soldados para las guerras o simplemente un buen montón de monedas de oro (también podían dárselas de plata, pero entonces eran muchas más monedas). La ciudad recibía una carta de privilegios, donde ponía que se podían gobernar como mejor les apeteciese. Se nombraba un concejo o comuna, que administraba la ciudad de ahí en adelante y todos tan contentos.

Un invento curioso que surge en estas ciudades es el de la universidad, porque de pronto empezaron a hacer mucha falta médicos, abogados, maestros y profesores de taekwondo. No es que en los siglos anteriores no hicieran falta médicos, por ejemplo, porque la gente también se ponía enferma; pero antes cada médico aprendía como podía y, como todo el mundo sabía que la medicina estaba muy atrasada, pues si a un médico se le morían los pacientes

nadie se sorprendía ni se quejaba. Entonces se decidió que todos los médicos estudiaran lo mismo y en el mismo sitio, y así surgió la carrera de Medicina. Como los profesores no sabían gran cosa, los enfermos seguían muriéndose igual, pero los médicos tenían un título de una universidad prestigiosa y eso siempre hacía bonito. Con las otras profesiones pasó algo parecido.

Se estudiaba en latín (por eso nadie conseguía aprender nada). El sistema empleado se llamó escolástica y consistía en que el profesor leía un texto de algún sabio antiguo al que todos respetaban porque tenía las barbas muy largas, y luego se comentaba en clase y se hacían preguntas para pasar el rato hasta la hora del recreo.

Las universidades daban títulos de bachiller, de maestro (licenciado) y de doctor. Cuando los conseguían, para celebrarlo, los estudiantes se emborrachaban como cosacos y se ponían unos sombreros muy estúpidos, solo que luego los tiraban a aire y los perdían.

EL ARTE GÓTICO

En las ciudades se construyeron catedrales, que eran como iglesias, pero a lo bestia. El objetivo de estos edificios básicamente era presumir. Sí, porque para rezar no hacían falta catedrales, ya que las iglesias de antes servían perfectamente. Pero si una ciudad tenía una gran catedral, sus habitantes se sentían superiores a los de la ciudad de al lado, que no la tenían. Y esta sensación de superioridad les gustaba mucho.

Las catedrales no se hacían así como así: costaban mucho dinero y se tardaban en hacer muchos años. Para cuando las acababan, nadie se acordaba ya de en qué año se habían empezado y, por eso, cada cacho tenía un estilo distinto, porque los gustos iban cambiando.

Como cambió el estilo de construir, la palabra ‘románico’ ya no servía y tuvieron que inventarse una nueva. Los arquitectos pensaron llamar ‘churfundio’ al nuevo estilo, pero lo de ‘arte churfúndico’ no acabó de gustarles y optaron por ‘gótico’, que no es eso de ir por la calle vestidos de negro y con cadenas atadas a las narices, sino que tiene que ver con los godos (aunque los godos no construyeron ninguna catedral, por lo que no entendemos la elección de la palabra).

En el arte gótico los techos eran muy altos (para que los murciélagos tuvieran bastante espacio para jugar) y se usaba el arco ojival, que tenía punta y parecía que estaba roto, pero que soportaba mejor el peso del techo. También había vidrieras de

colores, que eran muy decorativas y, sobre todo, muy divertidas de hacer. Por ellas entraba más luz en la catedral y así la gente no tropezaba con los bancos.

En la escultura gótica destacan las gárgolas, unas estatuas de bichos horrendos que se colocaban en los tejados de las catedrales (para asustar a las palomas, parecer ser). La pintura gótica empezó a poner paisajes en los fondos de los cuadros, en vez de poner a las figuras delante de un color plano que no representaba nada. Los cuadros tenían más movimiento (lo que quiere decir que *simulaban* el movimiento, no que las figuras se salieran de los cuadros para dar un paseo).

LA RECONQUISTA

LA ESPAÑA MUSULMANA

En el siglo 711, un poderoso ejército árabe compuesto por miles de hombres fornidos y varios rebaños de cabras (para la leche del desayuno) atravesó el estrecho de Gibraltar y se coló de rondón en España. No llegaron todos, porque los jefes cruzaron en barco, pero los soldados iban nadando y a muchos se les enredaron los pies en las túnicas y se ahogaron allí mismo. Así comenzó la invasión de la península Ibérica.

Aquello fue una prueba que hicieron los musulmanes, a ver qué tal salía la cosa; pero como vencieron con facilidad en la primera batalla, se dijeron: «Ya que estamos, ¿y si en vez de apropiarnos de un cacho de tierra nos quedamos con todo?» Y así lo hicieron. En cuatro años habían conquistado todo el país, incluyendo Castellón de la Plana. Lo convirtieron en un emirato, dependiente del Califato de Damasco, que habrás oído nombrar si has leído los capítulos anteriores y no te los has saltado a la torera.

Al territorio arabizado le llamaron Al-Andalus (de donde viene la palabra 'Andalucía', que no es una orden que se le da a ninguna Lucía para que ande). Pusieron la capital en Córdoba, antes de darse cuenta de que allí hacía tanto calor (luego se arrepintieron). Había provincias gobernadas por gobernadores (como es lógico), que se Llamaban walíes, con muchos funcionarios que se distinguían de los demás en que sus turbantes eran mucho más gordos. Entre ellos (entre los funcionarios, no entre los turbantes) destacaban los cadíes o jueces, que administraban justicia según el Corán: si robabas una manzana no tardaban ni diez minutos en mandar que te cortaran la mano a la altura del reloj.

Cuando en Damasco las familias de los omeya y los abásidas se empezaron a dar de guantazos, un omeya se escapó por pies de allí y se vino a Al-Andalus. Se llamaba Abd-al-Rahman. Este señor se hizo con el poder, gobernó de manera independiente en el siglo viii y se compró un montón de alfombras muy caras para su palacio, porque eran blanditas y le gustaba la sensación de andar descalzo sobre ellas, porque le hacían unas cosquillas muy agradables en los dedos de los pies.

En el siglo x, Abd al-Rahman (el que hacía el número III de los

abd Al-rahmanes, porque el otro ya era un esqueleto ya que había muerto tiempo atrás) creó el Califato de Córdoba, que fue el periodo de mayor esplendor de la España musulmana, en el que se plantaron muchos edificios, se construyeron muchas palmeras y se inventó el turrón de Jijona.

A finales de siglo apareció de sopetón la figura de Almanzor, un caudillo árabe que les arreó a base de bien a los reinos cristianos. Pero, a su muerte, el Califato se hizo trizas y surgieron muchos reinos pequeñitos, pequeñitos (algunos no tenían ni oficina de Correos), llamados «reinos de taifas». ¿Qué son los taifas? Da igual. Tú apréndetelo así y no te compliques la vida preguntando cosas que no son imprescindibles.

Con mucha paciencia, los cristianos fueron venciendo poco a poco a estos reinos y se los fueron tragando, hasta que no quedó casi ninguno. A esto se le conoce como Reconquista y no lo vemos aquí, porque lo vamos a ver luego.

Los musulmanes que llegaron a España eran árabes, sirios y berberechos del norte de África (¡no, berberechos, no!; ¡vaya metedura de pata!: eran bereberes, que no se te olvide: bereberes). Su número era de 60.000 (sí, hubo un árabe aburrido que no tenía otra cosa que hacer y dedicó varios días a contarlos). En la península, en cambio, había 4.000.000 de cristianos; pero, pese a ser muchos más, fueron vencidos, por lo que pensamos que eran muy vagos para pelear.

La sociedad estaba mezclada. Aparte de los árabes había muladíes (cristianos que se convirtieron al Islam), mozárabes (cristianos que hicieron todo lo contrario, o sea, que no se convirtieron al Islam) y judíos (que tenían grandes narices ganchudas). Todos se llevaban bien o mal, según les daba, pero musulmanes, cristianos y judíos aprendieron cosas los unos de los otros. Los musulmanes sabían mucho de agricultura y de hacer pasteles con miel y almendras. Los judíos sabían mucho de comercio y de artesanía. Y los cristianos sabían... sabían... bueno, algo sabrían, aunque ahora no conseguimos recordar nada que hicieran especialmente bien.

LOS REINOS CRISTIANOS

Se ha llamado Reconquista a todo eso de que los cristianos les fueron quitando reinos a los musulmanes hasta dominar toda la península. Este proceso duró desde el siglo viii al xv, porque en aquella época todo iba muy despacio y, además, se lo tomaron con calma.

Los árabes habían conquistado todo el país menos las montañas

de Asturias (porque les dio pereza subir). En el año 718, los pocos cristianos que vivían en aquellas montañas eligieron como caudillo al que les pareció el más fortote de todos ellos (era una buena elección, porque se trataba de pelear). Este señor se llamaba don Pelayo y tenía las espaldas tan anchas como una furgoneta. Él y sus seguidores empezaron a pelear con los árabes sin contemplaciones y fueron bajando para abajo (porque bajar para arriba les fue totalmente imposible) y creando reinos cristianos, siempre que tenían un rato entre batalla y batalla. Así

surgieron León, Castilla y alguno que otro más que puedes aprender tú solo mirando un mapa.

Este libro se nos está quedando pequeño. Si tuviéramos que contar todas las batallas que hubo, no cabrían en él. También es un lío hablar de los reyes, porque eran muchísimos y todos se llamaban con nombres muy parecidos. Así es que vamos a ir resumiendo, porque, si no, hoy no acabamos.

Durante la Reconquista, pasaron muchas cosas, como os podéis figurar. Por ejemplo, el rey francés Carlomagno entró en España para pelearse una temporada con los árabes. Luego se cansó y se marchó por donde había venido. Luego llegaron los almorávides, que vinieron de Marruecos para ayudar a los árabes. En fin, para no cansar: en el siglo xi los cristianos habían recuperado ya el tercio de la península donde más llovía (la parte norte).

¿Qué más hay que contar de estos años? ¡Ah, sí! Que es la época del Cid Campeador, Rodrigo Díaz, un caballero que sacudía fuerte a los enemigos y que se hizo famoso por ganar muchas batallas seguidas sin cambiarse de calcetines.

También se puso de moda el peregrinar a Santiago de Compostela. Había un camino para ir a Santiago al que llamaron el Camino de Santiago, para no tener que esforzarse en pensar mucho. El camino venía desde Francia y cruzaba el norte de la península. Como había mucha gente devota, los dueños de los restaurantes que había por allí ganaron mucho dinero sirviendo paellas a los peregrinos.

CULTURA Y POLÍTICA

Durante la Edad Media se escribía muy poco. Algunos expertos piensan que era porque la gente de entonces presumía de tener muy buena memoria. Otros dicen que no escribían mucho porque tenían que hacerlo en latín, lo que era difícil. El caso es que los textos oficiales y eclesiásticos estaban en esa lengua y no los leía nadie.

En cambio, la lengua hablada no se había quedado quieta, sino que había evolucionado hasta formar las lenguas romances (que no

eran sino latín mal hablado, todo hay que reconocerlo). Estas lenguas eran el castellano (llamado así porque se hablaba en Castilla), el leonés (porque lo hablaban los leones), el asturiano, el gallego, el catalán, el aragonés o el mozárabe (que tenía muchas jotas). La única lengua que no se sabía de dónde había

salido era el euskera (y sigue sin saberse: los que han intentado averiguar su origen han fracasado estrepitosamente). Empezó a haber una literatura en castellano, catalán y gallego, escrita con todas las palabras pegadas unas a otras, que casi no se entendía nada. Además, como no se habían inventado las reglas de ortografía, cada uno escribía las palabras como mejor le apetecía en ese momento, por lo que si escribir era difícil, leer lo era muchísimo más.

Hay que contar que las gentes mezclaban todo el rato estas lenguas y solían conocer varias. También hay que hablar de las escuelas de traductores, donde se traducían libros del árabe al castellano, del castellano al latín y todas las otras combinaciones que se les ocurrían.

Durante todos estos años el sistema feudal siguió funcionando como un reloj. La nobleza era el grupo de la gente más rica, más guapa y más poderosa. El rey era el jefe oficial de todos los señores feudales (y de las señoras feudalas también). Los nobles se consideraban vasallos suyos y le juraban fidelidad, pero luego se burlaban de él a sus espaldas y hacían chistes a su costa. El monarca tenía verdaderos problemas para que los nobles le obedecieran y, como los nobles eran ya todos mayorcitos, ni siquiera podía llamar a sus padres para que les castigaran, como hace un maestro de escuela.

Aunque el rey mandaba en el reino, en realidad los señores feudales administraban justicia en sus territorios. Mientras pagasen sus impuestos a tiempo, el rey no se metía en cómo gobernaban los nobles, que podían ser muy caprichosos y hacer muchas tonterías en sus tierras, que para eso eran suyas.

Existía también una asamblea que metía las narices en todo y a la que el rey debía consultar para decidir a quién declarar la guerra o qué menú poner para la cena de Nochebuena. Eran las Cortes, donde había nobles, eclesiásticos y algunos burgueses ricos con influencia. Cuando el rey convocaba a las Cortes, aprovechaba para pedirles dinero; a cambio, los ciudadanos hacían reclamaciones y se quejaban de todo, que es una costumbre española que viene de la Edad Media.

LOS ORÍGENES DE LA EDAD MODERNA

En el siglo xvi comienza la Edad Moderna, aunque nadie se atreve a especificar exactamente cuándo, para no pillarse los dedos. Los historiadores no se ponen de acuerdo ni a la de tres. Unos dicen que en el año 1453, cuando los turcos invadieron Constantinopla. Otros insisten que en 1492, cuando América descubrió a Colón. Otros más dicen que fue en el 1488, cuando la reina Isabel de Castilla cogió la gripe. Nosotros no opinamos al respecto: lo dejamos en que fue en el siglo xv y ya está.

En este tiempo hubo muchos cambios. Los burgueses ganaron más dinero que nunca con sus negocios, los campesinos se liberaron poco a poco de la servidumbre, las vacas engordaron y los hombres elegantes se dejaron crecer el bigote.

LOS NUEVOS ESTADOS

Lo más importante fue que se reforzó la autoridad de la monarquía; esto es: los reyes empezaron a mandar más y no dejaron ya a los nobles hacer su santa voluntad. También unificaron los reinos (para estar todos juntitos y pasar menos frío), crearon la burocracia (para ponerlo todo por escrito), establecieron un ejército permanente (con soldados que no se fueran de vacaciones cada dos por tres, cuando les apeteciera) y organizaron una diplomacia (unos señores que sabían contar trolas muy bien, para cuando había que mandarles mensajes a otros reyes vecinos). Se creó la Hacienda pública, el tesoro del reino, que cobraba todos los impuestos que se le ocurrían, con lo que acabaron pagándose impuestos por todo (como ahora): por tener una casa, por tener una vaca, por cruzar un puente, por ser calvo, etc. A todo este follón es a lo que se ha llamado Estado moderno.

Estos reinos fueron el origen de las naciones europeas actuales. Los más chulos fueron Inglaterra (llamada entonces Angalaterra, aunque había tanta niebla como en la actualidad), Francia (donde los reyes vestían trajes con muchos lacitos), Rusia (que pillaba tan lejos que nadie sabía nada de lo que pasaba allí), y el Sacro Imperio

Romano Germánico (que era un reino cambiante, en el centro de Europa, al que se unían o separaban territorios tan frecuentemente que para cuando se acababa de dibujar un mapa, ya había cambiado el reino y el mapa no servía); y España, donde se finalizó la Reconquista y se unieron en un único reino los territorios de la península (a excepción de Portugal que no quiso saber nada del tema y decidió seguir funcionando por su cuenta).

LOS REYES CATÓLICOS

A Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón los llamaron los Reyes Católicos. Esto no servía para diferenciarlos de los reyes anteriores, que también habían sido todos católicos. (De hecho, habría que haberles llamado, en todo caso, los Reyes Más Católicos Que Los Otros.)

Isabel tenía un gran carácter y también cara de torta. Pero, aun así, Fernando se armó de valor y se casó con ella, para unir las dos coronas y ahorrar en el recibo de la luz. Hicieron varias cosas juntos (aparte de decorar palacios y elegir las cortinas de los baños y el papel pintado del cuarto de los niños).

Acabaron la Reconquista, que ya venía durando mucho, por lo que todo el mundo estaba ya aburrido. Solo quedaba por conquistar el pequeñito reino de Granada, que seguía en poder de un musulmán: el rey Boabdil, que resultó ser muy llorón, pues cuando le vencieron y le obligaron a hacer las maletas y salir pitando, derramó amargas lágrimas. Con esto se dio por terminada la guerra contra los musulmanes y a todo el mundo se le quitó un peso de encima.

Se extendieron por todo el Mediterráneo (no queremos decir que se extendieran ellos dos, tirados encima del agua, sino que mandaron ejércitos y barcos y conquistaron las islas de Córcega y Sicilia y la zona de Nápoles, en el sur de Italia, para quedarse con todas sus recetas de macarrones).

Tuvieron una hábil política matrimonial. ¿Qué quiere decir esto? Pues sencillamente que tuvieron hijos e hijas a porrillo y los casaron a todos con príncipes de otros reinos, para llevarse bien con ellos (y por si acaso más adelante podían heredar sus reinos). Este negocio les salió redondo, como luego veréis, si tenéis la paciencia de seguir leyendo este libro.

Los Reyes Católicos eran muy católicos (el nombre mismo ya lo dice) y muy rezosos (que les gustaba rezar, vamos). Estaban hartos de los musulmanes y no solo acabaron de echarles a puntapiés, sino que a muchos les obligaron a convertirse al cristianismo y a montar el belén todos los años. A los musulmanes que se convirtieron les

llamaron moriscos. A los que no se convirtieron les llamaron cosas mucho más feas, que no se pueden poner por escrito. Además, les persiguieron (y a muchos los alcanzaron, aunque corrían bastante). Crearon el Tribunal de la Inquisición, para descubrir a los falsos cristianos (a los que se habían convertido de mentirijillas) y torturarlos un poco.

A los judíos también les dieron para el pelo. En 1492 estos tuvieron que convertirse o irse de la península. Muchos se largaron con viento fresco. Los que se convirtieron para quedarse se demoninaron... se denonimaron... se denominaron (¡uf!, a la tercera va la vencida: ahora ha salido bien), se denominaron conversos (¡claro!), pero la gente seguía mirándoles mal y les escupían con mucha frecuencia.

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

Durante toda la Edad Media la comida era muy sosa y sabía toda igual. Pero entonces empezaron a llegar de Asia especias que la hacían bastante más comestible y los europeos se entusiasmaron.

El problema era que estas especias las traían en camello, atravesando desiertos y tal, y, cuando llegaban a Europa, se vendían a precios imposibles. Entonces los portugueses pensaron que les saldría más a cuenta ir a buscarlas ellos mismos, por lo que pusieron a construir barcos sin parar para con ellos llegar a Asia por mar. Como se había inventado la brújula y el astrolabio (aunque no tenemos idea de quién los inventó), los marinos podían ir bastante lejos en sus barcos sin perderse.

Así es que un buen día del siglo xv un marinero bizco llamado Vasco de Gama fue bajando y bajando junto a la costa de África hasta que el continente se le acabó. Dobló el Cabo de Buena Esperanza (la puntita de más abajo del continente) y se marchó hacia la India y las islas de las especias, en donde se comió la pimienta a puñados.

Los españoles también querían comprar especias baratas, pero los portugueses no les dejaban pasar por el camino que ellos usaban. Por eso les vino muy bien que llegara un marino genovés llamado Cristóbal Colón con una idea bárbara. Si la tierra era redonda como decían muchos, ¿no sería más fácil ir a las islas de las especias por el otro lado, por Occidente? Claro, que el muy tonto aún no sabía que existía el continente de América. Él pensaba que la bola del mundo era muy pequeña y que si iba hacia el oeste, a los pocos días de navegar se daría de narices con el Japón y la China.

Como fuere, el caso es que los Reyes católicos le prestaron tres barcos cochambrosos y una tripulación de ladrones y mangantes, y

le dijeron: «Mira, Colon: tú ve; y si encuentras la ruta a las islas de las especias, pues vuelves y nos lo cuentas».

Eso hizo Colón, aunque durante el viaje tuvo sus más y sus menos con la tripulación, que no quería seguir hacia el oeste, sino que pretendía volverse pronto a España para llegar a tiempo para ir a los Sanfermines de Pamplona.

El 12 de octubre de 1492, sin embargo, encontraron tierra (en América) y se pusieron todos más contentos que unas pascuas. Colón creyó que había llegado a la India y llamó indios a los nativos de allí. Volvió a España, llevando consigo algunos tesoros, varios indígenas pintarrajeados y un montón de cacatúas de llamativos colores que pusieron el barco perdido con sus cagarrutas.

A raíz de esto, España y Portugal tuvieron un follón mayúsculo: ¿quién tendría derecho a quedarse con los territorios que se descubrieran de allí en adelante? Como el Papa no quería que los dos países se pelearan, decidió que se repartieran los posibles descubrimientos. Cogió el mundo y lo partió por la mitad, como si fuera una naranja, y estableció que las tierras que se encontrasen al este serían para Portugal y las del oeste, para España. Esto se decidió en el Tratado de Tordesillas, un documento escrito con muchos ringorrangos, una bonita caligrafía y varias docenas de sellos, para hacerlo más oficial.

Colón hizo otros tres viajes a América, aunque el hombre siguió sin enterarse de la misa la media, como suele decirse. Cuando murió seguía creyendo que había llegado a la China. Pero los demás sí se habían dado cuenta de que aquello era un continente nuevo y se decidieron a colonizarlo y a comer tomates, que allí crecían muy hermosos.

Años más tarde, los españoles organizaron otro viaje no menos importante. Cinco naves, al mando de Magallanes (un marinero portugués al que en Portugal no le hacían ni caso), bajaron hasta el extremo sur de América, pararon en un *stop*, giraron a la derecha, cruzaron el Océano Pacífico (que es bastante anchito) y llegaron de un tirón a las islas Filipinas. Allí se pelearon con los nativos, que tenían muy malas pulgas y se cargaron a Magallanes. Los otros escaparon y, al mando de Juan Sebastián Elcano, volvieron a España, dando así la primera vuelta al mundo.

Cuando llegaron a la península no los reconocieron ni sus abuelas. De doscientos y pico de hombres, solo volvieron vivos dieciocho y estaban hechos un verdadero asco: en los huesos y enfermos; además, a todos se les había caído el pelo y los dientes, y olían a rayos. Ya nadie se acordaba de ellos y los primeros que los vieron desembarcar se llevaron un susto de muerte.

Pero se había demostrado que la tierra era redonda como una

sandía y no plana como una tortilla de patatas, que era lo que se creía en la Edad Media.

LA CONQUISTA DE AMÉRICA

El descubrimiento de América puso contentísimos a los españoles, porque pensaron que en el nuevo continente hallarían kilos y kilos de oro y plata con solo dar una patada en el suelo. Por eso se pusieron sin perder tiempo a la tarea de conquistar todo el territorio.

Encontraron varias culturas precolombinas (anteriores a Colón), que vivían por allí. Como estas gentes no tenían que aprender inglés, eran completamente felices.

Una de tales culturas era la azteca. Estos señores eran un pueblo de guerreros que se pelaban el pelo al cero y a los que les gustaba un montón pintarse el cuerpo de colorines con cualquier pretexto. Vivían en lo que hoy es México y

tenían su capital en Tenochtitlán. Se caracterizaban por tener unos nombres muy difíciles de aprender. Si querías pronunciarlos bien, te acababa doliendo la lengua.

Los aztecas sabían la tira de astronomía y tenían unos calendarios muy precisos en los que estaban señalados todos los puentes y los días de vacaciones. Construyeron pirámides la mar de altas, aunque no como las de los egipcios. Por las suyas no te podías deslizar como por un tobogán, porque eran escalonadas.

La maya era otra cultura de por allí. También eran guerreros, también sabían mucho de astronomía y también construyeron pirámides. ¿En qué se diferenciaban entonces de los aztecas? Pues en que estaban colocados un poquito más abajo, en Centroamérica.

Por último estaba la cultura inca, más o menos donde cae el actual Perú. Estos indios vivían en las montañas, por lo que siempre iban con poncho, bufanda y guantes. Construyeron sus ciudades en las alturas, por lo que uno de los oficios más comunes entre ellos era el de subidor de piedras.

A todos estos pueblos no les hizo demasiada gracia que los españoles les invadieran, por lo que acabaron a tortas. Pero los españoles tenían mejores armas y les vencieron, quedándose por la cara con sus tierras y cometiendo muchas barbaridades. Luego fundaron ciudades y se establecieron allí para los restos, por lo que la población de las naciones de Hispanoamérica desciende en parte de aquellos indígenas y de aquellos aventureros españoles que marcharon a conquistar América.

Los españoles que fueron a América no eran de lo mejorcito, que digamos, porque se les juntaron muchos delincuentes. A todos les

atraían las aventuras (y el oro, sobre todo). En pocos años conquistaron Centroamérica y Sudamérica. El norte del continente lo dejaron para más adelante y esto fue una gran metedura de pata, porque los ingleses, los franceses y los holandeses fueron más listos, se les adelantaron y acabaron quedándose con todo lo que es hoy Canadá y los Estados Unidos, que es un buen cacho de mapa, si lo miras bien.

Hernán Cortés conquistó México con muy pocos hombres y muy pocos caballos. Cuando los aztecas los vieron, montados unos sobre otros (los hombres montados sobre los caballos, porque lo otro resultaba muy cansado) se pusieron casi a llorar de miedo, ya que no habían visto nunca a esos animales y pensaron que los conquistadores eran como poderosos dioses de cuatro patas, con barba y rabo.

Además, los indígenas no tenían armas de metal ni corazas ni armaduras, lo que hacía muy fácil ensartarles con la espada como si fueran un pincho moruno. Un caballero español con casco y coraza podía combatir contra cincuenta indios, siempre y cuando se mantuviera en pie. Si le conseguían derribar, entonces ya la cosa se ponía fea, porque los aztecas le arrancaban el casco y luego la cabeza con enorme facilidad. Así es que el secreto de la conquista de México consistió principalmente en no caerse.

Los indios les dijeron a los españoles que donde estaba el oro de verdad y en cantidad era en el Perú y allá que se fueron. Francisco Pizarro conquistó el reino de los incas después de muchas batallas y muchas picaduras de mosquito.

Luego los conquistadores siguieron bajando (ya por la costumbre) y Pedro de Valdivia se encontró con Chile y, ya que estaba allí, lo conquistó también. En aquel lugar vivían los indios araucanos, que eran un pueblo de guerreros muy fieros que tenían los pies muy grandes. Tras vencerles, los españoles siguieron bajando hacia el sur y se cayeron al agua, porque se les acabó el continente.

Oro, lo que se dice oro, no encontraron mucho. En Bolivia había minas de plata, eso sí. Los españoles robaban esta plata tranquilamente y la mandaban a España en barco. Solo que, por el camino, los piratas ingleses se la solían robar a ellos, con lo cual aquello no resultaba tan buen negocio como pudiera parecer.

Pero la conquista de América benefició a España porque muchos españoles que en la península eran unos muertos de hambre se quedaron allí a vivir y se enriquecieron porque el rey les dio muchísima tierra, toda la que quisieron, porque allí había tierra para aburrir.

A los hijos de los españoles nacidos en América se les llamó

criollos y eran los que mandaban. A la mezcla de españoles e indios se les llamó mestizos. Y a los indios se les llamó indios, es decir, como se les había llamado siempre. Los españoles también se llevaron a América negros de África, para que fueran esclavos, porque los indios, en cuanto se españolizaban una pizca, se volvían vagos y dejaban de trabajar.

¿Qué más hay que decir de esto de América, que nos parece que se nos está olvidando algo? Ya. Que se bautizó a todo el que se dejó, por lo que la mayoría de los centroamericanos y sudamericanos son católicos desde entonces y llevan unas grandes cruces colgadas al cuello que no se quitan ni para darse una ducha refrescante.

Para gobernar aquellos territorios llenos de indígenas, pumas, anacondas, loros y cantantes de boleros, se creó un organismo llamado Consejo de Indias que redactaba las *Leyes de Indias* y organizaba meriendas indias (las meriendas indias se hacían a base de chocolate, que se descubrió allí). Sus miembros le decían al rey lo que tenía que hacer con respecto a América, para que él no tuviera que molestarse en pensar.

Para mandar a la gente a América (a muchos los mandaban a América como hoy se manda a la gente a la porra) estaba la Casa de Contratación, en Sevilla, que se ocupaba de hablar con las mercancías que iban a América y de empaquetar a los soldados (o al revés).

Por último, hay que hablar del virrey, que era un rey ‘vi’; es decir: un sub-rey o ayudante de rey, que gobernaba los territorios americanos en nombre del monarca. Los virreyes mandaban en los virreinatos y, aunque no era obligatorio,

solían ser más guapos que los reyes de España, lo que no era muy difícil, como habrás podido observar si has visto el retrato de alguno.

EL SIGLO XVI

EL HUMANISMO

El Humanismo fue una forma de entender las cosas que se puso de moda en los siglos xv y xvi. Se caracterizaba porque le daba importancia al hombre (y a la mujer también, no te vayas a pensar) por encima de todas las demás cosas. (En la Edad Media lo más importante era Dios; sin embargo a nadie se le ocurrió inventar la palabra 'Diosismo').

¿Qué quiere decir esto? Pues que empezaron todos a pensar que el hombre era el centro del universo, que era libre, que era listo, que era estupendo y que podía destacar en muchas cosas científicas y artísticas.

De alguna manera, lo que hicieron fue dar un salto atrás. Los hombres de ese momento se intentaron olvidar de muchos siglos de burricie (la Edad Media) y dijeron que los que eran verdaderamente inteligentes y sabían vivir eran los griegos y los romanos, por lo que desempolvaron los libros clásicos que tenían olvidados en un rincón y se los leyeron de cabo a rabo, tomando como modelo a los artistas y pensadores de la Antigüedad.

El ideal era ser un tipo listo y con talento artístico. El caballero de su tiempo tenía que ser hábil con las armas (capaz de pinchar con su espada a los enemigos en donde les doliera) y, al mismo tiempo, poder tocar un instrumento musical (la pandereta no valía), de componer empalagosas poesías amorosas y bailar con elegancia sin pisar a su pareja de baile. Era una mezcla muy rara de tío macho y hombre cursi, muy difícil de conseguir.

Además, se daba gran importancia a la cultura y a la apariencia, por lo que todo el mundo tuvo que saber latín y llevar medias ajustadas. Pero pronto esto no fue suficiente y en todas partes empezaron a pedirte que supieras también italiano, francés, etc., por lo que los hombres elegantes se pasaban el día hincando los codos para aprender esto o aquello.

A mediados del siglo xv, Gutenberg había descubierto la imprenta, lo que hizo que los libros fueran muy baratos y casi todo el mundo los pudiera comprar. El primer libro publicado fue la Biblia (y, a continuación, libros de recetas de cocina, novelas de amor y métodos para aprender el inglés en quince días).

LA REFORMA Y LA CONTRARREFORMA

A inicios del siglo xvi la Iglesia se dividió de una manera brutal en lo que se llamó la Reforma, que no fue que en el Vaticano llamaran a unos obreros para tirar un tabique o cambiar de sitio una ventana, sino que la mitad de la Cristiandad se enfadó con la otra mitad y salieron tarifando. Contaremos lo que pasó con pelos y señales.

Todo empezó cuando un fraile alemán llamado Martín Lutero (que tenía el pelo muy rizado, por cierto) viajó a Roma a comprarse un paraguas. Cuando llegó allí, vio que los clérigos vendían indulgencias, que eran unos papeles que decían que se te perdonaban años de infierno si dabas a cambio tu buen dinero a la Iglesia. A Lutero aquello le pareció un timo y una cochinada; protestó en voz alta y afirmó que la Iglesia se había pasado tres pueblos, como suele decirse.

El Papa se enfadó mucho con Lutero, le llamó una cosa muy fea que no debe decirse delante de los niños y le excomulgó. Lutero, al enterarse, ni corto ni perezoso dijo que bueno, que si le echaban de la Iglesia él se inventaría otra Iglesia para él solo y otros que quisieran apuntarse. Y así surgió el luteranismo o protestantismo (llamado así porque protestaban, como ya hemos dicho).

Los protestantes se diferenciaban de los católicos en que no hacían misas los domingos y no creían en la Virgen ni en los santos. Decían que si toda la verdad estaba en la Biblia, había que leerla y obedecerla, pero que entonces la Iglesia no hacía falta para nada. Los sacerdotes protestantes se podían casar y comer croquetas de jamón todo el año, si les apetecía, sin tener que ayunar los viernes ni nada de todo eso.

En el norte de Europa el protestantismo gustó mucho y se puso de moda. Pronto aparecieron imitaciones. En Suiza surgió el calvinismo, que no consistía en quedarse calvo por amor a Dios, sino que se llamó así porque lo predicó un señor llamado Calvino. En Inglaterra hubo anglicanismo, lo que quería decir que los ingleses eran los que tenían que mandar en la vida religiosa de los ingleses, sin que el Papa pudiera meter las narices.

El sur de Europa seguía siendo católico, porque siempre es más cómodo seguir como antes que ponerte a cambiar cosas. La Iglesia Católica, para parar a los protestantes, reorganizó la Inquisición, prohibió libros, persiguió a los no católicos y, en resumidas cuentas, se puso muy chula. A todo esto se le llamó Contrarreforma. Lo malo fue que los reinos se pegaron entre sí por todo esto, lo que se

conoce como guerras de religión. Estas guerras fueron completamente inútiles y no las ganó nadie, sino que tanto católicos como protestantes murieron a porrillo sin que ningún país pudiera vencer ni convencer al otro de nada. Después de dos siglos de conflicto, la división religiosa de Europa se quedó exactamente igual que estaba antes de empezar las guerras.

Hay que hablar del Concilio de Trento, que fue un concilio que hubo en Trento, como seguro que habrás adivinado. Allí se inventaron las reglas del catolicismo que funcionaron durante los siglos siguientes. Este concilio reafirmó la fe en la Virgen y los santos, fortaleció el poder de la Iglesia de Roma y dijo oficialmente que todos aquellos que no obedecieran al Papa estaban equivocados y eran muy tontos.

EL RENACIMIENTO

El renacimiento es eso que te pasa cuando te mueres y luego vuelves a vivir. Así llamaron al movimiento artístico de los siglos xv y xvi, porque fue un renacer al mundo clásico, una vuelta a Grecia y Roma. El caso es que se desenterraron algunas estatuas antiguas y se vio que estaban mucho mejor hechas que las medievales: las figuras humanas tenían todos los huesos en su sitio y eran mucho más bonitas, ¡donde iba a parar! Por ello se pusieron de moda y todo el mundo se puso a buscar cosas greco-latinas que imitar.

El renacentismo, como movimiento artístico, no solo consiste en copiar salvajemente a los artistas de Grecia y Roma. Se intenta conseguir belleza y, sobre todo, proporción. Un rostro es bello cuando todas sus partes están equilibradas en forma y tamaño. Si alguien tiene, por ejemplo, las orejas muy grandes, entonces decimos que es feo; y si tiene dos narices o tres ojos, entonces decimos que es feísimo.

Los clásicos habían explicado las reglas para hacer las cosas bien: qué tamaño tenían que tener las partes de una cara, cómo tenía que ser el cuerpo humano, qué color salía si mezclabas el rojo y el verde (no los mezcles, porque sale un color marrón que recuerda una cosa fea), cómo se escribían las tragedias para que resultasen interesantes, cómo se hacían los versos y cuánto pepino había que echar en el gazpacho. Siguiendo sus instrucciones, las cosas salían buenas, bonitas y baratas. Los renacentistas respetaron estas instrucciones para conseguir edificios, estatuas y pinturas la mar de preciosas.

Esta etapa artística se dividió en dos partes. Primero estaba el Quattrocento (el siglo xv, en que los años empezaban por 14) y luego el Cinquecento (el siglo xvi, en que empezaban por 15). Esto

parece un lío al principio, pero luego acabas por acostumbrarte.

El arte renacentista floreció en Italia (donde quedaban más ruinas y más restos romanos que en otros sitios). Hubo muchos artistas destacados, aunque con unos nombres un poco ridículos. Entre ellos estaba Leonardo da Vinci, que inventó máquinas y pintó cuadros estupendos con las dos manos, para acabar antes. También estaba Miguel Ángel, un magnífico escultor, pintor y gran jugador de hockey sobre patines, y muchos otros cuyos nombres no mencionamos para no cansar.

Aunque siguieron tocándose temas religiosos en la escultura y la pintura (porque la Iglesia era quien mejor pagaba las obras de arte), también se empezaron a mostrar otras historias diferentes. Se puso de moda la mitología clásica, por lo que no era raro encontrar cuadros donde salía Júpiter, por ejemplo, haciendo de las suyas o a Mercurio, volando con sus alas en los tobillos. En arquitectura se hicieron edificios muy simétricos, con muchas ventanas y columnas pegadas a las paredes que no sostenían nada, pero que hacían bonito.

EL IMPERIO ESPAÑOL

CARLOS I

Carlos era un emperador lioso, que a veces se llamaba Carlos I y a veces Carlos V (el secreto es que era el primer rey llamado Carlos de España y el quinto de Alemania). Era nieto de los Reyes Católicos y heredó de ellos un montón de cosas: una colección de conchas marinas, varios álbumes de fotos y unas gafas de sol. ¡Ah! Y también heredó un imperio enorme, que comprendía Castilla, Aragón, varios pedazos de Italia, Austria, los Países Bajos y casi toda América. Así es que fue el hombre más poderoso del mundo, pese a ser muy delgadito.

Emperó durante... (¿qué es esto de 'emperó'?; pues que si los reyes reinan, los emperadores emperan, ¿no es así?). Emperó durante la primera mitad del siglo xvi, aunque casi todo el tiempo lo pasaba posando para que le hicieran retratos, porque tenía pintores muy buenos en su corte y no era cosa de desaprovecharlos.

Carlos I fue un rey absolutista, lo que quiere decir que no estaba para tonterías y que no permitió que los señores feudales le tomaran por el pito del sereno, como habían hecho en la Edad Media con otros reyes; al contrario: dejó bien claro que el que mandaba era él, que desobedecerle era una malísima idea y que al que lo hiciera se le iba a caer el pelo.

El primer problema que tuvo fue que no había nacido en España y que de joven no hablaba español. Por eso cuando llegó a la península para ocupar el trono, hubo gentes en Castilla que quisieron que se volviese por donde había venido. Varias ciudades formaron comunidades o gobiernos propios. Los comuneros crearon un ejército y se rebelaron contra Carlos, rechazando su autoridad y diciendo que tenía el mentón muy salido y cara de caballo (esto era verdad).

La revuelta no tenía mucho futuro, porque los comuneros eran poquitos y sus arqueros tenían malísima puntería. Así es que pronto las tropas del Emperador les vencieron del todo, sofocaron la revuelta y les cortaron la cabeza a sus jefes, cosa que a los decapitados no les hizo demasiada gracia. Carlos aprendió la lección y se apuntó enseguida a un curso de español por Internet, para procurar caerle simpático a los españoles.

Por si lo de Castilla fuera poco incordio, hubo otra revuelta en Valencia y Mallorca, promovida por las Germanías (hermandades). Qué querían estos señores es algo de lo que ya no se acuerda casi nadie (ni nosotros), pero el caso es que el rey Carlos se vio en la obligación también de intervenir allí y mandar soldados enfadados.

España tuvo que estar metida en guerras durante casi todo el reinado de Carlitos. Primero fueron los franceses, que, a la chita callando, querían quedarse con territorios españoles en Italia, por lo que ambos países acabaron dándose tortazos. Luego estaban los turcos, que seguían mandando barcos piratas para hacer la pascua a los pueblos costeros del Imperio. Algunos estados alemanes, para no ser menos, también se rebelaron.

El caso es que el Emperador gastaba muchos caballos, porque estaba siempre de acá para allá, peleando en unas guerras u otras y sin poder tomarse un descanso. Los días de vacaciones se le acumulaban y nunca se podía ir a descansar a la playa.

Por eso, un buen día se hartó de todo, nombró heredero a su hijo Felipito, se lió la manta a la cabeza y abdicó; es decir: renunció al trono del Imperio español y se marchó a un monasterio, donde los monjes hacían unos dulces muy ricos de cabello de ángel que al Emperador le gustaban mucho.

Su reinado fue una época de esplendor y jolgorio. Se conquistaron muchas tierras en América. España se apoderó de las Islas Filipinas y las islas, como eran islas, no pudieron salir corriendo. La mitad de Europa estaba en poder de España. El español era la lengua más hablada en el continente. Las canciones españolas casi ganaban en Eurovisión. Los europeos seguían la moda española en trajes y bolsitos de mano. En fin: que España dominaba el mundo.

En su tiempo, las obligaciones del rey y el sistema de gobierno quedaron claros como el agua mineral. El rey protegía el país de los ataques enemigos y de las cucarachas y recibía a cambio el dinero de los impuestos. Esto de los impuestos era algo de mucha importancia, porque las guerras le salían a Carlos por un ojo de la cara.

Para ayudarse tenía varios organismos compuestos por nobles, que cobraban unos sueldos astronómicos. Para decidir contra quién pelearse en cada momento estaba el Conejo de Estado (el conejo no: el Consejo de Estado, es que se nos había caído la letra ‘s’). El Consejo de Hacienda se ocupaba de la pasta: controlaba el dinero y se estaba quejando siempre de que había muy poco, aunque no fuera verdad. El Consejo de la Inquisición, perseguía a los herejes y se encargaba de meterles en prisiones, cuanto más frías y húmedas, mejor.

Los distintos reinos tenían muy distintas leyes o fueros, por lo que Carlos tenía que estar siempre estudiándoselas para saber lo que podía mandar en cada reino y lo que no. Solía armarse muchos líos y acabó hasta la coronilla de los distintos fueros.

FELIPE II

Este rey se hizo famoso por un sombrero muy raro que llevaba siempre puesto y que parecía una maceta al revés. Reinó durante la segunda mitad del siglo xvi (a él le hubiera apetecido reinar también durante el siglo xvii, porque le gustaba mucho mandar, pero no pudo hacerlo, porque se murió).

Era bajito, a juzgar por su cama, que se conserva en un palacio (salvo que durmiera siempre acurrucado). Siempre estaba muy serio y vestía de negro para que no se le notaran las manchas y no tener que estar cambiándose de traje todo el día.

A la muerte de su padre, Carlos, los territorios de Austria ya no pertenecían a España, pero aun así Felipe II tuvo suficientes tierras sobre las que reinar, como para no tener tiempo de aburrirse. Otros reinos le dieron quebraderos de cabeza y le obligaron a meterse en guerras. Y cuando los otros reinos no le daban problemas, se los buscaba él, como ahora veremos cuando contemos sus líos por toda Europa.

Para empezar, se las tuvo que ver con los franceses, que querían quitarle a España tierras de los Países Bajos y de Italia. Pero los soldados españoles arreaban más fuerte y ganaron la batalla de San Quintín. Los franceses se rindieron y prometieron que no darían más la lata y se estarían quietecitos durante unos años.

Para celebrar esta victoria, Felipe II quiso darse un banquete descomunal, con tartas de todos los sabores conocidos. Pero luego se lo pensó mejor y, en vez de un banquete, lo que hizo fue mandar construir un monasterio con un montón de ventanas, para que corriera el aire. Es el monasterio de El Escorial, un edificio inmenso donde cabe un montón de gente y que tiene dentro una iglesia, un palacio, una biblioteca, unos columpios, una noria y una pista de coches de choque.

El siguiente problema fueron los turcos, que seguían emperrados en hacer barrabasadas en el Mediterráneo. Para defenderse de ellos se creó la Santa Liga, integrada por Venecia (que puso la idea), el Vaticano (que puso la bendición del Papa) y España (que puso los soldados, los barcos y el dinero, haciendo de «pringada»).

Hubo una gran batalla naval de barcos marinos en el agua, en Lepanto, que es un sitio que está pegadito pegadito a las costas de Grecia, y allí cristianos y musulmanes se dieron para el pelo. La

flota cristiana, mandada por don Juan de Austria, hermano de Felipe II, venció por goleada a los turcos, hundiendo sus barcos bien hundidos hasta el fondo.

Felipe era muy católico todos los días de la semana, por lo que llevaba muy mal que en Europa hubiera protestantes. Así es que dedicó mucho esfuerzo (y dinero contante y sonante) a darles en el coco a sus enemigos religiosos. Por eso se metió a veces donde no le llamaban. Por ejemplo, cuando los católicos y los protestantes de Francia se pegaron entre sí, Felipe mandó sus tropas a apoyar a los católicos, complicándose la vida con una guerra que ni le iba ni le venía.

Tres cuartos de lo mismo hizo en Inglaterra, donde gobernaban los anglicanos, que trataban a los católicos a patadas. A Felipe no se le ocurrió otra cosa mejor que invadir Inglaterra, para lo cual envió una gran flota, a la que se llamó la Armada Invencible, un nombre bien tonto si se considera que la vencieron enseguida. Bueno, hubo también una gran tormenta que contribuyó al desastre, pero el caso es que la Armada quedó hecha migas y no pudo ni llegar a Inglaterra, mucho menos conquistarla.

Por si todo esto no fuera bastante guerra para un solo señor, los Países Bajos también se rebelaron contra España. Hubo allí batalla tras batalla y Felipe tuvo multitud de dolores de cabeza con este tema y se tenía que tomar las aspirinas a puñados.

Una cosa que sí le salió bien al rey fue el asunto de Portugal. Como era el pariente masculino más cercano del rey portugués que había muerto, consiguió que le ofrecieran un puesto de trabajo con contrato indefinido como rey de Portugal en 1581, sin que se notara demasiado. Así, Portugal (con todas sus colonias por el mundo) perteneció a España desde ese año hasta 1640, haciendo aún más gordo el Imperio español. Como el Brasil era parte de esas colonias, España fue en este tiempo el país con más loros por kilómetro cuadrado.

Felipe II puso la capital en Madrid, por dos importantes razones: una era que le gustaban mucho los churros que hacían en esa ciudad; y la otra era que no quería estar como su padre, siempre de acá para allá, porque cuando no se acostaba en su cama extrañaba el colchón, no conseguía conciliar el sueño y al día siguiente estaba hecho polvo y se iba durmiendo por los rincones y en las audiencias.

En el interior de la península también tuvo follones de cuidado. Hubo una revuelta de los moriscos, a los que hubo que dar un tirón de orejas. Y también tuvieron lugar las alteraciones de Aragón, cuando las Cortes aragonesas se negaron a obedecer al rey y hubo que mandar soldados otra vez a que pegaran unos cuantos cachetes

a los rebeldes. La verdad es que, en esos años, los soldados no paraban quietos y tenían que hacer muchas horas extra.

En resumidas cuentas: el reinado de Felipe II fue muy guerroso o guerrido (que tuvo muchas guerras, queremos decir) y le ocasionó muchos gastos. El rey tuvo que pedir préstamos y, cuando murió, dejó un montón de deudas y de problemas para que los solucionaran sus herederos.

FELIPE III

No es necesario más que mirarle los bigotes a Felipe III para adivinar que fue un rey que no sirvió para nada.

Heredó el trono en 1598 y reinó hasta 1621. Bueno, eso de que reinó es un decir, porque él no hizo maldita la cosa. Se buscó un valido (un consejero que hacía de todo) para que le hiciera el trabajo, mientras él se dedicaba a dar fiestas con *confetti* y serpentinas, ir de caza o al teatro, que era lo que de verdad le gustaba hacer. Y es que él se decía: «¿Para qué me sirve ser rey si tengo que trabajar como los demás?». Vamos, que fue un mal monarca que no cumplió en absoluto con su deber, aunque él se lo pasó pipa y disfrutó mucho de la vida.

El duque de Lerma fue quien gobernó en su lugar. Este señor fue un gran sinvergüenza, que se dedicó a robar dinero del Tesoro de la nación y a hacer muy poquitas cosas más. Por eso, España perdió gran parte de su poder y de su importancia durante esos años felípicos.

La política de Felipe III consistió principalmente en no hacer nada, no decir nada, no meterse en nada; pero eso no era posible, porque en Europa estaban pasando cosas y se había liado una gorda (la guerra de los Treinta Años, entre países protestantes y católicos) y España tenía que intervenir y meterse de lleno en el fregado.

Durante ese tiempo, los problemas económicos, se hicieron más graves y la corona no tenía dinero ni para mantener sus ejércitos, por lo que a los soldados les daban de comer un día sí y otro no. Por eso tuvieron que firmar paces con Inglaterra y con los Países Bajos, y quedar en ridículo.

Otra gran metedura de pata que tuvo lugar durante este reinado fue la expulsión de los moriscos, a los que metieron en barcos y soltaron en el norte de África, como quien deja caer un fardo. Para empezar, los moriscos eran un treinta por ciento de la población, con lo que España se quedó casi vacía. Además, eran principalmente agricultores y, cuando se fueron, muchos campos se quedaron sin cultivar y las cosechas se echaron a perder. Vamos, un verdadero desastre.

FELIPE IV

Si el reinado de Felipe III fue un caos, el de su hijo Felipe IV fue ya una tomadura de pelo. Este rey no sólo cometió los mismos errores que su padre, sino que tenía las narices mucho más grandes.

Dejó el poder enteramente en manos de otro valido, el conde-duque de Olivares, un individuo ambicioso que metió la pata hasta la cintura en muchos asuntos políticos. Para empezar, se gastó todo el dinero que el país tenía (y el que no tenía) en ejércitos para guerras, con lo que España quedó más pobre que las ratas. Luego pidió demasiado dinero en impuestos a las diversas provincias, lo que provocó que los catalanes se negaran. Así, en 1640 tuvo lugar la sublevación de Cataluña, en la que intervino también Francia, para ver lo que conseguía sacar en limpio de todo aquello. O sea, que hubo una guerra civil en toda regla. Al final, el ejército español acabó venciendo, pero murió mucha gente y se gastó muchísimo dinero. Y los catalanas se quedaron muy enfadados desde entonces con la corona española.

En el mismo año Portugal vio el panorama y se dijo: «¡Esta es la mía!», y se quiso también independizar. Olivares no sabía qué hacer, porque no tenía soldados suficientes para mandarlos a los dos sitios. Echó una moneda al aire y los envió a Cataluña, y, por eso, Portugal inició su proceso de independencia, lo cual fue un gran palo para el Imperio español.

Si a esto le añadimos que los ejércitos españoles empezaron a perder batallas a porrillo en la guerra de los Treinta Años y que en los Países Bajos se querían también independizar, comprenderéis que la cosa no pintaba bien para España. Las otras naciones le habían perdido el respeto y el país era cada vez más pobre. Varias epidemias de peste le acabaron de dar la puntilla.

CARLOS II

Este rey debilucho y enclenque se sentó (con muchos cojines para no hacerse daño) en el trono de España durante la segunda mitad del siglo xvii y fue un completísimo inútil. Durante su reinado el Imperio fue perdiendo territorios como el que tiene un agujero en el bolsillo.

No contento con ser un desastre en la diplomacia y la guerra, Carlos (al que llamaron «El Hechizado» de puro feo que era) no tuvo hijos, por más que lo intentó, con lo que la sucesión al trono se convirtió en un problema de aúpa. ¿Quién reinaría en España a su muerte? Nadie tenía ni la más mínima idea y, al final, se armó una guerra importante, llamada Guerra de Sucesión, en la que

intervinieron varios países europeos que querían meter baza en el asunto y que tuvo lugar en la península ibérica, que se quedó toda rota y hecha una pena.

EL BARROCO

El Barroco fue un movimiento cultural que se desarrolló en el siglo xvii, aprovechando que no había ningún otro movimiento que se lo impidiese.

Pese a que estaba claro que el Imperio español se iba a hacer gárgaras a gran velocidad, esta fue una época muy fructífera en las ciencias, las artes y el coleccionismo de cromos. Se hicieron descubrimientos científicos, que no explicamos aquí porque no los entendemos, pero que fueron muy importantes. Y las artes tampoco se quedaron atrás.

Este movimiento surgía de la exageración: que hubiera mucho de todo. El razonamiento barroco era el siguiente: si una cosa bonita hace bonito, dos cosas bonitas hacen el doble de bonito; y tropecientas cosas bonitas son ya lo mejor de lo mejor. Por eso el arte barroco se basa en eso; en acumular muchos elementos decorativos. Si es una poesía, hay que poner muchas ideas bellas y palabras raras; si es un edificio, muchos adornos en las ventanas; si es un traje, muchos lacitos y perifollos; y si es un cuadro, pues muchas personas haciendo cosas distintas.

La arquitectura usaba formas curvas, para dar sensación de movimiento. No se dejaba ningún espacio vacío, ninguna pared sin adornar. Todo tenía que estar llenísimo de cosas.

La escultura era muy efectista y quería impresionar con emociones. Por eso se esculpieron muchas tallas en madera de temas religiosos: cristos, vírgenes y santos, con muchas lágrimas y mucha sangre por todos lados.

La pintura también evolucionó y se perfeccionó el color, la luz y la perspectiva. Eran cuadros realistas, donde aparecían temas que no se habían pintado antes (cosas cotidianas o incluso feas), con gran lujo de detalles. Hay que mencionar el nombre de Velázquez, porque si no lo mencionamos parecerá que somos unos incultos.

En este siglo evolucionaron mucho la música y las artes decorativas. Y también se habrían hecho muy buenas películas, pero esto, al final, no fue posible, porque el cine aún no se había inventado.

EL SIGLO XVIII

LA CASA DE BORBÓN

Carlos II fue el último rey de la Casa de Austria (y el peor de todos, cosa en la que todo el mundo está de acuerdo). En el año 1700 (una fecha facilita de aprender, como veis), murió sin herederos y sin dejar nada claro, por lo que se armó una buena para ver quién se quedaba con el suculento pastel de la corona española.

Así, como quien no quiere la cosa, empezó la Guerra de Sucesión, en la que intervinieron varios países y muchos soldados (y también bastantes caballos), que vestían unos uniformes bastantes bonitos (los soldados, porque los uniformes de los caballos no eran gran cosa). En el año 1713 se cansaron de pelear y se firmó la Paz de Utrecht. Venció Francia y puso en el trono de España a uno de los suyos, que reinó como Felipe V de Borbón (y que murió años después más loco que un cencerro). Entonces se pronunció una frase famosa: «¡Ya no hay Pirineos!». Esto no quería decir que una banda de ladrones hubiera robado los montes para venderlos luego al peso en otro sitio, sino que España y Francia eran dos naciones hermanas, ya que los reyes de ambos países eran primos.

El de Francia, no sabemos, pero el rey de España sí que hizo mucho el primo, porque tuvo que ayudar muchas veces a Francia con soldados y con dinero, sin recibir nada a cambio.

De esto tuvieron la culpa los llamados Pactos de Familia, que consistían en un tratado por el que ambos reinos se comprometían a ayudarse en las guerras y defenderse mutuamente si alguien se metía con cualquiera de los dos. España llevó la peor parte (como siempre), pues tuvo que apuntarse a varias guerras para apoyar a Francia y salió siempre trasquilada.

Ya puestos a firmar cosas, se firmaron también los Decretos de Nueva Planta, que no era un tratado de jardinería moderna, sino unas leyes para que todas las partes del reino funcionaran igual y rellenaran los mismos papeles para hacer las burocracias. Esto era necesario, porque el sistema administrativo de España era un batiburrillo de normas distintas en cada provincia, un verdadero lío, puesto que en cada sitio querían hacer las cosas a su manera.

Según estos decretos, los fueros y leyes de cada región ya no valían para nada y quedaban suprimidos del todo y por los siglos de

los siglos. Esto era una manera de hacer que el rey mandara más, porque en Francia se había puesto muy de moda el absolutismo y España empezaba ya a quedarse boquiabierta de admiración ante todo lo francés y a copiarlo, siempre que podía.

A Felipe V se le recuerda principalmente, por su enorme pelucón y porque se inventó muchos impuestos que antes no existían. Podemos decir sin miedo a equivocarnos que no fue uno de los reyes más populares que ha tenido España.

Estiró la pata en 1746 y su hijo, Fernando VI, ocupó su trono (aunque lo tuvo que mandar agrandar, pues era más gordo que su padre y no podía sentarse con comodidad).

Este reinado, que duró hasta 1759, fue bastante aburrido en todos los sentidos. No pasó casi nada, las comedias que se representaban no eran interesantes e incluso los chistes que se contaban en España durante estos años no tenían ninguna gracia. Hay que decir que este rey aumentó los impuestos (como su padre) y usó el dinero para hacer barcos y mejorar el comercio y el control de las colonias de América (ya que en España se trabajaba poquísimo y la corona tenía sus esperanzas puestas en el dinero que llegaba del nuevo continente).

Fernando persiguió a los gitanos (no él personalmente, claro, sino sus soldados), a los que encerró en prisiones con barrotes bien sólidos y trató bastante mal, la verdad.

El siguiente en la fila de reyes fue Carlos III, al que llamaron «el rey albañil», porque le gustaba mucho construir cosas para luego inaugurarlas, cortando la cintita con unas tijeras, al son de una banda de música.

Este rey, que aguantó hasta 1788 y murió siendo rey sin jubilarse, no lo hizo mal, todo hay que reconocerlo. Se dedicó a modernizar el país, que estaba hecho una verdadera antigualla y se caía a pedazos por muchos sitios. Construyó barcos, limpió las calles y puso farolas. Todo eso le costó bastante dinero (sin contar con que le timaron, porque le cobraron un precio muy superior al habitual). También creó el cuerpo de policía y prohibió que la gente llevara armas por las calles. Todo esto estaba muy bien, sin embargo, a muchos no les hizo gracia y se rebelaron contra él. Un ejemplo es el Motín de Esquilache, que era un ministro que quiso prohibir las capas largas, para que los malhechores no pudieran llevar espadas escondidas. Pues bien, las gentes de Madrid y otras ciudades protestaron, salieron a la calle a romper farolas y pidieron la cabeza de Esquilache. Así es que Carlos tuvo que mandar de vacaciones al ministro y dar marcha atrás en la reforma, por tener un pueblo muy cerril.

A los españoles tampoco les gustaba que el rey tuviera ministros

y consejeros extranjeros y se dedicaron a fastidiarles y a ponerles motes. Pero esto fue un error, porque algunos de esos ministros eran muy listos y capaces y solo querían hacer las cosas bien. En fin, que durante su reinado hubo muchas bofetadas entre los modernos y los antiguos.

No faltaron las guerras. Una de ellas fue la llamada Guerra de los Siete Años, que en realidad duró nueve, pero que, al nombrarla, se equivocaron al contar los años. Otro lío en el que España se metió fue la Guerra de Independencia Norteamericana, en la que Carlos apoyó a los rebeldes americanos, que querían separarse de Inglaterra. A España no le importaba mucho la cosa y lo hizo principalmente para fastidiar a los ingleses.

Durante este reinado hubo transformaciones importantes y se fabricaron muchos botijos. La primera cosa que llama la atención es que empezaron a nacer muchos más niños y a morirse muchos menos viejos, con lo que los enterradores se quedaron casi sin trabajo y las comadronas tenían que hacer horas extra. Se moría mucha menos gente porque la medicina avanzó. También se comía mejor, puesto que en América se habían descubierto las patatas fritas y las palomitas de maíz. Además, los españoles empezaron a lavarse y dejaron de beber agua de los charcos y, al aumentar la higiene, se redujeron muchas enfermedades. Pero la causa principal de la menor mortalidad era que hubo menos guerras que en los siglos anteriores, simplemente.

En cuanto a la razón por la qué nacían más niños, todos os la podéis figurar y no vamos a explicarla aquí.

Al haber más gente, se empezaron a cultivar tierras que antes estaban ahí muertas de asco y sin servir para nada, con lo cual hubo más comida. También se perfeccionaron los sistemas de cultivo y las herramientas. Se mejoró el comercio, haciendo carreteras sin baches, y se crearon fábricas de cosas, para la producción en serie.

Carlos III fue un buen ejemplo de lo que se llamó despotismo ilustrado, que era una manera de mandar sobre un pueblo y, al mismo tiempo, procurar tenerle contento y en buenas condiciones. Su lema era: «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo», que era mejor que el que había antes, que era «Todo para nosotros y al pueblo que le frían un paraguas».

Cuando se fue al otro barrio, le sustituyó en el puesto su hijo, Carlos IV. Pero la historieta de este rey la contaremos un poco más adelante.

LA ILUSTRACIÓN

Al siglo xviii se le ha llamado el Siglo de las Luces, lo que era

una manera elegante de decir que los hombres de los siglos anteriores eran muy burros. En España a esto se le denominó la Ilustración, que era una tendencia al saber y al conocimiento, un deseo de aprender cosas.

Este movimiento era un invento francés y se produjo debido a los avances científicos y al racionalismo crítico. ¿Qué quiere decir esto? Pues que no hay que creerse nada que no se compruebe y se pueda demostrar. Esto llevó a la secularización, que era una manera de hacer que la religión no influyera tanto en la vida. Si antes lo más importante era la fe en Dios, ahora lo era la fe en el progreso, que se conseguía mediante la razón, la capacidad de pensar y entender las cosas.

Los ilustrados (queremos decir los hombres de la época de la Ilustración, no que tuvieran ilustraciones pintadas o tatuadas en el cuerpo) eran personas muy reflexivas, muy serias y bastante cursis. Tenían costumbres raras, para qué nos vamos a engañar. Se cortaban el pelo muy cortito y luego se plantaban encima una peluca, lo cual es algo absurdo, ¿no? Sin embargo, hicieron muchas cosas muy requetebién hechas.

Defendieron la libertad, la igualdad y los derechos humanos, cosas que hoy en día parecen comunes, pero de las que entonces nadie había oído hablar ni de lejos. Fomentaron la democracia (que el pueblo participara en el gobierno de alguna manera) y la soberanía nacional (la idea de que el poder del rey venía de la gente y no de Dios). Dieron también gran importancia a la educación, porque pensaban (con razón) que una nación de grullos ignorantes no iba a ninguna parte.

LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Lo del Antiguo Régimen no es eso de comer solo lechuga y pan tostado, sino la forma de funcionar de los reyes en los siglos xvi y xvii. Al final del xviii todo el mundo estaba ya hasta la coronilla de aquello, porque el mundo había cambiado un montón. Toda la gente estaba ya harta de reyes despóticos y de que la aristocracia disfrutara de privilegios, mientras que el pueblo no tenía donde caerse muerto y pasaba más hambre que el perro de un ciego.

Por eso, en el año 1789 el pueblo de Francia decidió darle la patada a su rey, Luis XVI, diciendo que no servía para nada (era verdad) y organizando una república de ciudadanos libres, aunque vestidos con muy mal gusto.

Los revolucionarios hicieron mucho el salvaje y le cortaron la cabeza a un montón de nobles (y a los reyes también, ya de paso). Persiguieron a la Iglesia y se quedaron con las tierras de los ricos terratenientes y con todos sus zapatos, que eran de mucho lujo.

Pero también tuvieron aciertos, como implementar los derechos humanos y la igualdad jurídica de los ciudadanos, para que fueran iguales ante la ley y no se pudiera encarcelar a nadie por ser bizco o antipático, como pasaba antes. También dieron un empujón a las nociones de libertad y de librepensamiento, mostrando que las cosas podían ser de otra forma a como habían sido siempre.

La revolución asustó mucho a otros países de Europa, que pronto se unieron contra ella y le declararon la guerra a Francia con la sana intención de machacarla. Pero sirvió de ejemplo a las colonias de América, que comenzaron a independizarse y a formar nuevas repúblicas, aprovechando que en Europa estaban distraídos con sus guerras y eso. Era una forma de decir que no tenía que haber familias más importantes que otras y que lo de tener un rey ya estaba muy pasado de moda.

NAPOLEÓN

Para defenderse de sus enemigos y evitar que se la comieran por los pies, la República Francesa tuvo que tomarse la guerra en serio y dedicarle un ratito de su tiempo. Destacó entonces Napoleón Bonaparte, un militar serio y bajito que empezó a ganar batallas una detrás de otra, con gran facilidad, y que no solo salvó a Francia del completo desastre, sino que se apoderó de media Europa en muy poquito tiempo.

Viendo que era el amo, Napoleón dio un simpático golpe de estado y de un plumazo acabó con el Directorio, que era el gobierno de la Revolución. Se nombró a sí mismo Primer Cónsul (una manera clásica de ser el mandamás) y luego se hizo proclamar Emperador, para poder lucir unos uniformes muy bonitos que se había mandado hacer. Como tenía muy mal genio, nadie se atrevió a llevarle la contraria.

Gobernó hasta que le dejaron (1815) y lo hizo muy a su manera. Era un hombre moderno (se lavaba los dientes, cosa que los antiguos no hacían) y defendió las ideas ilustradas. El problema es que era un guerrópata (adicto a las guerras) y le gustaba lo indecible ir a caballo de acá para allá conquistando reinos, haciendo rodar coronas de reyes y quitándoles sus cetros, como el que le quita un juguete a un niño. Conquistó así lugares como España, Italia y otros sitios parecidos e igual de turísticos.

Pero, ¡ay, amigo!, para todas estas guerras necesitaba soldados y más soldados, y en Francia no quedaban ya hombres, porque en las guerras la habían palmado casi todos. Tuvo que reclutar a chicos jovencísimos, a los que aún no les había salido el bigote, que acabaron muriendo tontamente por esos campos de Europa.

Napoleón hizo el ridículo en España, donde la gente emborrachaba a los soldados franceses y los tiraba al pozo con gran facilidad. También fracasó en Rusia, porque se internó demasiado en el país sin llevar bastantes abrigos y bufandas para todo su ejército, que se quedó literalmente helado.

Al final, los ingleses, que eran los que más tirria le tenían, le apresaron y le encerraron en una isla. Napoleón fue más listo y se escapó, volviendo a Francia. Pero le volvieron a trincar y esta vez le metieron en una prisión en una isla mucho más lejana, donde acabó muriéndose de asco.

LA RESTAURACIÓN

Luis XVIII era hermano de Luis XVI, el rey decapitado (sí, los franceses se equivocaron y se saltaron un número al nombrar a sus reyes). En cuanto este Luis supo que los ingleses le habían echado el guante a Napoleón, se puso a dar saltos de contento, regresó a París

y se subió al trono de un salto. Cuado se enteró de que Napoleón volvía, salió corriendo y se escondió no se sabe dónde. Pero cuando volvieron a apresar al Emperador, Luis XVIII regresó de nuevo y se dedicó a reinar muy mal durante algunos años y a intentar deshacer las cosas buenas que había hecho la Revolución.

La nobleza europea quería hacer como si no hubiera pasado nada, como si la Revolución Francesa no hubiera tenido lugar. Así es que los reyes se reunieron en el Congreso de Viena (1815) (donde se pusieron hasta arriba de pastelitos de crema) e intentaron volver a poner de moda el Antiguo Régimen, diciendo que los reyes eran estupendos, que la Iglesia era genial, que la aristocracia era pistonuda y que el pueblo llano tenía que alegrarse mucho de ser pobre.

La malo es que aquello ya no funcionaba, porque la gente ya había perdido la costumbre de comer solo una vez cada tres días y pasar hambre. Así, como quien no quiere la cosa, había surgido el liberalismo, que protegía al individuo y sus derechos frente al Estado.

En este enfrentamiento entre los modernos y los antiguos del que antes hemos hablado, ganaron los modernizantes; los que apoyaban el retroceso y volver a vivir como siglos atrás, se quedaron con las ganas.

LAS REVOLUCIONES BURGUESAS

Durante la primera mitad del siglo xix (que fue la mitad que vino antes que la segunda) hubo varios ciclos revolucionarios en Europa, en 1820, 1830 y 1848, que generalmente empezaban en Francia, por ser el país que tenía más práctica, porque ya se había entrenado con la revolución de 1789 y le había cogido el gusto a la cosa.

Estos movimientos los llevaban a cabo los burgueses y los proletarios (la clase trabajadora), que eran los que estaban verdaderamente hasta el gorro de los reyes y los nobles. En Francia, al rey Carlos X, que quería cortar las libertades, le pusieron de patitas en la calle y le sustituyeron por otro que parecía más generoso: Luis Felipe. Pero al cabo de unos años se demostró que este rey también era un mangante como los otros y solo quería favorecer a unos cuantos de sus amiguetes, por lo que se le obligó a tomar el portante y largarse bien lejos.

Se creó la II República Francesa y se aprobaron leyes avanzadas, como el derecho al voto de todos los varones (no se hacía una

comprobación muy estricta).

El ejemplo cundió y en otros países hubo revueltas contra los reyes. El liberalismo se extendió como la pólvora y se puso de moda. Si no eras liberal te llamaban «carca» y otras cosas aún peores.

EL NACIONALISMO

El nacionalismo es, simplemente, la idea de que la gente de tu pueblo es mejor que la de otros pueblos. No importa que sean más brutos que un arado o tontos de capirote: son los tuyos y ya está.

En esta época había algunos lugares de Europa que no estaban unificados en países y que se dijeron que ya iba siendo hora de hacer una nación como Dios manda. Francia, España o Inglaterra eran reinos con muchos años a las espaldas, pero otros no lo eran, y aquí fue donde se cogieron varios territorios pequeñitos y se unieron unos a otros para hacer una nación completa, con su bandera, su selección de fútbol y todo.

Una de estas unificaciones nacionales fue la de Italia, que realmente parecía entonces un rompecabezas, hecho de muchos pedacitos que encajaban muy mal. A esto le llamaron Risorgimento (resurgimiento), lo que quería decir que en los siglo xv y xvi Italia había sido el centro de la cultura europea y no estaba bien que ahora fuera un país de los primeros empezando por la cola.

Se buscó un rey con experiencia (Victor Manuel II), pusieron la capital en Roma (porque tenía más taxis) y declararon que desde el año 1879 ya existía Italia y que el plato típico del país eran los macarrones con tomate. Giuseppe Garibaldi fue el héroe nacional que ayudó a este proceso de paisificación (si es que se puede decir así).

Por otro lado, los territorios de Alemania también estaban hechos una pena. Había unos 39 estados diminutos, con unos nombres dificilísimos de pronunciar, pero no querían unirse porque sus gobernantes se llevaban a matar entre sí y no se aguantaban los unos a los otros. Los de Austria y Prusia se odiaban especialmente y sus embajadores se tiraban los trastos a la cabeza siempre se que veían.

Pero finalmente el canciller Otto von Bismark se puso pesado y en 1871 unificó todos los territorios en una monarquía federal, bajo un rey llamado Guillermo I, que estaba sin trabajo y al que le vino muy bien aquel nombramiento.

NEOCLASICISMO Y

ROMANTICISMO

En esta época hubo dos movimientos culturales que no se parecían ni por el forro y que surgieron uno detrás del otro, porque si hubieran surgido a la vez habrían ocasionado un follón de mil diablos.

El neoclasicismo, movimiento de origen francés y un tanto cursi (bastante cursi, si hemos de decir la verdad), duró desde que empezó (la segunda mitad del siglo xviii) hasta que se acabó (la segunda década del xix) y ni un minuto más. Era una vuelta a los modelos de Grecia y Roma, otra vez, porque ya se había hecho lo mismo durante el Renacimiento. Es que es más fácil volver a hacer una cosa antigua que ponerse a pensar en una nueva.

La cosa consistía en respetar siempre unas reglas: los edificios tienen que ser así, las estatuas tienen que ser asá, no se puede hacer esto, no se puede hacer aquello. Era un arte muy limitado, donde se buscaba el orden, el equilibrio la sobriedad y la funcionalidad: un aburrimiento.

Se escribieron tratados sobre cómo hacer las cosas, se abrieron museos donde guardar cacharros polvorientos y academias donde dar clases, y hasta se redactó la Enciclopedia, una serie de libros donde se puso por escrito todo lo que se sabía, para que no se les olvidara.

Y luego vino el romanticismo, un movimiento de origen alemán que fue todo lo contrario, una reacción contra tanta elegancia, tanta norma y tanta tontería. En el romanticismo lo que importaba era la pasión, la libertad del artista y la imaginación.

A los románticos les gustaba la Edad Media, por lo que tenía de lejano y misterioso, el Oriente y los mundos de fantasía. También les gustaban mucho las gambas a la plancha. La pintura, en vez de mitos griegos como los neoclásicos, se dedicó a describir temas históricos, que tenían más chicha. En literatura se inventó el género de terror, con monstruos, cementerios y todo eso. En la música se mostraban las emociones y se tocaba mucho el bombo. Arquitectura romántica no hubo, porque los edificios que habían hecho los neoclásicos estaban aún nuevecitos y no hacía falta construir otros.

LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Como lo de «revolución» sonaba bien en aquella época, se habló de la revolución industrial, que no fue otra cosa que la gente dejó de hacer las cosas una a una y despacito en sus casas para hacerlas a montones y muy deprisa en una fábrica.

Esto empezó en Inglaterra, que, al parecer, era el país que tenía

más prisa por empezar a ganar el dinero a paletadas. El tema venía ya desde la segunda mitad del siglo xviii, y en el xix se disparó y se extendió por Europa, los EE.UU. y llegó nada menos que hasta el Japón, donde se pusieron a producir objetos frenéticamente.

Las sociedades pre-industriales —también llamadas «esos pobres anticuados que viven como en la Edad de Piedra»— se basaban en la agricultura, viajaban poco, se morían mucho y eran de carácter artesanal. Para cuando acababan de construir un cesto ya casi se les había olvidado cómo se empezaba a construir otro.

Pero de pronto se empezaron a inventar máquinas maravillosas, llenas de tornillos por todas partes, que hacían la labor de varios hombres sin pedir aumento de sueldo y sin faltar nunca al trabajo por culpa de la gripe, y se empezó a fabricar de todo de manera muy rápida y barata, aunque echando mucho humo y metiendo mucho ruido, eso sí. Los sectores que primero destacaron fueron el textil y el siderúrgico, porque a todo el mundo le hacían falta calzoncillos y abrelatas, por ejemplo. Los libros hablan de una primera revolución industrial y de una segunda revolución industrial, pero eso son ganas de complicarse innecesariamente la vida. Hubo una única revolución, solo que bastante larga, que duró hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial (1914), por poner una fecha cualquiera.

La cosa tuvo sus aspectos buenos y, ¡cómo no!, otros aspectos deplorables.

Entre los buenos puede decirse que muchos productos se abarataron, al fabricarse a porrillo. Ahora muchas personas podían comprar cosas que no les hacían ninguna falta, pero que antes no hubieran podido comprarse de ninguna manera. Empezaron a tener en su casa huchas con forma de cerdito para guardar la calderilla y esos cuadros horrorosos en los que se ve a unos perros jugando al póquer.

Otra cosa buena es que hubo más comida para todos, cuando se empezaron a fabricar masivamente fideos, galletas y quesitos para la merienda.

Se mejoraron las comunicaciones, pues hubo que hacer carreteras para llevar las cosas de acá para allá. Hay que mencionar el barco de vapor, el ferrocarril y finalmente el coche, porque si no los mencionáramos pareceríamos unos escritores muy descuidados, de esos que se dejan cosas importantes por contar.

Los dueños de las fábricas se enriquecieron muchísimo, lo que fue muy bueno para ellos, aunque no para los que trabajaban en las fábricas, que no se enriquecieron lo más mínimo. Esto produjo el capitalismo, la inversión de dinero en nuevos proyectos, porque los dueños de las fábricas que se habían forrado no querían dejar los

billetes debajo de un ladrillo, sino que querían seguir ganando mucho dinero muy deprisa.

También hubo consecuencias malas, consecuencias muy malas y consecuencias malísimas.

Los campesinos dijeron que los campos los iba a cultivar su tía la del pueblo y se fueron a las ciudades para conseguir empleos en las fábricas. Los que no encontraban trabajo como obreros acababan viviendo en una gran pobreza. Y los que lo encontraban trabajaban un montón de horas a cambio de salarios de risa, con lo cual se creó una clase social de gente trabajadora, pobre y muy cabreada: el proletariado.

Se puso muy de moda el trabajo infantil. A los dueños de las fábricas les ponía muy contentos poder explotar a los niños, que, en lugar de ir al colegio, llegaban a trabajar 16 horas diarias y cobraban menos de la mitad del sueldo de un adulto. En estas condiciones de trabajo y con muy poca higiene, los niños morían como moscas.

Hubo muchos accidentes laborales, porque las máquinas funcionaban de aquella manera. Así es que no era raro que la gente perdiera una mano, o las dos (o incluso las narices) con gran facilidad. Muchos obreros enfermaban por las condiciones de trabajo o por los productos químicos que tenían que manejar. No había cascos ni seguridad ninguna en el trabajo.

Las fábricas funcionaban con carbón y contaminaban un horror, Las ciudades estaban todas llenas de hollín y de residuos de todos los colores. La porquería se vertía alegremente en los ríos, que olían a rayos. Los obreros vivían en unas condiciones asquerosas, en barrios construidos deprisa y corriendo, muchas veces sin agua potable ni alcantarillado.

Y la peor consecuencia ya la hemos dicho, pero la vamos a repetir para que no se nos olvide: la clase obrera se sintió, con razón, maltratada y explotada, por lo que se afilió a nuevos partidos políticos que prometían darle la vuelta a la tortilla y darle a los patronos explotadores patadas fuertes en donde les doliera mucho. Estas ideas políticas acabaron produciendo gran tensión social, como bofetadas, enfrentamientos con la policía y cosas de esas, que veremos enseguida.

LOS MOVIMIENTOS OBREROS

La palabra ‘proletario’ deriva de ‘prole’, que significa «descendencia». Era porque los obreros tenían muchos hijos (ya que varios se les solían morir por el camino).

Ya hemos dicho que esta

nueva clase social que surgió en las ciudades vivía muy requetemal. Los obreros trabajaban como mulos en las fábricas, comían todos los días lo mismo y se cambiaban de camiseta no más de una vez al mes.

El poco dinero y las pocas posibilidades de prosperar llevaron a muchos a beber como cubas o a jugarse el dinero a las cartas, con la esperanza de aumentarlo. Se incrementó la prostitución y hubo mucha delincuencia. Si salías a la calle era mejor que llevaras la cartera y las llaves bien escondidas dentro la ropa interior, aunque fuera incómodo, si no querían que te las robasen en menos que canta un gallo.

Viendo todo esto, algunos intelectuales se enfadaron con los ricos e inventaron ideologías políticas para mejorar la vida de los pobres.

En primer lugar, los obreros entendieron que solos no iban a ninguna parte, por lo que les convenía unirse si querían darles en las narices a los grandes burgueses que les explotaban. Así se formaron las llamadas Trade Unions (uniones de comercio), un equivalente a lo que conocemos como sindicatos. Como tenían jornadas laborales de 16 horas, sin vacaciones y con sueldos míseros, pensaron que si pedían a los patronos jornadas laborales de dos horas, siete meses de vacaciones y que les quintuplicasen el sueldo, acabarían llegando a un término medio que fuera conveniente tanto para los dueños de las fábricas como para los trabajadores.

En Francia surgió entonces el socialismo, un movimiento que quería conseguir más justicia para los pobres. Se le llamó socialismo utópico, lo que quería decir que era bonito, pero imposible, porque los ricos no se chupaban el dedo y no iban a renunciar a sus privilegios así como así. La idea era que los instrumentos de producción (las máquinas y las herramientas) fueran propiedad de todos, y así las cuidarían mejor, les sacarían brillo más a menudo y se repartirían los beneficios de lo que se fabricase con ellas. A los capitalistas, esto de que los obreros se repartieran el dinero les hizo poquísima gracia o ninguna, así es que aquello no prosperó.

Otra teoría fue el anarquismo, que decía que la sociedad industrial no tenía arreglo posible y que no se podía corregir ni mejorar: había que destruirla directamente. Su lema era «Ni Dios ni amo», queriendo decir que pasaban de ir a misa y que no toleraban a los jefes, que siempre solían estar de mal humor y regañando sin parar al personal por esto o por aquello. Propusieron suprimir el Estado, para que la gente fuese totalmente libre y cada uno viviese como le diera la real gana.

La sociedad quedaría organizada en comunas, asociaciones

libres, donde la propiedad sería de todos, donde hombres y mujeres tendrían los mismos derechos y donde sus integrantes se tendrían que turnar para lavar los platos, porque no habría nadie superior a los demás.

Bakunin y Krapotkin fueron los ideólogos más famosos del anarquismo, una ideología que vino de Rusia, como el caviar. También hubo anarquistas exaltados, que se dejaban la melena y ponían bombas a diestro y siniestro, para acabar pronto con los gobiernos establecidos. Afortunadamente, eran bastante torpes y la mayoría de las bombas que ponían no explotaban y, cuando explotaban, no explotaban bien, por lo que hubo pocas víctimas para tantas bombas.

La teoría política más famosa de este tiempo fue, sin duda, la del comunismo, un invento de Karl Marx, un judío alemán de grandes barbas. Venía a decir, poco más o menos, lo siguiente:

La economía es el motor de la historia. Todo lo que el hombre ha hecho desde el principio de los tiempos (inventos, guerras, etc.) lo ha hecho por dinero y nada más.

Siempre ha habido una lucha de clases entre los que tenían todo y los que no tenían nada. Eso no se había resuelto en tantos siglos y ya iba siendo hora de arreglarlo.

Los obreros debían organizarse, para quitarles a los ricos sus instrumentos de producción, repartirlos entre todos y aprovecharse de ellos. La palabra ‘comunismo’ significa eso: poner las cosas en común.

Marx extendió la idea de la dictadura del proletariado (que mandaran los obreros). En muchos lugares les gustó la cosa y se organizó la llamada Internacional, una asociación de trabajadores de todos los países para protegerse de los malos (para ellos, los malos eran los ricos que se aprovechaban de los pobres).

Estas ideas llevaron a una revolución en Rusia en 1917 y a otras muchas agitaciones en otros países, que iremos viendo según vaya haciendo falta.

ESPAÑA EN EL SIGLO XIX

CARLOS IV

Mira que ha habido reyes vagos en España. Pues Carlos IV fue, con diferencia, el más vago de todos. Porque otros dejaban el gobierno en manos de un ministro para irse a cazar o al teatro, pero este no reinaba nada y tampoco se iba a ninguna parte.

Quien gobernó en su nombre fue Godoy, un listillo muy aprovechado que durante unos años se quedó con el poder y el dinero del reino.

La cosa estaba ya mal, pues después de la Revolución Francesa, España le había declarado la guerra a Francia. Entonces aparece Napoleón, que se decide a intervenir en España, pues había llegado hasta él la fama de los mantecados de Astorga y tenía muchas ganas de probarlos.

Sea como fuere, en 1808 Napoleón entra con su ejército en la península (contando el cuento de que iba de paso para Portugal) y la invade en un plis plas. Se lleva a la familia real a Bayona de vacaciones (prometiéndoles que él pagaría todos los gastos) y allí les pide que firmen las Abdicaciones de Bayona, por las que le regalaban a Napoleón el trono de España. Carlos IV, para no complicarse la vida, firma, que era más cómodo que ponerse a discutir con Napoleón, que era muy cabezota.

El Emperador pone entonces en el trono de España a su hermano, que era el que tenía más cerca en aquel momento. Este reinó como José I (aunque le llamaban «Pepe Botellas», porque decían que era un borrachín). Entonces fue cuando se armó el belén que todos conocemos como la Guerra de la Independencia.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Este conflicto bélico duró del 1808 al 1814, año en que Napoleón se aburrió finalmente de intentar dominar España, dijo:

«¡Ahí os quedáis y buen provecho os haga!» y se marchó a Francia, donde la gente no le daba tantos dolores de cabeza.

La guerra fue complicada, porque los españoles resultaron ser muy puñeteros. Ejército español había muy poco, la verdad, y malo. Los soldados tenían muy mala puntería y perdían todas las batallas en campo abierto. Pero luego, cuando los franceses se descuidaban, les apuñalaban por la espalda, les envenenaban el vino o les ponían la zancadilla y les tiraban a una zanja de cabeza. Era la guerra de «guerrillas», que consistía en sacudir por la espalda y salir corriendo. Así, Napoleón no perdía combates, pero cada vez que se daba la vuelta tenía menos soldados, por lo que al final decidió que aquello no era negocio y se fue de regreso a su casa, como ya hemos dicho.

Pero la guerra sirvió para varias cosas. Entre ellas, consolidó la idea de la nación española y también hizo avanzar el sentimiento liberal y progresista.

En el año 1812, antes de acabar la guerra, las Cortes de Cádiz (un organismo de rebeldes antifranceses) proclamó la Constitución de Cádiz, que era muy moderna y con muchas libertades para los individuos. Bien es verdad que duró muy poco.

FERNANDO VII

Este tipo, hijo de Carlos IV pero con más pelo que su padre, fue un señor nefasto para las libertades y el progreso de España. Pero el caso es que los españoles lo pidieron a gritos. Al echar a Napoleón, en vez de buscar a un rey justo y bueno, eligieron a este, que reinó hasta 1833 y persiguió con gran fiereza a sus enemigos políticos, los llamados 'liberales'.

El rey acabó con la Constitución de Cádiz y cerró universidades, porque le interesaba que el pueblo fuera bruto e ignorante, para tenerle bien sujeto y sin molestar. Representó la vuelta al Antiguo Régimen.

Entre 1820 y 1823 hubo unos años mejores, lo que se llamó el Trienio Liberal, en que las gentes más avanzadas consiguieron temporalmente la restitución de la Constitución de 1812. Pero el rey no se aguantó con aquello y llamó en su ayuda a Francia, que mandó una ejército denominado «los Cien Mil Hijos de San Luis» (aunque no eran hijos del santo, como comprenderéis), que sacudieron a los liberales y volvieron a poner el poder en manos de Fernando VII «el Narizotas» (llamado así con toda justicia por el tamaño de sus narizotas).

Vino después la llamada Década Ominosa, en la que el rey se pasó diez pueblos maltratando a la gente. Y no solo lo hizo fatal en

España, matando a muchos de sus enemigos, sino que en su época se perdieron las colonias americanas, que estaban también hasta el moño de la forma dictatorial de gobernar del rey.

ISABEL II

Según la ley que imperaba en España, las mujeres no podían reinar, pero Fernando VII hizo trampas y se la saltó a la torera para que llegara al trono su hija Isabel. O sea, que el hombre era conservador, pero se volvía moderno cuando le convenía. Isabel ocupó el trono hasta 1868, aunque lo hizo tapizar varias veces.

Durante esos años, la política española se dividió en dos grandes grupos, los liberales y los conservadores, que estarían pegándose durante el resto del siglo. También se iniciaron las tres Guerras carlistas (en realidad fue una sola y muy larga), porque algunos no estaban de acuerdo en que reinase una mujer y querían que el trono fuese al pariente masculino más cercano, su tío Carlos, de donde les vino el nombre de 'carlistas'. (¡Menos mal que el hombre no se llamaba Eleuterio o Sinforoso, porque habría sonado fatal!).

Poco a poco España se fue modernizando. Se estructuraron las provincias, se fundó la Guardia Civil para perseguir a los sinvergüenzas y se empleó un sistema de elecciones, aunque muchas de ellas estaban trucadas y siempre ganaban los mismos. La burguesía adquirió poder (porque era la que tenía el dinero). Pero mucho más importante fue el ejército, que, cuando le apetecía, hacía levantamientos y pronunciamientos y conspiraciones y un montón de cosas más para que gobernaran los que ellos querían (que eran los conservadores) y que lo hicieran precisamente como ellos querían y no de otra forma.

EL SEXENIO DEMOCRÁTICO

En el año 1868, los liberales, hartos ya de pamplinas, organizaron una revolución pequeña, de andar por casa, a la que pusieron el rimbombante nombre de «la Gloriosa». Le compraron a la reina Isabel II un billete de tren y la mandaron a París, a que se comprara vestidos y sombreros y dejara de incordiar durante un tiempo.

Hubo un gobierno provisional y se decidió que hacía falta un rey, pero que fuera majo. La cosa era bastante más difícil de solucionar de lo que parecía. Se pusieron anuncios en los periódicos buscando rey y nada: no había candidatos adecuados para el empleo.

Por fin se encontró a un rey que estaba en el paro: Amadeo de

Saboya, que reinaría en España como Amadeo I.

El hombre tenía buenas intenciones, pero no pudo hacer nada, porque todo el mundo le recibió de uñas. Los conservadores no le querían, porque era liberal, y los liberales no le querían tampoco, porque no era español. Al final, Amadeo se cansó de hacer el tonto y se volvió a su pueblo, diciendo que los españoles eran un pueblo imposible de gobernar.

Se fundó entonces la I República Española, que tuvo cuatro presidentes. Los cuatro eran personas inteligentes y honestas, pero no les sirvió de nada. No se puede negar que hicieron cosas buenas, como fomentar la industrialización, construir nuevos barrios, derribar las murallas que hacían difícil la vida en las ciudades, etc. Pero en lo político hubo revueltas en varias provincias, que se querían independizar. Los carlistas, por su parte, seguían haciendo de las suyas, los conservadores se pegaban con los liberales, los anarquistas se pegaban con los comunistas, los republicanos se pegaban con los monárquicos y los morenos se pegaban con los rubios. Aquello acabó como el Rosario de la Aurora, que no sabemos lo que fue, pero que dicen que acabó muy mal.

En 1874 el general Martínez Campos hizo un pronunciamiento, tiró la República a la basura y volvió a contratar a los Borbones por tiempo indefinido.

LA RESTAURACIÓN

De la misma manera que se restaura un edificio que está roto, se intentó restaurar el país, volviendo a poner en el trono a un rey, Alfonso XII, hijo bigotudo de Isabel II, que vivía tan ricamente en el exilio. (No es de extrañar que fuera bigotudo, porque su madre también lo era.)

Este periodo duró hasta 1931, en que la II República volvería a echar a la calle al rey.

Hubo gobiernos conservadores, basados principalmente en el caciquismo. ¿Qué era una cacique? Pues el cacique era el señor más rico del pueblo, que mandaba más que el alcalde y que decía a la gente lo que tenía que hacer y a quién debía votar.

Fue una época de progreso económico, pero también de muchas revueltas sociales, porque los obreros estaban ya hartos de que les hicieran trabajar como mulas por dos céntimos de aquella época.

Había dos partidos que se turnaban en el poder y que falsificaban las elecciones. Abundaba la corrupción y los políticos robaban todo lo que podían (que era mucho).

En 1898 hubo una crisis de aquí te espero, con la pérdida de las últimas colonias del Imperio (Cuba, Puerto Rico y Filipinas), con lo

que España pasó a ser oficialmente un país «de tres al cuarto».

LOS AÑOS DEL IMPERIALISMO

EL COLONIALISMO

El asunto de las colonias nunca ha olido bien, porque se trataba principalmente de naciones ricas y poderosas de Europa que se aprovecharon con mucha sinvergonzonería de otros lugares mucho más pobres en otros continentes.

La historia fue que las máquinas de la revolución industrial iban a toda mecha y podían fabricar muchas cosas en casi nada de tiempo, por lo que pronto hubo demasiados cachivaches fabricados y nadie a quien vendérselos. Los dueños de las fábricas se tuvieron entonces que estrujar la sesera para buscar nuevos mercados a los que venderles pinzas para ropa, sartenes, ralladores de queso, tornillos y cosas así. Además, para fabricar esos objetos se necesitaban muchas materias primas, por lo que las principales naciones europeas (Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania e Italia, por decir algunas) se lanzaron como locas a conquistar territorios en otros continentes y convertirlos en colonias, para obtener un montón de billetes de banco, quitándoles a los indígenas de aquellas tierras hasta la camiseta.

A los habitantes de los lugares colonizados esto no les gustó ni pizca, pero como los países europeos tenían cañones y balas muy gordas no tuvieron más remedio que aguantarse y quedarse calladitos. Se estableció entonces una cosa muy fea que se llamó el pacto colonial: las colonias vendían a los países europeos sus materias primas muy baratas y esos países fabricaban con ellas productos varios y, con toda su cara, se los volvían a vender a las colonias a precios altísimos. Podía pasar que un africano tuviera que pagar mucho dinero para comprarse una bufanda hecha con la lana que había salido de sus ovejas. Y, si se la compraba, además, era una gran tontería, porque en África hace mucho calor y la bufanda se queda sin usar, muerta de risa en un armario.

Con este sistema, los ricos se hacían cada vez más ricos, los pobres se hacían cada vez más pobres y los ejércitos cuidaban de que nadie protestase.

¿Cómo justificaron los europeos este tipo de robos? Pues muy fácilmente: los muy cucos dijeron que las gentes de África y Asia eran unos salvajes tremendos que se comían a la gente cruda y que ellos les estaban ayudando a civilizarse; esto es: que se acostumbraran a ponerse pantalones, para que no se les vieran sus partes íntimas, y a aprenderse las tablas de multiplicar, la lista de los reyes de Francia y cosas por el estilo. A cambio de darles esa cultura, los colonizadores se consideraban con todo el derecho a llevarse a su casa toda la riqueza que encontrasen en esos países infelices.

De esta actitud surgió otra cosa más fea todavía: el racismo. Se empezó a decir que los blancos eran superiores a la gente de otros colores, que los europeos eran más fuertes, más guapos y que sabían jugar mejor al tres en raya.

El colonialismo no gustaba a todos por igual, hay que reconocerlo. Hubo gentes medio decentes en Europa que dijeron que aquello era una porquería y que no estaba bien tratar a los africanos como si fueran salvajes, para aprovecharse de ellos y luego robarles sus riquezas. Pero otros sí estaban muy contentos con este sistema, porque lo de comprar barato y vender caro les parecía una negocio estupendo.

Surgieron como hongos varios grandes imperios coloniales. El inglés fue el mayor de todos, pues Gran Bretaña se quedó con territorios en todo el mundo: un montón de islas y de lugares estratégicos. Además, como se negaron a aprender ninguna lengua de los países que conquistaban (porque eran muy torpes para hacerlo y pronunciaban fatal), acabaron extendiendo sin querer el idioma inglés por casi todo el mundo, que es la razón por lo que hoy es la lengua más hablada por ahí.

Los franceses y los alemanes tampoco fueron mancos y se quedaron con su buena cantidad de tierras. Y otros países, como Holanda, que a la chita callando se apropió de un buen cacho de África. En 1885 tuvo lugar la Conferencia de Berlín, en la que las naciones europeas se repartieron como buenos ladrones los países de África, como si fueran caramelos, para no tener que pegarse por ellos.

Hubo dos tipos principales de colonias. Las colonias de poblamiento eran aquellas en donde los europeos se quedaban a vivir para siempre. Por ejemplo, las colonias españolas en América. Se instalaban con todo tipo de comodidades y se hacían los amos de grandes plantaciones de cualquier cosa (café, azúcar, etc.), enriqueciéndose rápidamente y haciendo que los nativos les hicieran todo el trabajo, mientras ellos se estaban mano sobre mano, bebiendo litros y más litros de limonada cuando hacía calor

y les apetecía, que era casi siempre.

El otro tipo era la colonia de explotación, donde el objetivo único era sacar el máximo provecho y exprimir los recursos, porque los europeos no pensaban ni por asomo quedarse a vivir allí durante mucho tiempo, como por ejemplo, los ingleses en la India. En estos sitios, los europeos permanecían en las colonias de forma provisional, vestían con pantalones cortos y sombrero, no se mezclaban con la gente del país y estaban solo el tiempo necesario para ganar muchísimo dinero. Luego, se volvían ricos a su país de origen y, si te he visto, no me acuerdo.

El sistema colonial tuvo consecuencias lógicas. En primer lugar, el gran enriquecimiento de Europa y el más grande aún empobrecimiento de las colonias (la mayoría siguen siendo pobres como las ratas desde entonces). También se hicieron cosas buenas allí, como hospitales o carreteras. En cambio, se destruyeron muchas culturas autóctonas. ¿Fue bueno el colonialismo? Pues depende de a quién se lo preguntemos, porque los colonizadores dijeron que fue muy bueno y los colonizados dijeron que fue muy malo. Solo en la segunda mitad del siglo xx las colonias empezaron a independizarse muy poquito a poco, aunque muchas de ellas dependen todavía en muchos aspectos del país al que pertenecieron y, como son países muy nuevecitos, están aún a medio construir y las otras naciones no los toman en serio.

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

A la guerra de 1914-1918 le llamaron la Gran Guerra, porque fue más bestia que todas las anteriores (que ya es decir). También se afirmó que era «la guerra que iba a acabar con todas las guerras» y que ya nunca más habría otra. Como veis, lo que aseguraron esto estaban tontos y no tenían la menor idea de lo que estaban diciendo.

Lo de «mundial» era una exageración, porque aunque metieron baza países de todas partes, no intervinieron tantos, ni mucho menos. ¿Por qué se lió la que se lió? Hubo mucha causas, que nadie tiene muy claras (y los historiadores, menos). Había razones económicas, porque Alemania se había hecho muy fuerte y a Francia y a Inglaterra esto no les gustaba nada y les daba bastante miedo, para qué nos vamos a engañar. Los países se habían armado mucho en los años anteriores, con armas modernas recién inventadas (lo que les hacía tener muchas ganas de probarlas). Además, se tenían pánico unos a otros, porque nadie sabía quién iba

a atacar primero a quién. Había mucha exaltación nacionalista, lo que significa que en todos los países se decía que ese país era el mejor del mundo y que los otros eran enemigos malvados a los que había que exterminar cuanto antes. Y luego estaban los territorios de los Balcanes (en la Europa oriental), que todos querían quedarse. En fin: un montón de razones distintas, a cual peor.

Ya desde antes de empezar se formaron dos bandos: la Triple Alianza (Alemania, Austro-Hungría e Italia) y la Triple Entente (Francia, Rusia e Inglaterra). Después de empezar la guerra, otros países no quisieron quedarse en su casa aburridos y se apuntaron también a la juerga. Bulgaria y el Imperio turco se unieron a la Triple Alianza, y Rumanía y Grecia, a la Triple Entente.

La contienda tuvo dos fases bien diferentes: la guerra de movimientos (en que los ejércitos corrían como gallinas desplumadas de acá para allá por el suelo de Europa, conquistando o perdiendo territorios a gran velocidad) y la guerra de trincheras (en donde todos los soldados, ya cansados de tanto correr, se quedaron bastante quietos, cavaron trincheras y allí se estuvieron metidos entre el barro y la basura, pasando hambre y comiendo ratas durante mucho tiempo).

En la guerra murió un porrón de gente, como es lógico, pues las guerras se hacen precisamente para eso. Pero lo que queremos decir es que murió mucha más gente de lo que era habitual en otras guerras más antiguas. Las armas eran mejores y mataban más. Y, sobre todo, no lucharon solo los ejércitos en los campos de batalla, sino que también se bombardearon las ciudades por primera vez, matando a los viejos, a las mujeres y a los niños que estaban tranquilamente en sus casas sin meterse con nadie.

Finalmente, los Estados Unidos se cansaron de que los submarinos les hundieran los barcos y decidieron entrar en la guerra contra alguien. Lo echaron a suertes y le declararon la guerra a Alemania y a sus amiguetes. Estos, viendo que los americanos eran muchos y muy brutos, se lo pensaron mejor y se rindieron enseguida. Se firmó el Tratado de Versalles, que dejaba a los perdedores hechos un asco, enfadados, debiendo mucho dinero y sin posibilidades de recuperarse. Esto llevó, años más tarde, a otro conflicto, que ya veremos cuando toque.

Hubo varias consecuencias funestas de la guerra: ocho millones de muertos (tirando por lo bajo), un montón de países hechos añicos y mucha gente con ganas de protestar. También hubo su parte positiva, como la emancipación de la mujer, pues durante la guerra, como los hombres estaban en el frente pegando tiros a diestro y siniestro, ellas fueron las que tuvieron que ocuparse de hacer funcionar los países y no lo hicieron nada mal.

EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

LA REVOLUCIÓN SOVIÉTICA

La revolución rusa fue sin duda uno de los acontecimientos más importantes del siglo xx, junto con el estreno de *El rey león* y la invención de las gominolas. Vamos a ver qué pasó exactamente por aquellos fríos andurriales de la Rusia rusa.

A principios de siglo, Rusia era el país más grande del mundo y con más cucarachas por habitante. Estaba casi siempre nevado y gobernado por un zar, que no era sino un rey ruso que llevaba un gorro de piel de castor, para tener calentita la calva. El zarismo era un sistema en el que el rey tenía poder absoluto sobre todo el mundo y nadie podía llevarle la contraria. Si alguien se permitía decir o hacer la más mínima cosa que no le gustase al zar, no tardaban ni cinco minutos en mandarle a la región de Siberia, en el norte, para que se muriera allí de frío o se lo comiera un oso. Así no hacía falta fusilarle y el gobierno se ahorraba mucho dinero en balas.

Pero ya sabemos (si es que no nos hemos saltado los capítulos anteriores) que había aparecido una nueva ideología política: el comunismo. Esto les gustó a algunos rusos a los que les apetecía llevar la contraria, que decidieron jubilar de una vez a la monarquía. El zar, realmente, lo había hecho muy mal, porque la mayoría de los rusos seguían siendo pobres y analfabetos, y vivían fatal. Además, la Primera Guerra Mundial había dejado al país todo roto, como para cogerlo con pinzas.

Entonces, así, de pronto, tuvo lugar la Revolución de 1917, dirigida por Lenin y sus seguidores, a los que llamaron bolcheviques y soviets, aunque los zaristas les llamaron también cosas mucho peores.

Los bolcheviques asaltaron el Palacio de Invierno, donde vivía la familia real y mataron a todos los que pillaron por delante, incluida la mujer de la limpieza Se hicieron con el poder e implantaron un gobierno comunista. Pero la cosa no se hizo de la noche a la mañana, no. Hubo tres años y diez minutos de guerra civil entre el

Ejército blanco de los zaristas (aunque sus uniformes no les duraron blancos mucho tiempo) y el Ejército rojo de los comunistas. La guerra la ganaron estos últimos, porque arreaban más fuerte. En 1922 surgió la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas).

A la muerte de Lenin, tomó el poder uno que era más gordo que él, Stalin, quien estableció una dictadura totalitaria y mató a todo el que puso cara de no estar de acuerdo. A estos asesinatos en masa se les llamaron «purgas».

A Stalin le dio la ventolera de la industrialización, para convertir a Rusia, que era un país agrícola, en uno industrial y moderno. Se apropió de toda la tierra y puso a trabajar a los campesinos bajo estrictos controles. Suprimió la propiedad privada y todo pasó a pertenecer al Estado. En realidad, los miembros del Partido Comunista, que gobernaba, eran una clase con muchos privilegios que el pueblo no tenía.

El comunismo ruso cometió muchas injusticias con su población, pero, en cambio, les dio de comer a todos y les aseguró las necesidades básicas. Al mismo tiempo, atacó la política de los otros países de Europa y ejerció una terrible censura. Lo suyo era lo único bueno —decían— y todo lo de fuera de Rusia era malo malísimo. De esta manera, con mucha propaganda, consiguieron que la población pensara como el gobierno o se quedara callada, para no meterse en líos.

FASCISMO Y NAZISMO

Al acabar la Primera Guerra Mundial, los países vencidos habían quedado hechos cisco y en unas condiciones deplorables, como os podréis imaginar. Esto llevó a que los perdedores tuvieran ganas de orden, de disciplina y de tener gobiernos fuertes, para variar. Por eso surgen los fascismos, palabra con la que se denomina a los movimientos totalitarios de extrema derecha, que ponían al Estado y a la nación por encima de todo. Estos movimientos funcionaron muy bien al principio y ayudaron a recuperarse a los países vencidos, pero luego a sus dirigentes se les fue la pinza (como suele decirse) y se pusieron a hacer verdaderas salvajadas y a meterse con los países vecinos, por lo que acabó pasando lo que tenía que pasar: que se armó la Segunda Guerra Mundial.

Los fascismos tenían las siguientes características: eran movimientos totalitarios, en los que el Estado mandaba mucho y las personas se tenían que aguantar con todo lo que les hicieran (es curioso ver cómo a la gente le puede gustar que la traten mal y le den caña de vez en cuando); eran antiliberalistas, o sea, que estaban en contra de muchas libertades individuales; eran enemigos del

marxismo, al que consideraban un invento del diablo (la gente creía que los marxistas se comían crudos a los niños de pecho); les gustaba mucho el militarismo, que el ejército controlase muchas cosas (parece ser que muchos creían que los militares eran los únicos que sabían hacer las cosas bien); querían un jefe carismático que tuviera a todo el mundo de su parte (y que gustara mucho a todos: esto era esencial) y tenían tendencias racistas pues consideraban que los otros pueblos eran inferiores. (¿Qué otros pueblos? ¡Todos menos ellos!) Además, le daban mucha importancia a la idea de la nación y se habían acostumbrado a conseguir lo que les apetecía por medio de la violencia.

En Italia, Benito Mussolini —un señor con la cabeza bastante cuadrada, como, puede verse en sus fotos— creó el Partido Nacional Fascista y, para celebrarlo, dio una gran fiesta y un golpe de estado en 1922. Cerró los sindicatos con llave (luego la tiró a un río), prohibió los partidos políticos y suprimió las libertades sin dejar una. Hecho esto, se dedicó a invadir algunos países de África para quedarse con todos lo dátiles que crecían por allí.

En Alemania, Adolf Hitler —otro señor con menos pelo que Mussolini, pero con más bigote— fundó el Partido Nacional-Socialista Obrero Alemán, a cuyos miembros se les conoció como nazis. Este partido ganó las elecciones en 1933 y, una vez que hubo alcanzado el poder, ya no lo soltó ni a tiros. Se denominaron a sí mismos el III Reich y pasaban la mitad del tiempo sacándole brillo a sus botas militares.

Con los años se demostró que Hitler estaba loco como una cabra y que hizo muchas barbaridades, sobre todo persiguiendo a los judíos, a los que les tenía especial tirria y de los que mató unos cuantos millones, tras encerrarlos en campos de exterminio.

Los nazis tuvieron organizaciones de policía secreta, como las SS (no es la Seguridad Social, sino otra cosa) para espiar a su propio pueblo y asegurarse de que todo el mundo les fuera fiel. Además, el Estado controló la economía y todo el dinero que obtenía lo utilizaba para armarse, pues su objetivo era hacer a Alemania mucho más grande, por el sencillo procedimiento de quedarse por la fuerza con los países vecinos. La idea que tenían era que los alemanes eran una raza superior, más simpática que otras, y, por lo tanto, tenían todo el derecho de dominar a otras razas inferiores y hacerles mil perrerías si les apetecía (que sí les apetecía).

LA GRAN DEPRESIÓN

Los años veinte fueron una década de gran prosperidad, especialmente para Estados Unidos, que había sacado muchos

beneficios de la guerra, vendiendo materiales a unos y a otros (pues hay gentes que a las que las guerras les gustan mucho, porque se forran).

Hubo una gran producción de objetos y un gran consumo. El dinero iba de acá para allá como si todos los ciudadanos tuvieran en sus casas un baúl lleno de billetes. Se inventó la compra a plazos y, de pronto, todo el mundo tenía coche y casa nueva con radio, teléfono y batidora. Todos estaban muy contentos y pensaban, los muy tontos, que aquello iba a seguir así para siempre. A estos años se los llamó «los felices veinte». La gente bailaba el charlestón y las chicas llevaban el pelo muy corto y collares de perlas larguísimos que les llegaban hasta la rodillas.

Pero entonces la cosa se complicó de repente. Como Europa ya no estaba en guerra, podía cultivar de nuevo sus campos, por lo que dejó de comprarle comida a Estados Unidos, que se encontró con que no podía vender ni su trigo, ni su maíz ni nada de nada. Hubo una gran superproducción de objetos que nadie compraba, pues las máquinas no dejaban de funcionar ni de día ni de noche. Las industrias empezaron a acumular trastos en sus almacenes y a perder dinero a espuertas.

Entonces la gente se puso a vender las acciones que tenía de esas empresas para recuperar algo de su dinero. Los empresarios se asustaron. Todos empezaron a vender y se produjo un histerismo de masas que llevó a la caída de la Bolsa (la empresas dejaron de tener valor). Cerraron los bancos por no tener dinero y de la noche a la mañana miles de estadounidenses se encontraron con que habían perdido sus ahorros de toda su vida y no tenían ni un centavo. No solo eso: los productos no se vendían, los obreros se quedaron sin trabajo y ni siquiera las vacas daban la misma leche que antes, porque estaban peor alimentadas. A aquello se le llamó el crack (ruptura) de 1929 o también la Gran Depresión. Estados Unidos se convirtió en una nación de mendigos y vagabundos, que iban por los caminos robando gallinas para comérselas.

Se tardaron varios años en arreglar aquel caos, que acabó afectando también a Europa. En Estados Unidos, el presidente Roosevelt aplicó un programa económico llamado New Deal (nuevo trato), con el que consiguió solucionar el problema en parte, aunque la situación no se normalizó hasta finales de los años treinta (cuando empezó otra guerra, que tampoco les vino mal).

ESPAÑA EN EL SIGLO XX

LA CRISIS DE LA RESTAURACIÓN

Hasta fines del xix a España le quedaban aún unas cuantas colonias, aunque pequeñitas. Así podía seguir presumiendo de ser una gran nación y todo eso. Pero después de 1898, cuando perdió las últimas, ya no había manera de engañar a nadie: se había convertido en un país «de chicha y nabo», que es una manera coloquial de decir que era de tercera (o cuarta) división.

En 1902 subió al trono de un salto Alfonso XIII y su reinado fue una merienda de negros.

Por un lado, hubo muchas tensiones sociales, lo que quiere decir que los pobres estaban hasta la coronilla de que los ricos les trataran a patadas. En los pueblos, los caciques seguían haciendo de las suyas y mangoneándolo todo. Mucho dinero tampoco había. Y, por si fuera poco, el ejército empezó también a dar problemas y a meter las narices en lo que no le importaba. Nadie podía decir ni mú contra el ejército, porque entonces te cogían por el cuello y te metían en la cárcel en menos que canta un gallo. Lo que había pasado era que se les había dado mucho poder a los militares y, una vez que le das poder a alguien para hacer algo, se le sube a la cabeza y resulta muy difícil quitárselo.

España tenía una guerra en Marruecos y era una guerra muy impopular. El caudillo rebelde, Abd-el Krim, le sacudió a base de bien al ejército español, que no sabía pelear bien cuando tenía calor. Entonces el gobierno quiso llevar a más españolitos jóvenes a la guerra y muchos de ellos dijeron que «¡Nanay!», que a ellos no se les había perdido nada por aquellos andurriales, que no les apetecía pegar tiros y que a la guerra iba a ir su abuela. El ejército se llevó a muchos jóvenes por la fuerza y hubo protestas violentas, en lo que se conoció como la Semana Trágica de Barcelona, en 1909.

Los militares se enfadaron con la población civil y estaban deseando que les diesen la oportunidad de mandar en la nación,

para suprimir la democracia, eliminar los partidos políticos, hacerse uniformes nuevos y echar a los gobernantes a la calle.

En 1917 las cosas se pusieron todavía peor y el rey no tenía ni idea de qué se podía hacer. En 1923 el general Miguel Primo de Rivera (un señor de grandes bigotes) dio un golpe de estado (después de pedirle muy educadamente permiso del rey) y estableció una dictadura militar, donde todos los gobernantes casi no podían mantener la espalda derecha por lo mucho que les pesaban las medallas.

De 1923 a 1931 el Directorio Militar suprimió la Constitución, quitó libertades, persiguió a los obreros revoltosos y, en fin, gobernó rematadamente mal. Toda la gente se puso en su contra (y en contra del rey, que lo había apoyado).

Así, en las elecciones municipales de 1931 los españoles votaron a los partidos republicanos, no porque fueran republicanos verdaderos, sino para quitarse de encima a toda aquella panda de militares chulos y prepotentes que creían que todo el país era suyo. El rey se llevó un buen susto; cogió un barco y salió corriendo de España. Dijo que se iba «para que no se derramara sangre por su culpa», pero era una trola: se fue porque se había quedado más solo que la una.

LA SEGUNDA REPÚBLICA

Cuando los españoles hablan de «la República» siempre se refieren a esta, a la Segunda, porque la Primera República duró muy poquitos meses y casi nadie se acuerda de ella, la verdad.

Duró de 1931 a 1936 y fue la mejor o la peor época de España, según a quien le preguntes. Los republicanos cuentan de ella maravillas y los monárquicos dicen horrores. Lo que podemos aprender de esto es que la historia depende mucho de quién te la cuente.

La república tuvo varios gobiernos, Al principio mandaron los partidos de izquierdas (comunistas, socialistas y anarquistas); en 1934 ganaron las derechas (monárquicos, conservadores y fascistas). En 1936 volvieron a ganar las izquierdas y el invento se fue al garete cuando empezó la Guerra Civil, que fue allá por el verano de ese año. Hubo en medio algún que otro intento de golpe de estado por parte de los militares, que no tuvo éxito porque los organizadores eran unos chapuceros y lo planearon con los pies.

¿Qué cosas buenas y malas hizo la República? Pues un montón de cada.

Entre las cosas buenas hay que decir que los republicanos restauraron la legalidad de la Constitución, el sistema democrático

y las elecciones. Hicieron muchas leyes sociales para beneficiar a los trabajadores y que cobraran sueldos mejores y no tuvieran que comer un día sí y otro no. Dieron importancia a la reforma educativa, construyendo colegios, juntando a los niños y a las niñas, haciendo actos culturales y educando a la gente. Intentaron repartir la tierra entre los campesinos pobres, pero esto no les salió nada bien y su llamada reforma agraria fue un desastre. Cambiaron la estructura de la nación, haciéndola menos centralista. En general, dieron muchas libertades al ciudadano.

Entre las cosas malas de los republicanos hay que mencionar la persecución de religiosos, la quema de conventos y la destrucción de muchas obras de arte que poseía la Iglesia. Organizaron demasiadas huelgas y protestas laborales, lo que empobreció a la nación. Alentaron de alguna manera las tendencias independentistas de algunas regiones (como Cataluña o el País Vasco), que querían separarse de España para funcionar por su cuenta. Permitieron la falta de orden en las calles y el exceso de poder de los grupos políticos extremistas.

Esta fue la situación. Lo peor de todo es que durante esos años la población española se hizo extremista y dejó de pensar con moderación y sensatez. O eras de un grupo o eras de otro. España se dividió en dos mitades ideológicas y cada mitad pensaba que ellos eran los buenos y los otros eran los malos. Las izquierdas y las derechas se separaron mucho más que nunca. Hubo enfrentamientos en las calles y ambos bandos se daban de tortazos todos los días sin que el gobierno hiciera gran cosa por impedirlo. Pronto se vio que aquello iba a acabar rematadamente mal y que la guerra civil era poco menos que inevitable.

LA GUERRA CIVIL

Por fin ocurrió lo que todos estaban esperando. Los militares (que eran principalmente de derechas y estaban muy disgustados con cómo iba la República) dieron un golpe de estado en julio de 1936, para echar al gobierno a la calle. El caso es que ni triunfaron ni fracasaron por completo: ganaron en algunas ciudades y perdieron en otras, con lo que el país quedó dividido y empezó una guerra civil entre ambos bandos.

Había dos grupos que controlaban cada uno una zona del país: los republicanos o «rojos» (los del gobierno legal) y los nacionales o «fascistas» (los militares sublevados). La guerra duró tres años, hubo muchísimos muertos y acabó con la victoria de los militares de derechas, dirigidos por el general Francisco Franco, que era pequeñito, pero matón.

En la guerra no sólo lucharon españoles. Algunos países democráticos, como Francia o Inglaterra, e incluso algunos que no lo eran, como Rusia, apoyaron a la República y mandaron muchos soldados voluntarios, de las llamadas brigadas internacionales. En la otra parte, los países fascistas como Italia o Alemania también enviaron soldados, tanques y aviones, para apoyar a los franquistas.

¿Por qué ganaron la guerra los rebeldes? Esta es la pregunta del millón de dólares, pero puede decirse que el ejército fascista era más disciplinado, pues funcionaba como una dictadura militar, al mando de Franco. El ejército republicano, en cambio, respetaba poco a sus oficiales y se tomaba la cosa menos en serio, pues nunca pensó que fuera a perder la guerra. Siempre confiaba en que, si la cosa se ponía muy fea, los otros países les ayudarían y entrarían en la guerra de su lado. Pero no fue así. Además, los fascistas estaban muy unidos, mientras que en el bando republicano había varios grupos que se odiaban entre sí (comunistas contra anarquistas). En 1939 a los republicanos no les quedó otra que rendirse o salir por patas del país. Hubo muchos miles de españoles que no tuvieron más remedio que largarse rápidamente para que el ejército vendedor no les pegara cuatro tiros.

Durante la guerra se cometieron todo tipo de salvajadas. Mucha gente (en ambos bandos), aprovechando el follón, asesinó a su enemigos y a las personas que les caían mal o los denunció falsamente para que los soldados los mataran, aunque no tuvieran nada que ver con la política ni con la guerra. Hubo muchos robos y todo tipo de injusticias. Lo peor es que marcó a los españoles, que quedaron muy traumatizados por este conflicto. No diremos que tardaron muchos años en olvidarlo, porque muchos no lo han olvidado aún.

Otra consecuencia nefasta fue que, entre muertos, no nacidos y exiliados, la población española quedó muy reducida. Además, como fueron los ricos y los poderosos los que ganaron, las clases más humildes quedaron separadas del resto y se siguió viviendo con una sensación de enfrentamiento entre las dos Españas. Y en lo cultural también fue fatal la cosa, porque la mayoría de los intelectuales y artistas o murieron en la guerra o tuvieron que exiliarse después, marchándose a vivir a Francia o a los países de Hispanoamérica, donde no podían comer jamón serrano, porque allí no había.

LA DICTADURA DE FRANCO

De 1939 a 1975 Franco gobernó España sin que nadie le chistara, respaldado por el partido de Falange, que era el único

permitido, porque era el suyo. Fue una dictadura militar fascista, con un gran influjo de la Iglesia, por lo que a este estilo de gobiernos se le ha llamado nacional-catolicismo. El gobierno se encargaba de los temas políticos y de perseguir a los «rojos» y la Iglesia se ocupaba de la educación en los colegios, de la censura y de las costumbres sociales, diciendo a la gente lo que podía hacer y lo que no.

Franco estaba obsesionado con acabar con el comunismo y otras ideologías de izquierdas, que no le gustaban nada. Todas las libertades democráticas que había en otros países le parecían abominables, por lo que no permitió ninguna. Persiguió a sus enemigos políticos y, durante los primeros años de su gobierno, mandó fusilar a muchos.

Por otra parte, la Iglesia hizo de España un país donde la religión era obligatoria para todo y lo más importante en la vida social. Todo tenía que hacerse como decían los sacerdotes. Muchos libros, películas y hasta canciones estaban prohibidos y los españoles no los podían conocer, salvo que lo hicieran a escondidas y jugándose el pellejo.

Los primeros años de la postguerra fueron muy duros y casi no había alimentos, por lo que floreció el mercado negro (en el que los sinvergüenzas vendían ilegalmente alimentos a los que podían pagar precios más altos). El país estaba todo roto y hubo que volver a construir edificios, carreteras, puertos y pantanos.

Al acabar la guerra en España, empezó la Segunda Guerra Mundial, en donde los fascismos italiano y alemán perdieron y fueron destruidos. Sin embargo, en España el fascismo había triunfado (y duró muchos años). Por esta razón, los otros países europeos no querían saber nada de ella y le dieron de lado. Tardaron más de quince años en reconocerla y en empezar a mantener relaciones diplomáticas. Esta situación no cambió hasta la mitad de los años cincuenta. Hasta 1955 no dejaron entrar a España en la Organización de las Naciones Unidas y aun entonces la miraban mal, como un país atrasado y con un gobierno tiránico.

En los años sesenta España se modernizó algo, se empezaron a crear industrias y se inventó el «Chupa-chups». Hubo mucha emigración y los españoles se tuvieron que ir a trabajar de obreros a Alemania (no absolutamente todos, claro) y a otros países, para poder comer caliente. España no tenía nada que ofrecer a Europa, excepto su clima, su sol y sus paellas, por lo que hubo una gran afluencia de turistas (de esos que se queman como cangrejos en la playa). El turismo se convirtió en la principal fuente de ingresos del país (y aún lo continúa siendo, porque el sol sigue ahí).

Poco a poco fue mejorando la economía de los españoles, pero

no las libertades. Seguía habiendo censura y se seguía metiendo en la cárcel a todo aquel que decía que el franquismo no le gustaba demasiado. Las personas de ideas democráticas tenían que callarse como mudos o vivir escondidos.

En los últimos años de Franco hubo mucha tensión y también se inició el terrorismo de la banda ETA, que quería la independencia del País Vasco y, para intentar conseguirla, mató cruelmente a muchísima gente.

LA ESPAÑA DEMOCRÁTICA

En 1975, cuando Franco se murió del todo, se hizo una segunda restauración de la monarquía y comenzó a reinar Juan Carlos I, nieto de Alfonso XIII, que estuvo ahí hasta 2014, año en que se cansó y abdicó en su hijo, Felipe VI.

A los primeros años de su reinado se les llamó Transición, porque fue eso: pasar de una cosa a otra, de una dictadura a una democracia.

Lo primero que se hizo fue buscar a ver dónde estaban los partidos políticos de toda la vida y decirles que ya podían salir de sus escondites, porque ahora iban a estar permitidos. Los españoles se pusieron más contentos que unas pascuas, porque pensaron que se iban a conseguir muchas libertades, después de tantos años.

En 1977 se hicieron unas elecciones democráticas y los partidos políticos se dieron cuenta de que no tenían leyes que valieran la pena, ni siquiera una Constitución, así es que se pusieron a escribir una a toda prisa. La Constitución de 1978 es la que funciona todavía. En ella se dividía a España en autonomías (que eran más o menos las antiguas regiones de toda la vida, solo que con más capacidad de administrarse sin depender del gobierno central).

En estos años se turnaron en el gobierno partidos de derechas y de izquierdas, pero eran moderados y todos sus miembros llevaban trajes y corbatas muy parecidas, por lo que a veces resultaba difícil distinguir a unos de otros. Las elecciones se hicieron de forma civilizada, sin tirarse piedras ni romper nada y sin otro problema que el que tienen todas las elecciones: que los partidarios de los que no ganan siempre se quedan muy chafados y deprimidos.

Hubo un intento de golpe de estado en 1982, por parte de algunos militares a los que no les gustaba la democracia. Pero no tuvieron éxito y fracasaron estrepitosamente.

En esos años España se integró en Europa y se dio mucha prisa en ponerse al día y recuperar el tiempo perdido. El país se modernizó y el nivel de vida de los españoles mejoró mucho, hasta llegar a lo que se llamó el estado del bienestar. Todos los españoles

se compraron un coche (o dos) y zapatillas de deporte de marca. Esta buena situación duró hasta mediados de la década del 2000, cuando se sufrió una crisis económica que fue de tres pares de narices, aunque esté feo el decirlo así.

También se desarrolló mucho la cultura y la sociedad se hizo más libre: se permitieron los divorcios y decir cosas feas de los políticos. En general, la Iglesia perdió importancia en la sociedad, cosa que no le gustó nada. Se suprimió la censura y los españoles pudieron leer por fin lo que les daba la gana (aunque la gente empezó a leer menos y a ver más los programas de telebasura).

Y no seguimos contando, porque el resto aún está por ver.

EL PANORAMA MUNDIAL CONTEMPORÁNEO

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Parecía que la gente no podía ser más bestia de lo que lo fue durante la Primera Guerra Mundial, pero era una tremenda equivocación: sí podía. Durante la Segunda Guerra Mundial se hicieron muchas más salvajadas y se mató a muchísima más gente y con más rapidez y eficacia.

La mala situación económica había hecho que en los países que habían perdido la guerra anterior surgieran el fascismo y el militarismo. Alemania, Japón e Italia firmaron entonces una alianza y se hicieron los tres una piña, llamándola el Eje Berlín-Roma-Tokyo. Decidieron que sería una buena idea acabar con los países democráticos de alrededor y quedarse con algunos territorios para disfrutarlos ellos. En 1939, el gobernante alemán Hitler, así, como quien no quiere la cosa, invadió Polonia y, luego, Dinamarca y Noruega, poniendo como pretexto que los alemanes no cabían en Alemania, que querían estar más anchos y que por eso necesitaban más sitio para vivir como es debido. Ahí fue cuando se armó la gorda.

Por un lado estaba el Eje y, por el otro, los llamados aliados (Francia, Inglaterra y algún otro país despistado), que empezaron con bastante pie, pues en 1940 los alemanes invadieron Francia con toda facilidad, como el que va de paseo. En los primeros tiempos de la guerra, el ejército alemán (el mejor del mundo entonces) obtuvo grandes triunfos en poco tiempo, debido a la rapidez de sus ataques, que dejaban a los enemigos desorientados y sin saber muy bien qué había pasado.

En 1941 parecía que ya estaba todo el pescado vendido y que el Eje había ganado ya la guerra sin mayores dificultades. Alemania se estaba quedando con Europa, Italia conquistaba países de África y

el Japón se merendaba a China a cachos.

Pero entonces fue cuando las potencias del Eje se confiaron y metieron la pata hasta la cadera. Alemania empezó la invasión de Rusia (porque a Hitler le gustaba mucho la ensaladilla) y el Japón inició el bombardeo de Pearl Harbour, una base militar que los Estados Unidos tenían ahí perdida, en medio del océano Pacífico. La URSS y los Estados Unidos se lo tomaron a mal (¡claro!, cualquiera hubiera hecho lo mismo) y decidieron entrar en la guerra al lado de los aliados, con lo que la cosa cambió por completo.

A partir de ahí se vio que la guerra no iba a ser cosa de dos días, sino que iba para largo y que la ganaría aquel que fabricara más armas y aguantara el tipo durante más tiempo. Tanto Rusia como Estados Unidos tenían muchas más fábricas que Alemania o Italia, y las pusieron a trabajar a marchas forzadas fabricando balas, bombas y esas cosas de guerra que explotan y te dejan hecho trocitos.

En 1943 los americanos desembarcaron en Francia y en Italia, y la guerra se hizo muy dura en toda Europa. Se bombardearon muchas ciudades y las gentes tuvieron que irse a vivir a los sótanos y a las estaciones de Metro. Italia se acobardó y enseguida se rindió, y a Mussolini (el dirigente italiano) le pegaron cuatro tiros, al parecer con suficiente puntería, porque se murió. Finalmente, en 1945 Hitler se convenció de que aquello no iba a tener un final feliz, como las películas de amor, y se suicidó, disparándose en las narices. Alemania se rindió ante los aliados. El Japón tardó un poquito más, pero los Estados Unidos, que estaban ya impacientes por volverse a su casa, les tiraron dos bombas atómicas sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, que las dejaron hechas migas. Con eso acabó la guerra, porque este argumento de los americanos convenció plenamente a los japoneses.

El resultado de la contienda fue terrible. Se calcula que murieron cuarenta millones de personas y que muchas más sufrieron heridas o tuvieron que abandonar sus hogares y sus países, perdiendo todo lo que tenían. Europa quedó hecha unos zorros. Y otra cosa mala es que los americanos hicieron muchas películas sobre la guerra, totalmente inaguantables.

Los países perdedores fueron ocupados y se juzgó y condenó a sus dirigentes. La gran beneficiada con eso fue la URSS, que se quedó por la cara con muchos países de Europa oriental e implantó en ellos un gobierno comunista como el suyo, que controlaban desde Moscú.

Para evitar más líos internacionales se fundó la Organización de las Naciones Unidas (llamada ONU para acabar antes), para proteger la paz y la seguridad mundial. Pero todas las naciones no eran iguales allí, sino que las cinco que habían ganado la guerra

(Estados Unidos, la URSS, Inglaterra, Francia y China) tenían mucho más poder que las otras y podían imponer su opinión en cualquier decisión, con lo que fueron ellas las que mandaron en el mundo desde entonces.

LA GUERRA FRÍA

Los aliados habían ganado la guerra, sí; pero a los pocos días ya empezaban a llevarse mal entre ellos. Los Estados Unidos y la URSS tenían sistemas políticos muy diferentes como para poder ser amigos mucho tiempo. Así es que empezaron a mirarse mal y a insultarse con palabrotas. A los dos años de acabado el conflicto ya estaban en plena enemistad, que iba a durar una buena temporada. A esta situación se la llamó la Guerra Fría y duró desde 1947 hasta 1991, en que la URSS se arruinó por completo y no le quedaron rublos para poder comprar más armas.

La tarta del mundo se había dividido en dos grandes partes. Por un lado estaban los países capitalistas, con los Estados Unidos a la cabeza, que se hicieron muy anticomunistas. Las gentes tenían miedo de las bombas atómicas y hasta construían refugios subterráneos en los jardines de sus casas en los que meterse en caso de bombardeo, por si acaso. En cuanto al bloque soviético, ya sabemos que la URSS mandaba en varios países comunistas de Europa occidental, a los que se llamó «satélites».

Ambos bloques se dedicaron a armarse hasta los dientes en lo que se llamó la carrera de armamentos, a ver quién tenía más bombas y misiles. La idea era asustar al otro para que no empezara una guerra, pero el caso es que todo el mundo pensaba que la cosa acabaría mal, más tarde o más temprano, y que Estados Unidos y la URSS acabarían sacudiéndose y metiéndonos a todos los demás países en el ajo. Afortunadamente no fue así, aunque varias veces estuvieron a punto de apretar el botón de los misiles que llevaban las bombas.

Lo que sí pasó es que ambos países se dedicaron a hacerse la puñeta el uno al otro, ayudando a los enemigos de sus enemigos, por así decirlo. Por eso, en todos los conflictos mundiales que hubo en esos años, estaban siempre ellos de por medio. Si Estados Unidos ayudaba a un país, entonces la URSS apoyaba al otro y al revés. Hubo mucho espionaje y por eso hay tantas películas de James Bond, porque estaba pasando en la realidad.

En Europa se habló del «telón de acero», que era la frontera entre los países democráticos y los comunistas. Ambos grupos emplearon muchísimo la propaganda, diciendo lo tremendamente malos que eran los otros. Los países comunistas se aliaron en el

Pacto de Varsovia y los democráticos en la OTAN (Organización de Tratado del Atlántico Norte).

Hubo épocas mejores y peores, como es natural. Por ejemplo, en los años sesenta, hubo una crisis en Cuba (que era un país comunista) y estuvieron a un pelo de tirarse los cohetes mutuamente y mandar al planeta a hacer gárgaras. Luego se tranquilizaron un poco y en los años ochenta se volvieron a poner nerviosos. Al final la URSS no pudo mantener el ritmo de fabricación de armas y acabó muy mal de dinero. La gente empezó a estar muy descontenta y el sistema comunista fracasó. En la década de los noventa Rusia se democratizó y empezó a llevarse mejor con los demás países.

LA GLOBALIZACIÓN

Es difícil hablar sobre el momento actual, pues uno nunca sabe qué va a pasar al día siguiente, ¿no es así? Ahora estamos en lo que se dice la era de la globalización, pero vete tú a saber cómo llamarán a esta época dentro de algunos años.

Lo de «globalización» quiere decir que todo el mundo en el globo terráqueo funciona más o menos igual. Esto se debe a varias causas. Una de ellas es que, al no haber ya un bloque soviético, casi todos los países tienen un sistema económico capitalista, con muy pocas excepciones de países comunistas que aún quedan por ahí. Pero capitalismo no quiere decir democracia, ni mucho menos. Todavía hay en el mundo muchas naciones que no tienen democracia, sino sistemas dictatoriales de gobierno.

Otra razón para la globalización es la expansión de los medios de comunicación, que han hecho que todo el mundo vea cómo se vive en otras partes del mundo y quieran también vivir así. Por eso, gentes de países que antes eran muy diferentes, ahora se parecen mucho en sus costumbres: visten de la misma manera, oyen la misma música y les gustan los mismos postres. Se viaja mucho más y el comercio se ha hecho mundial.

Hay una tendencia a la unificación. Un ejemplo es la Unión Europea, que no solo es un mercado para que los países de Europa se compren patatas unos a otros, sino un intento de unión en una especie de país mucho más grande, sin fronteras y con una moneda común (el euro). Hay gente que no está nada de acuerdo con esto, pero esta unión es buena, aunque solo sea porque los países de Europa ya no se harán la guerra entre ellos, como habían venido haciendo desde el principio de la historia.

Los países colonizados también se han independizado. Es lo que se ha llamado descolonización, que está muy bien, aunque muchas

de esas naciones sigan siendo pobres de necesidad.

El mundo tiene problemas gordos todavía, por supuesto. Uno de ellos sigue siendo la pobreza, en muchos lugares de África y Asia. Los recursos están mal distribuidos y una gente no tiene nada y otra tiene demasiado. La ecología es otro dolor de cabeza, pues estamos contaminando el planeta con tantas fábricas y coches, y tenemos que hacer algo para arreglarlo. Luego está la crisis económica que empezó en 2008 y que ha producido muchas migraciones de gentes de acá para allá, buscando una vida mejor. Otro problema es la superpoblación del mundo. No es que seamos demasiados, sino que la distribución de la población es muy desigual: poca gente en un sitio y demasiada en otro. Y otro más, el fundamentalismo religioso de algunos musulmanes, que quieren obligar a los otros a pensar como ellos y hacen actos terroristas muy salvajes.

Esta época actual a nosotros quizá nos parezca muy normal, precisamente porque la estamos viviendo. Pero será muy importante en la historia de la humanidad, aunque solo sea por la revolución informática, que ha cambiado ya muchas cosas en nuestra forma de vida (¡y las que cambiará!).

Sobre el autor

Enrique Gallud Jardiel

El autor pertenece a una familia de raigambre literaria, pues es nieto de Jardiel Poncela, el gran humorista. Es Doctor en Filología Hispánica y tiene en su haber más de doscientos libros, entre ensayos literarios y textos de ficción. En la actualidad se especializa en textos cómicos de sátira y parodia.